

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

El Indio Americano y su circunstancia en la obra de Oviedo

1956

Josefina Vázquez Vera



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

EL INDIO AMERICANO
Y SU
CIRCUNSTANCIA
EN
LA OBRA DE OVIEDO

Tesis que sustenta
JOSEFINA VAZQUEZ VERA
para obtener el grado de
Maestra en Historia Universal

México - 1956

INTRODUCCION

LA CONCEPCIÓN del indio americano constituye, sin duda, uno de los temas primordiales de la historiografía americana, y aun cuando es tema que se ha tratado y estudiado bastante, hay muchísimos puntos en los que ni siquiera se ha reparado. Uno de estos momentos aún no abordados, es el que representa el primer cronista de América, Gonzalo Fernández de Oviedo. Esta tesis tiene la pretensión de tratar de llenar este hueco, procurando captar la concepción del indio que encierra la obra histórica de este cronista.

El tema del indio, cuya importancia es obvia, es en Oviedo particularmente importante, ya que por un lado es el primer cronista de Indias, además de un representante cabal del español del siglo xvi, por lo que su concepción nos permitirá atisbar las ideas más generalizadas en su tiempo; por otra parte, su obra, precisamente por su concepción del indio, ha provocado múltiples polémicas y por este mismo tema su libro permanece un tanto desprestigiado, puesto que se han tildado sus juicios de "parciales", no obstante que éstos han sido compartidos por casi todos los cronistas y aún por eruditos de su época como Juan Ginés de Sepúlveda.

Para poder apreciar la falsa interpretación que se ha hecho del pensamiento de Fernández de Oviedo e introducir al lector en la obra, nada me parece más adecuado que la presentación histórica de la obra.

Oviedo publica en 1525 su primera obra referente a América, el *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, y en 1535 aparece la primera parte de la *Historia General y Natural de las Indias*. Su propósito en ambas obras, es según sus palabras, convertirse en el "Plinio del Nuevo Mundo" y para que "tales historias sean manifiestas en todas las repúblicas del mundo; para que en todo él se sepa la amplitud é grandeza destes estados que guardaba Dios á vuestra real corona de Castilla". Para esta tarea Oviedo posee la experiencia directa de la vida en las Indias y no escribe como muchos otros sólo de "oídas". Considera su libro importantísimo, no sólo como un heraldo del suceso que está teniendo lugar en el mundo, la unificación del mundo por España, sino también como un conocimiento necesario para llegar al de Dios, ya que, dice Oviedo, no hay mejor manera de conocerlo que a través de sus obras, y puesto que estas tierras no habían sido exploradas ¿qué mejor manera de completar el conocimiento de Dios que alcanzar el conocimiento de estas partes?

Como vemos en esta ligera relación el libro de Oviedo tiene una fuerte estructura: su tesis providencialista de la Historia. Dentro de dicha tesis, América viene a ser una demostración, tratándose entonces no de una simple historia local, pues para Oviedo América sólo tiene sentido en relación con el magnífico destino de España, y de ésta depende en adelante el destino del mundo, lo que hace a la Historia de Oviedo una historia con marcado sentido universalista.

Pero el sentido que da a la Historia la tesis imperialista de Oviedo, sólo es advertida en su tiempo. Las Casas y Fernando Colón le rebaten algunas de sus ideas al respecto, pero ya para la siguiente generación, la obra de Oviedo pasa a ser simplemente una fuente más de inagotables datos.

El éxito de las historias de Oviedo en su tiempo es indudable. El *Sumario* aparecido en febrero de 1525 fué traducido inmediatamente al latín por Urbano Chauveton; en 1534 fué hecha la primera traducción al italiano;

en 1555 al inglés y el mismo año al francés por Juan Poleur. Juan Bautista Ramusio lo habría de incluir en su obra *Navegaciones y Viajes* (1540-1547). La primera parte de la Historia publicada en 1535, fué reimpressa en 1547. Apenas publicada, mereció la distinción de ser traducida al francés, toscano, turco, alemán, latín, árabe y griego, distinción que según Amador de los Ríos no había alcanzado hasta entonces obra alguna moderna. Ramusio incluyó también partes de la Historia de Oviedo en sus *Navegaciones y Viajes* y el capítulo sobre el palo santo fué publicado en las colecciones de *Scriptores de Morbo Galico*.

Sin embargo, el éxito alcanzado tal vez por la novedad del tema y la claridad, sencillez y amenidad con que estaba escrito, fué bastante efímero. Las Casas logró a la muerte de Oviedo, que se interrumpiera la publicación de la segunda y tercera partes, y a partir de este tropiezo, los juicios le fueron ya constantemente adversos.

Entre los contemporáneos que se ocuparon de Oviedo, encontramos primeramente a Fernando Colón que en su *Vida del Almirante Cristóbal Colón*, emprende la refutación de las hipótesis de Oviedo: la de las Hespérides. Dicha tesis que está presentada como una hipótesis había de traerle en adelante mala fama. Fernando Colón que trata de fundamentar sus propias ideas acerca del hecho histórico del descubrimiento, se encuentra con la ingenua teoría de nuestro cronista y no sólo la tacha de fábula y fantasía, sino que la achaca a la ignorancia de Oviedo de la lengua latina, pues dice Colón que al atenerse a "la declaración que alguno le hizo de dicha autoridad, el cual por lo que se ve no debía saber traducir muy bien de una lengua a otra, puesto que mudó y alteró el texto latino en muchas cosas que quizá engañaron a Oviedo y le movieron a creer que esta autoridad hablaba de alguna isla de las Indias, porque en el texto latino no se lee que aquellos navegantes saliesen del Estrecho de Gibraltar, como Oviedo narra, ni tampoco que la isla fuese grande, ni corpulentos sus árboles".¹

¹ Fernando Colón. *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*. Fondo de Cultura Económica. México. 1951.

El Padre Las Casas hará la crítica más dura de Oviedo, no sólo de su obra, sino también de su persona y para desgracia de nuestro cronista, será esta crítica que más pese en la posteridad y una de las causas principales del descrédito que ha sufrido su obra. Pero por muy ligera que sea nuestra mirada a las muchas páginas de la Historia de las Indias que el Padre Las Casas dedica a Oviedo, no se nos ocultará el hecho de que además de tener ambos, puntos de vista totalmente opuestos, en Las Casas hay una antipatía muy personal. Y en verdad existe, y Oviedo mismo se la ha buscado, pues aun cuando tiene palabras de elogio para la virtud del misionero, usa un tonillo irónico al referirse al asunto de Cumaná y sobre todo lanza un juicio realmente desagradable desde el punto de vista de Las Casas, acerca de las razones por las que éste, se metió a fraile. Dice Oviedo "el padre licenciado Bartolomé de las Casas como supo el mal suceso de su gente y conocía el mal recabdo que había por su parte puesto en la conservación de las vidas de aquellos simples y cudiciosos labradores, que al olor de la caballería prometida y de sus fábulas le siguieron y el mal cuento que hobo en la hacienda que se le encargó y que él a tan mala guarda dejó, acordó que, pues no tenía bienes con que pagallo, que en oraciones y sacrificios metiéndose a fraile, podría satisfacer en parte a los muertos y dejaba de contender con los vivos". Estas palabras justifican en parte, la feroz crítica que Las Casas endereza a Oviedo.

Para Las Casas, la Historia de Oviedo no es sino una larga serie de mentiras en las que ha infamado "de horrendos pecados a tan sinúmero de multitudines de gente que nunca vido" ya que es "uno de los mayores enemigos que los indios han tenido, y que mayores daños les ha hecho, porque más ciego que otro en cognocer la verdad, quizá por mayor cudicia y ambición".² Y siendo conquistador, encomendero, esclavista, ladrón, hipócrita, malvado, temerario y falso,³ teniendo para colmo "la presun-

² Las Casas. *Historia de las Indias*. Fondo de Cultura Económica. 1951. Tomo III, pág. 311.

³ Las Casas. *Opus cit.*, tomo II, pág. 518.

ción y arrogancia de pensar que sabía algo, como no supiera qué era latín", su historia no puede tener valor sino para los que ignoren quién es el autor, puesto que si la historia de Oviedo llevara "en el frente escrito como su auctor había sido conquistador, robador y matador de indios: . . . al menos entre los prudentes y cristianos y cuerdos, poco crédito y auctoridad su historia tuviera".⁴ Se pregunta uno ¿no tiene para Las Casas ningún valor la voluminosa historia de Oviedo entonces? Y nos encontramos con que el padre dice "lo que yo creo de la escritura de Oviedo y de toda su parlería, es lo que dice de los árboles y hierbas de ésta isla que escribe verdad, porque los vido y los ven cuantos vellos quieran, y así será lo que escribiere de los de tierra firme".⁵ Así pues de la extensa obra de Oviedo no hay que tomar en cuenta sino lo que dice de las plantas y animales, ya que todo lo demás son mentiras y según Las Casas "haberlo escrito, dondequiera que hoy esté le pesa, y plega a Dios que sea con fruto de conciencia."

Del duro juicio de Las Casas no se salva Oviedo ni aun cuando el mismo hace la censura del desenfreno de los españoles, pues entonces exclama Las Casas: "veis aquí confiesa Oviedo aunque le pese, convencido de las obras abominables manifestisimas de los españoles".⁶

Don Antonio de Herrera en su *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Oceano*, aun cuando ocupa como fuente importante de su obra a Oviedo, transcribiéndolo a menudo literalmente sobre todo en los tomos VII, VIII, X y XI, lo que parece significar que lo considera fuente autorizada, es el primero en tomar el partido de Las Casas y cuando relata los sucesos de Cumaná, dice que en tal historia no fueron "muy puntuales Gonzalo Fernández de Oviedo, ni Francisco López de Gomara, de los cuales con mucha razón el obispo algunas veces ha mostrado sentimiento".⁷

⁴ Las Casas. Opus cit., tomo II, pág. 518.

⁵ Las Casas. Opus cit., tomo III, pág. 323.

⁶ Las Casas. Opus cit., tomo III, pág. 327.

⁷ Herrera. *Historia General*. Tomo IV, pág. 161.

En el Discurso XV Herrera impugna la teoría de las Hespérides y dice que Oviedo llegó a escribir al Consejo ofreciendo enviar la prueba de que aquella isla había sido posesión de España, pero que ésta jamás apareció y dice Herrera que en todo aspecto, a pesar del indudable valor de su obra, esta opinión acerca de ser las Indias las Hespérides, es "vana, dañosa y lisonjera".

En su *Historia del Nuevo Mundo*, el erudito Dn. Juan Bautista Muñoz se refiere a nuestro cronista, comentando también su falta de cultura clásica, aun cuando elogia su "aplicación y laboriosidad incansable con que vino a componer una multitud de volúmenes... y observaba, preguntaba y escribía sin cesar, corregía y aumentaba lo escrito con una diligencia digna de imitación", pero lamenta que "tanta curiosidad e industria no hubiese decaído en sugeto de más letras... pues falto de documentación y de crítica, sin saberse aún aprovechar de los libros que tenía de Pedro Mártir, trastocó los tiempos y los hechos y llenó su narración de fábulas que había oído a hombres o de mala fé o trastocados los sucesos y su serie o que abusaron tal vez de la credulidad de nuestro buen cronista",⁸

Alejandro von Humboldt en su libro *Cosmos, ensayo de una descripción física del mundo*, enjuicia la obra de Oviedo elogiosamente; siguiendo el orden meramente cronológico incluimos en este sitio su juicio, aunque en realidad debía ocupar un lugar separado porque se refiere a la obra de Oviedo únicamente como obra científica. Dice Humboldt: "el fundamento de lo que hoy se llama física del globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas se halla contenido en la obra del jesuíta José Acosta titulada *Historia Natural y Moral de las Indias* así como en la de Gonzalo Fernández de Oviedo, que apareció veinte años después de la muerte de Colón. En ninguna otra época desde la fundación de las sociedades se había ensanchado tan prodigiosa y súbitamente el círculo de ideas en lo tocante al mundo externo y a las relaciones

⁸ Juan Bautista Muñoz. *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, 1793. pág. XV.

del espacio. Nunca se había sentido tan vivamente la necesidad de observar la naturaleza en latitudes diferentes y diversos grados de altura sobre el nivel del mar, ni de multiplicar los medios de ayuda, de los cuales se la puede forzar a la revelación de sus secretos".⁹

Para Fernández de Navarrete, Oviedo es uno de los historiadores clásicos de Indias y que a pesar de su desconocimiento del latín dada su laboriosidad "es digno de alabanza e indispensable la lectura de sus obras para conocer la historia del Nuevo Mundo hasta la época de su fallecimiento, ya porque estuvo presente a varios hechos, ya por haber conservado algunas relaciones importantes de los descubridores con quienes mantuvo correspondencia".¹⁰

Quintana en el prólogo de su biografía del Padre Las Casas, al enumerar las fuentes que ha ocupado dice "... y la lectura atenta de Herrera, Oviedo y otros escritores propios tan imparciales y juiciosos como ellos". Sin embargo, paralelamente a Herrera, cuando se refiere a las relaciones entre Oviedo y Las Casas dice que la crítica del Padre es "dura, pero en partes incontestable y victoriosa, como que se funda en los testimonios de Oviedo cuando se contradice a sí mismo en lo que dice de indios y españoles"; no precisa Quintana cuáles son dichas contradicciones.¹¹

El crítico norteamericano Ticknor, en su *Historia de la Literatura Española* califica de notable la *Historia General y Natural*, lo que no obsta para que encuentre numerosos y graves defectos a la obra. Encuentra que la división está naturalmente acomodada a la geografía del Nuevo Mundo, lo que le indica que la tarea la ha emprendido "con conciencia y discernimiento", pero la materia es tan vasta y los materiales tan informes que era imposible manejarlos con soltura y no sólo esto sino

⁹ Alejandro von Humboldt. *Cosmos*. Editorial Glenn. Buenos Aires. 1944.

¹⁰ Fernández de Navarrete. *Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*. Tomo I, pág. LXXV.

¹¹ Quintana. *Vida de los Españoles Célebres*. Calpe. 1922. Tomo IV, pág. 9 y 59.

que Oviedo "en lugar de buscar la condensación filosófica, peca al contrario por su estilo descosido y vago y que lejos de ser un compendio como debiera serlo, su obra es más bien una relación difusa y documentada de los inmensos descubrimientos y señaladas conquistas de sus compatriotas en el Nuevo Mundo". Sin embargo, encuentra a Oviedo "sin disputa hombre de grande condición para el tiempo en que vivió y mantuvo con Ramusio, el cosmógrafo italiano larga correspondencia, que no pudo menos que ser útil y provechosa para entrambos". En fin, su conclusión es que la obra "puede ser considerada como un vasto arsenal de hechos y noticias importantísimos y que no deja de tener cierto mérito como composición literaria".¹²

Para Prescott, la obra principal de Oviedo es desde luego la referente a las Indias, que encuentra adoleciendo del gran defecto del desorden y de estar escrita con un estilo rastrero, pero "como tuvo grandes medios para adquirir noticias se han aprovechado grandemente los que han tenido ocasión de seguirle". A pesar de su carácter de sajón, entre quienes han tenido gran popularidad las ideas de Las Casas, al juzgar las críticas y juicios que al Padre le mereció Oviedo, dice que, "como Las Casas tenía gran aversión hacia aquel hombre, a quien había acusado públicamente de robo y crueldad y que era muy opuesto a sus ideas sobre el gobierno de las Indias" no podemos tenerlo por crítico justo.¹³

Amador de los Ríos que prologa extensamente la primera edición completa de la *Historia General y Natural de las Indias*, que realizó la Real Academia de la Historia en 1851-55, con su *Vida y Escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo*, hace un amplio estudio de Oviedo, aunque es casi exclusivamente biográfico. Amador de los Ríos toma, por decirlo así, la defensa de Oviedo en todos los puntos en donde ha sido atacado, inclusive el

¹² Ticknor. *Historia de la Literatura Española*. Editorial Rivadeneyra. Madrid. 1851.

¹³ William Prescott, *Historia del Reinado de los Reyes Católicos*, México. 1854, pág. 161.

constante del desconocimiento del latín. Para él, la *Historia General* "no solamente merece la estimación de los doctos, por ser la primera que sobre el Nuevo Mundo se escribe, sino por haberse trazado y llevado a cabo en medio de mayores contratiempos y en aquellas mismas comarcas que hollaban por primera vez plantas españolas".

Según Amador de los Ríos, Oviedo funda su erudición histórica en el estudio de las obras hasta su tiempo dadas a la luz tanto en castellano como en lengua francesa, flamenca, toscana y latina. Pero desde luego su principal fuente de erudición histórica está en su propia experiencia, de la cual sacará partido dado su talento observador y reflexivo. Bosqueja con mano maestra el cuadro de su tiempo "pero con el detenimiento y esmerada tibieza de quien por no alcanzar la sublime entonación del conjunto, se goza y entretiene en perfilar menudamente todos los pormenores". Aunque comprende instintivamente la importancia del hecho que narra "rara vez se levanta a la esfera de las altas consideraciones políticas... mas no le culpemos hoy de lo que no estaba en su mano alcanzar, ni alcanzó tampoco ninguno de sus coetáneos: cuando florece Oviedo, si bien son ya en parte conocidos los grandes modelos de la antigüedad clásica, no ha logrado todavía la imitación tan profundas raíces, que pueda ser bastante a sacar los estudios históricos del círculo estrecho de las crónicas"¹⁴.

Don Antonio María Fabié en *Vida y Escritos de Las Casas, Obispo de Chiapa*, se refiere a Oviedo, aun cuando exclusivamente en la relación que éste tiene con Las Casas, tomando por supuesto el partido del Padre y criticando la falta de exactitud a nuestro Oviedo, en los puntos relacionados con las actividades del clérigo, algunas de las cuales señala: "no es más exacto Oviedo en el espíritu general de su juicio sobre Las Casas, pues lo que hemos transcrito parece deducirse que empezó en el año 19 sus gestiones en favor de los indios, y ya sabemos que desde

¹⁴ Oviedo. *Historia General*. Edición de la Real Academia de la Historia. Madrid. 1851-55. Tomo I; pág. XCVI, LXXXII y LXXXIV.

el año 14 se consagró con el mayor ardor a este asunto . . . nada de esto dice, ni siquiera indica en su *Historia General* Gonzalo Fernández de Oviedo, dando así claros indicios de animadversión que tenía a Las Casas".¹⁵

En el prólogo a la publicación de *Historiadores Primitivos de Indias*, encontramos que Dn. Enrique de Vedia al referirse a nuestro cronista dice: "el famoso Gonzalo Fernández de Oviedo, nombre que no pueden pronunciar sin respeto los labios de todo amante de la historia patria", palabras que si bien no enjuician la obra de Oviedo, sí son elocuentes de un cambio de juicio general operado hacia la segunda mitad del siglo pasado, entre los historiadores españoles. Quizá la pérdida de gran parte de las colonias americanas hizo que las Indias cobraran un nuevo sentido en la mente española, cuya consecuencia directa es la serie de ediciones de crónicas americanas encabezadas por la *Colección de Historia de Indias* de la Real Academia de la Historia de Madrid. Es también elocuente el hecho de que a pesar de la fama de la *Historia* de Las Casas, en el momento de elegir la obra que había de encabezar la colección, se prefirió la *Historia* de Oviedo, según nos dicen en la Advertencia a tal publicación "atendiendo principalmente al orden cronológico entre otras poderosas razones", y aunque no explican cuáles son éstas, podemos darnos cuenta que Oviedo viene a resultar "más español" que Las Casas, mientras que éste, usado como banderín de la Leyenda Negra, menguaba el tamaño de las epopeyas que se trataba de rememorar.

Dn. Diego Barros Arana en un brevísimos juicio, dice que las partes publicadas de la *Historia* de Oviedo, traducidas ya a varios idiomas, le habían dado "gran notoriedad, que ha sido confirmada cuando se ha conocido completa".¹⁶

Para Menéndez y Pelayo, que en *De los Historiadores de Colón* se ocupa de nuestro cronista, dos son las obras

¹⁵ Fabié. *Vida y Escritos de Dn. Fray Bartolomé de las Casas*. Imprenta de Manuel Ginesta. Madrid. 1879. Tomo I, pág. 83.

¹⁶ Diego Barros Arana. *Obras Completas*. Chile. 1908. Tomo I, pág. 19.

de valor en los voluminosos escritos de Oviedo, la *Historia General y Natural y sus Batallas y Quinquagenas*. En cuanto a la *Historia* piensa que "no hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como éste", ya que como dice, por lo mismo que no es ni un historiador, ni siquiera un verdadero escritor, resulta un "inapreciable colector de memorias". Así pues para Menéndez y Pelayo es también significativa la obra de Oviedo como arsenal de datos; sin embargo, en el aspecto de la historia natural le merece un juicio más elogioso, pensando que "fué ventaja para Oviedo el ser extraño a la Física oficial de su tiempo, tan apartada de la realidad, tan formalista y escolástica", de lo que resultó que Oviedo nos legó un cuadro de la naturaleza del Nuevo Mundo con "descripciones que no son las de un naturalista pero que los naturalistas reconocen como muy exactas".¹⁷

Sánchez Alonso (*Fuentes de la Historia Española e Hispanoamericana*), piensa que puesto que Oviedo había estado tantos años en las Indias, y tuvo un afán decidido de observarlo y anotarlo todo, tenía "excelentes condiciones de historiar" por lo que, tanto "el *Sumario* como la *Historia General y Natural de las Indias* se cuentan entre las mejores de los cronistas oficiales".¹⁸

Para Hanke, que se ocupa de Oviedo en cuanto a la relación que tiene con el Padre Las Casas, la obra de Oviedo es significativa como "uno de los más destacados" exponentes de la escuela rival a Las Casas, la que él define como de "los indios como perros cochinos en contrario a los indios como nobles salvajes".¹⁹ Además considera que la publicación del *Sumario* de Oviedo puede haber sido "la chispa que inflamó a Las Casas, determinándolo a relatar, la que tenía por verdadera historia". Considera asimismo que la actitud irónica de Oviedo para con Las

¹⁷ Menéndez y Pelayo. *Estudios de Crítica Histórica y Literaria*. Espasa Calpe Argentina, 1944. Tomo VII, págs. 86 a 90.

¹⁸ Sánchez Alonso. *Fuentes para la Historia Española e Hispanoamericana*. Madrid, 1927. pág. 210.

¹⁹ Lewis Hanke. *La Lucha por la Justicia en la Conquista de América*. Editorial Sudamericana, 1949. pág. 170.

Casas "fué para su mal, pues Las Casas logró impedir que se publicara la *Historia* de Oviedo."²⁰

El prologuista de la segunda edición de la *Historia* de Oviedo, de la Editorial Guaranía, Natalicio González, piensa que lo único valioso y "perdurable de su historia es el caudal de datos y noticias que en ella acumuló, no sus juicios siempre parciales" puesto que considera que el hecho de que Oviedo escribiera por mandato del monarca y bajo la supervisión del Consejo de Indias, le impidió realizar una labor al estilo Las Casas que "encaraba la historia como debe hacerlo un americano".

En el prólogo a la edición del *Sumario de Historia Natural de las Indias* del Fondo de Cultura Económica, José Miranda dice acerca de tal obra: "El Sumario es una obra con personalidad propia, en la que Fernández de Oviedo ofrece una visión rápida y substancial de la naturaleza y hombre americanos. Su calidad y principal mérito se halla precisamente en lo que tiene de bosquejo panorámico. Sólo esto bastaría para acreditarla como obra única en su tiempo, pues ninguna otra nos daría en tan poco espacio y de manera tan ponderada y armónica la descripción de aquello que interesaba más al europeo del medio físico americano lo extraño y lo diferente, lo que más le alejaba de lo propio".

Edmundo O'Gorman realizó un breve estudio historiográfico de la obra de Oviedo presentando una selección de la *Historia* de Oviedo publicada con el título de *Suceso y Diálogo de la Nueva España*. En dicho estudio O'Gorman analiza la obra general de Oviedo, su paso de los libros de caballerías (*Claribalte*) a través de los de moral (*Respuesta a la Epistola Moral del Almirante de Castilla*) a los libros de verdad; analiza la causa de ser las Indias el objeto de su atención y cómo principia Oviedo con la mirada fija en la naturaleza americana en el *Sumario* y va poco a poco absorbiéndose en lo que es al principio un anexo "recontar los méritos de los conquis-

²⁰ Las Casas. *Historia de las Indias. Prólogo de Lewis Hanke*. Fondo de Cultura Económica. 1952. pág. XIX, XX, XXIII, XXIX y XLIII.

tadores de estas partes" cambio originado en el hecho de que, como dice O'Gorman, "a medida que envejece y que echa raíces cada vez más profundas en el suelo americano, vinculando vida e intereses al ambiente colonial, sufre una alteración de perspectiva histórica" y así vemos tristemente que de "filósofo de América se convierte en cronista". De cualquier manera para O'Gorman lo realmente importante de la obra de Oviedo es que éste hace problema, por vez primera, de la naturaleza americana y es por lo tanto "quien inicia este nuevo proceso que continuado y superado por Gómara llegará a vencerse definitivamente en Acosta". Ahora bien, dice O'Gorman, si Oviedo se queda en este aspecto "en el umbral de la duda misma", su historia encierra una concepción histórica universal de la Empresa de las Indias que consiste en "una visión mesiánica de la historia fundada en la inquebrantable fe que algunos españoles tenían en el destino providencial de su pueblo como elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica hasta la consumación de los tiempos". Y es esta concepción histórica la verdadera base espiritual de su libro y que lejos de ser una relación de sucesos locales introduce "los sucesos de Indias dentro del amplio cauce de la historia universal".

Como una especie de apéndice en la parte final del libro encontramos otro breve estudio sobre Oviedo, esta vez relacionado con su terrible detractor, Las Casas. Es sumamente interesante, dado que, es el único estudio en que se analiza dicha enemistad desde el único punto en que debe estudiarse, como un resultado natural de un "violento choque entre dos maneras distintas de entender la vida, cuyo antagonismo se revela en sus divergentes modos de concebir al hombre, puestos frente a frente con motivo del indio americano". A continuación y como prueba a sus palabras analiza brevemente la concepción ovediana del indio, único estudio que yo sepa, sobre este tema, a pesar de cuatro largos siglos de polémicas, de hablar de sus juicios "parciales" y presentársele como enemigo jurado de los indios.

Esta brevísima presentación histórica de la obra de Oviedo nos va a permitir situarnos frente a cuatro siglos de opiniones acerca de la obra de nuestro cronista. Con ello nos vamos familiarizando con él y le vamos conociendo, ya que la historia del libro pasa, a pesar de la incomprensión, injusticia o exageración con que se le ha juzgado, a formar parte del mismo.

Si exceptuamos el estudio de O'Gorman, las opiniones podemos dividir las en cuatro grupos. El primer grupo lo constituyen aquellas opiniones que únicamente lo han juzgado a través de sus relaciones con Las Casas. Estas opiniones desde luego derivan de las críticas furibundas que el Padre Las Casas lanzó contra la obra y la persona de Oviedo y que se convirtió en una especie de acuñación que admitió la posteridad casi sin averiguar hasta que punto era cierta, como ha sucedido en tantas ocasiones en la cultura, en que se aceptan como verdaderos, juicios de una persona o de una época sin discusión; como ejemplo tenemos el caso clásico de la idea que nos heredó la Ilustración de la Edad Media, como una edad de tinieblas. El concepto de Oviedo acuñado por Las Casas ha sido tanto más importante cuanto que la figura de éste ha ido creciendo al correr el tiempo, y al ascenso de Las Casas ha correspondido generalmente un descenso en el prestigio de nuestro Oviedo. Así, la idea más generalizada que se tiene de Oviedo es la de "el enemigo de Las Casas y de los indios". Pero una vez realizado el estudio de su obra nos encontramos con que Oviedo no es ni una, ni otra cosa; Oviedo tiene efectivamente una concepción muy adversa al indio, pero ello no es porque sea enemigo de los indios, la prueba es que constantemente nos encontramos en su obra reproches a los españoles por el abuso realizado en algunos casos, sino que, como dice O'Gorman ¿cómo iba a acomodarse el indio a la idea caballeresca y humanista, que Oviedo se había formado del varón perfecto? Así, pues, su idea del indio responde simplemente a su visión

histórica y no podemos decir tampoco que Las Casas encarre la historia como debe hacerlo un americano y que Oviedo no lo haga porque escribía para el monarca; creo que por los años que pasaron ambos en el nuevo mundo pueden ser considerados americanos tanto uno como el otro y sus obras no son ni más ni menos adecuadas a su nacionalidad, sino simplemente el producto de dos diversas concepciones del mundo y del hombre.

El segundo grupo lo forman los criterios como el de Juan Bautista Muñoz; Fernández de Navarrete, Ticknor, Menéndez y Pelayo, etc., que sin reparar en el pensamiento de Oviedo, únicamente le encuentran significado como una inagotable mina de datos para la historia del Nuevo Mundo.

El tercer grupo lo constituyen los historiadores y críticos españoles del siglo pasado, para los cuales Oviedo significa una especie de baluarte de la reivindicación histórico-moral de España frente a la figura de Las Casas. Paralela a esta corriente encontramos la de los críticos americanos que han elevado al mismo nivel a Las Casas en cuanto al americanismo.

El cuarto y último grupo se refiere a la crítica de la obra de Oviedo desde el punto de vista de la historia natural; en este aspecto la obra ha sido siempre elogiada desde la aceptación de su contemporáneo Ramusio. El mismo Las Casas piensa que lo único positivo y verdadero en "la escritura de Oviedo y toda su parlería es lo que dice de árboles y hierbas". Hemos anotado también el juicio un tanto elogioso de Humboldt de la *Historia* de Oviedo como "fundamento de todo lo que hoy se llama física del globo". En general en este aspecto siempre ha sido apreciado y hoy día aún se ha dado su nombre a una sociedad científica en España.

Lo anterior nos permite llegar a las siguientes conclusiones: la obra de Oviedo ha sido generalmente juzgada sólo parcialmente o partiendo simplemente de una opinión existente. El aliento profundo que anima la historia de Oviedo, su visión imperialista de la historia, que nos explica su idea no sólo de la historia, sino también del

hombre y particularmente de la empresa de Indias, parece no haber tenido importancia sino en su tiempo; Las Casas y Fernando Colón le rebatieron ideas desprendidas de tal visión, pero ya en el siglo XVII vemos que se pierde todo sentido de tesis en el análisis de la obra y con ello se priva a la *Historia* de Oviedo de toda vida, cateciendo de significado sus diversas opiniones, ya que privadas de la tesis que las unifica, analizándolas aisladamente las encontramos sin sentido.

Encontramos pues, que la obra de Oviedo reclama imperiosamente una apreciación más justa, no para defender a Oviedo, sino simple y sencillamente para entenderlo. Una vez que sabemos que la base espiritual del libro es una tesis providencialista de la Historia, en la que España representa el pueblo elegido por Dios para unificar al mundo bajo una sola corona y por una misma religión, trataremos de obtener la concepción del indio que corresponde a tal tesis.

CAPITULO I

EL HOMBRE OVIEDO

EN EL MARCO maravilloso de la Europa de los albores de la modernidad, que tan pródiga en acontecimientos había de ser para Europa y particularmente para España, se desarrolla la vida de nuestro cronista, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.

Privilegio caro de la suerte constituía realmente esta circunstancia, pues los caminos que la vida presentaba a los hombres de aquel tiempo eran numerosos y variados, desde los que ofrecían la vida aventurera que prometían las nuevas tierras y las continuas guerras europeas, como los que conducían al arte y la ciencia. Pero no sólo esto, sino que la vida de Oviedo transcurre en el período que va de 1478 a 1557, período feliz que coincide con el despertar y desarrollo de su patria hasta llegar a ocupar el primer lugar entre las naciones del mundo.

Nace Oviedo en la villa de Madrid un día del mes de agosto de 1478, y aunque no podamos señalar quien era su padre, seguramente se trataba de un hidalgo, como lo demuestran no sólo sus alusiones a ello, sino el hecho de que formara parte más tarde de la corte del príncipe Don Juan.

En 1490 entra a servir a Don Alfonso de Aragón, gran amante de la cultura, que es precisamente quien lo

inicia en los estudios. Un año después es presentado por el propio Don Alfonso a la corte de los Reyes Católicos, donde obtiene el cargo de mozo de cámara del príncipe Don Juan.

Seis años permanece Oviedo en este puesto, años fructíferos, ya que como el príncipe se aficionara a su servidor, éste fué destinado a tomar lecciones en su compañía. Tanta fué la cercanía que llegó a tener Oviedo con Don Juan que cuando en 1496 el príncipe celebraba sus esponsales, le fué encomendada a Oviedo la custodia y llaves de la cámara real. Pero la muerte súbita del príncipe cortó su carrera cortesana. "Mi descontento, dice Oviedo, me llevó fuera de España a peregrinar por el mundo, habiendo pasado por mí muchos trabajos y necesidades en diversas partes". Anduvo así por toda Italia, teatro por entonces de las victorias del Gran Capitán, sin abandonarle, según dice, su gran afición a los estudios; en estas andanzas tuvo oportunidad de conocer a los genios de la época: Leonardo, Ticiano, Miguel Angel, Rafael, etc.

Hacia 1500 es admitido en la corte del rey Don Fadrique; pero como perseguido por una mala suerte que no lo dejaba convertirse en cortesano, aquel mismo año, este monarca perdía su trono y nuestro Oviedo, desamparado nuevamente, veíase obligado a cambiar el rumbo de su vida.

Anduvo rondando todavía unos dos años por Italia al servicio de la reina Doña Juana. En 1502 vuelve a España instalándose en Madrid, donde a poco casó con Margarita de Vergara, "una de las mugeres más hermosas que ovo en su tiempo", enviudando a sólo diez meses de efectuado el matrimonio.

Despechado por su mala suerte, volvió de nuevo al ejercicio de las armas, esta vez en la guerra con Francia por el Rosellón. Pero en 1505, encontramos a Oviedo nuevamente formando parte de la corte de España, oficio al que parecía perseguir incansablemente, como previendo los múltiples trabajos y amarguras que la vida le aguardaba. Fué por entonces, según parece, cuando inició

la compilación de cuantas noticias concernían a los reyes de España desde los tiempos más remotos.

En 1508 vuelve a contraer matrimonio y en 1509 nace el hijo que había de sucederle en empleos y trabajos en el Nuevo Mundo. Nombrado por aquel tiempo secretario del Gran Capitán, Oviedo se alistó para partir a Italia; pero fracasada la expedición, hubo de regresar al hogar con una hacienda un tanto deteriorada. En circunstancias como éstas no quedaba sino un camino posible a seguir: el Nuevo Mundo; y quizá con un suspiro de resignación, hacia aquellas tierras partió nuestro cronista y fracasado cortesano. Consiguió ser incorporado a la expedición de Pedrarias Dávila y sus años pasados en la corte le proveyeron de los cargos de Veedor de las fundiciones en la tierra firme y escribano mayor de minas. América con esto empezaba a enlazarlo.

Desembarcó, después de un pésimo viaje, en Santa Marta, el 12 de junio de 1512, inaugurando nuestro Oviedo sus aventuras en el Nuevo Continente con la lectura del requerimiento que había de hacerse a los indios antes de romper hostilidades con ellos. Su vida en el Nuevo Mundo se inició entonces, como para casi todos los conquistadores, con grandísimas penalidades. El eje de la colonización iba pasando por aquel entonces de las islas al continente; pero antes de asentarse firmemente sobre las poblaciones belicosas de estos sitios inhóspitos para los españoles, fueron necesarias arduas campañas. ¡Cuán duras serían aquellas horas para aquel, hasta entonces cortesano, que había conocido las principales cortes europeas! ¡Cuán contrastantes deben haberle parecido las regiones desconocidas de América, casi deshabitada, donde lo único grandioso parecía ser la naturaleza! Para este hombre que hasta entonces había vivido en la magnificencia, iba a dejar una honda huella el espectáculo de los habitantes de esas nuevas tierras, semidesnudos, semi-bárbaros y con aquellas religiones extrañas. Pero quizá fué este contraste y las múltiples angustias que le ocasionó el Nuevo Mundo a nuestro cronista lo que había de ganar para su causa. Y de estas primeras impresiones

derivaron sus juicios sobre las cosas del Nuevo Mundo en donde los indios habían de llevar la peor parte, ya que la naturaleza americana le había de enamorar desde el primer momento y su observación atenta se había de convertir en el único esparcimiento posible para su espíritu inquieto.

Trasladado con Pedrarias Dávila a Santa María la Antigua, en el Darién, donde la codicia e improvisión de dicho capitán provocaron el hambre y con ella la pérdida de casi toda la expedición, conoció nuestro personaje los horrores de la adversidad. "Creció esta calamidad del hambre tanto, dice, que morían dando quejidos, dadme pan, muchos caballeros que dejaban en España empeñados sus mayorazgos . . . Nunca parece que se vió cosa igual, que personas tan vestidas de ropas ricas, se cayeran a cada paso muertas de pura hambre . . . Morían cada día tantos que en un hoyo que se hacía muchos juntos se enterraban . . . é muchos quedaban sin sepultura un día ó dos por no tener fuerzas para los enterrar, los que eran sanos".

Decidió Oviedo dirigirse a España a dar noticia de todo este atropello a su rey, y queriendo estorbarle Pedrarias, le obligó a hacer residencia, no resultando de ella queja alguna contra nuestro cronista. Partió por tanto a fines de octubre de 1515, llegando a España en diciembre sin lograr hablar con el rey que moría el 23 de enero de 1516. Otra persona menos diligente se habría desanimado, pero no nuestro Oviedo, que decidido se dirigió hacia Flandes a informar al príncipe Don Carlos.

Una vez logrado esto, Don Carlos dió orden para que examinaran los memoriales de Oviedo los cardenales Cisneros y Adriano de Utrecht. Volvió a España, pudiéndose entonces darse cuenta cuán infructuosos habían sido sus esfuerzos ya que no obtuvo respuesta alguna. Este nuevo desengaño le hizo retirarse a su hogar traduciendo por aquel tiempo el posteriormente despreciado Claribalte. Pero el Nuevo Mundo no podía así como así ser abandonado y cuando en 1517 llegó Don Carlos a España, Oviedo alentó algunas esperanzas, presentándose hacia los

primeros meses de 1518 a la corte. Pero no fué sino hasta 1519 en Barcelona cuando consiguió ser oído y despachado. Logró aún la gobernación de Santa Marta, que después abandonó al no otorgársele las condiciones que él ponía. A pesar de este nuevo fracaso, logró Oviedo mejoras para los habitantes del Darién y ser despachado con el cargo de tomar cuentas y cobrar los bienes de los sentenciados por Pedrarias.

Con tal misión marchó de Madrid con mujer, dos hijos y ocho criados en marzo de 1520. Durante su viaje se enteró que el gobernador Sosa, que había de sustituir a Pedrarias había muerto, lo que significaba tener que enfrentarse ante el tirano que aún gozaría de todo su poder, para poder cumplir los encargos del Consejo de Indias.

Decidió Pedrarias trasladarse a Panamá dejando como gobernador a un individuo llamado Estete, que en poco tiempo provocó la ruina de la región. Pedrarias, tal vez queriendo ganar para su causa a Oviedo, le nombra entonces gobernador de Santa María la Antigua. Pero los pesares no terminaban para nuestro Oviedo, su mujer acometida por la fiebre moría seguida por uno de sus hijos, lo que le convenció tal vez, de que la naturaleza americana, pródiga y grandiosa, era dificultosa para la salud de los nuevamente venidos a ella.

Inició su gobierno con sabias medidas, tratando de cortar de raíz los viejos abusos y tratando de castigar los crímenes que impunemente se cometían. Persiguió toda clase de inmoralidades y malas costumbres entre los conquistadores, prohibió el mal trato a las mujeres indias, medidas que más que la aprobación, le granjearon la mala voluntad de la mayoría. Tomó también medidas para el mejoramiento económico y la pacificación de la comarca. Pedrarias celoso del éxito alcanzado por el gobierno de Oviedo decidió destituirlo. Pero como un golpe contra aquel, al mismo tiempo que esto sucedía, Oviedo era elegido por el regimiento de la ciudad, procurador representante a la Junta General de Castilla del Oro. Tal victoria de Oviedo llevó a sus enemigos a planear su muerte, siendo atacado en plena plaza pública. Dice Oviedo

al respecto: "dióme una gran cuchillada en la cabeza, descendió cortando por debaxo de la oreja sinestra cortóme un pedazo grande de la quixada y entró media mejilla, é fué tan grande é honda la herida que me derribó é dióme conmigo en tierra y al caer dióme otras dos cuchilladas". Con el asombro de sus enemigos sanó en breve el veedor de sus heridas, puesto que parecía que aún Dios le destinaba, como dice, para otros quehaceres. Apenas restablecido, vióse sujeto a juicio de residencia, saliendo libre una vez más, acto que sirve para refutar parte de los cargos que le hace el P. Las Casas, pues hay que contar con que el juicio se hacía con la presión de Pedrarias, que de haber existido algún acto criminal de parte de Oviedo lo hubiera explotado en su contra.

Dándose cuenta del peligro que corría en el Darién, ya que el criminal había sido libertado por el mismo Pedrarias, decidió marcharse recogiendo secretamente parte de su hacienda y su familia (había contraído nuevas nupcias), embarcándose el 3 de julio de 1523 para Cuba. Durante estos agitados y penosos tiempos había escrito su *Crónica y Vida de los Reyes Católicos*.

Llegado a Cuba, hospedóse en la propia casa del Adelantado Velázquez, saliendo nuevamente para España el 6 de septiembre de 1523. Llegado a su patria logró ser recibido por el ya Emperador Carlos V, a quien presentó sus quejas y la relación de crímenes y males que en Tierra Firme había causado Pedrarias. Y mientras estas diligencias tenían lugar, gastó sus ocios escribiendo la *Respuesta a la Epístola Moral del Almirante de Castilla* y la *Relación de lo Sucedido en la Prisión del Rey Francisco de Francia, después que fué traydo a España*.

En atención a sus desvelos le fué otorgada la Gobernación de Cartagena, pero Oviedo no quiso partir sin lograr su propósito de alejar a Pedrarias de la Tierra Firme, cosa que al fin logró al firmar el Emperador mismo la destitución de éste, nombrándose a Pedro de los Ríos para sustituirlo.

Por entonces salió de su pluma el primer libro de tema

americano, el *Sumario de la Natural Historia de las Indias* que fué impreso en Toledo en 1526 y dedicado al César.

Llegado nuevamente a las Indias el 30 de julio de 1526, no llegó a tomar posesión del gobierno que le había sido otorgado, ya que diversos incidentes que menguaban su autoridad en aquellas tierras le hicieron renunciar. Para desengañarlo totalmente de la justicia humana, de España llegaba un nuevo nombramiento para Pedrarias, que hizo desistir a Oviedo de acercarse en Tierra Firme. Decidió entonces dirigirse a Panamá (1529) para pedir la venia del gobernador y trasladarse a las islas. Encontróse con que los conflictos en tal ciudad eran numerosos, y nuevamente se vió distinguido con el nombramiento por el Regimiento de la ciudad para presentar las quejas ante la corte.

Embarcó, una vez más, hacia el Viejo Continente en septiembre de 1530. Llegado en diciembre a la península, pudo cumplir en breve y satisfactoriamente los asuntos que le habían traído, renunciando además al cargo de Veedor de fundiciones de oro en Tierra Firme, logrando que dicha plaza fuera concedida a su hijo. A cambio fué nombrado cronista general de Indias, distinción que le hizo retornar al Nuevo Mundo a fines de 1532 contento y satisfecho.

Como reparándole la vida de tantas penalidades y sinsabores, nuevos motivos de satisfacción le esperaban en las Indias. Arribado a Santo Domingo, como hubiera pasado a mejor vida el alcaide de la fortaleza de aquella ciudad, pusiéronla en manos de Oviedo los oficiales y magistrados de la Audiencia, elección confirmada después por el Emperador.

Pero a pesar de sus deseos de tranquilidad, que ya su edad iba exigiendo, tuvo que partir nuevamente hacia España en 1534, para plantear otro caso encomendado por el Regimiento y la Audiencia de Santo Domingo; y como para tales fechas tuviera terminada la primera parte de la *Historia General y Natural de las Indias*, aprove-

chó el viaje para presentarla ante el Consejo de Indias. Durante su estancia en España en esta época, escribió el *Tratado de los Oficios de la Casa Real de Castilla* por encargo del príncipe Don Felipe para información de su ayo Don Fernando de Estúñiga.

Aprobada la primera parte de la *Historia General* y obtenido el privilegio del Consejo Real para su impresión, encaminóse Oviedo a Sevilla en donde a fines de septiembre de 1535 pudo ver la luz la primera edición. La acogida no pudo ser más lisonjera y pronto fué traducida al toscano, francés, alemán, turco, latín, griego y árabe, "honra que hasta entonces, dice Amador de los Ríos, no había alcanzado obra alguna moderna", por lo que realmente podía darse por satisfecho.

Arribó por quinta vez al Nuevo Mundo el 11 de enero de 1536 siendo recibido por la Audiencia a cuyos encargos había dado cumplida cuenta. Tan acogedora suerte que había alcanzado su obra, diciéronle a proseguir de inmediato la segunda y tercera partes. Valiéndose de la real cédula que imponía a los gobernadores y adelantados el deber de comunicarle sus relaciones de nuevos descubrimientos. Consagrado a tales trabajos le sorprendió en uno de los documentos acerca de las relaciones de Don Diego de Almagro, la noticia de la trágica muerte de su hijo.

Sus trabajos literarios no le alejaron sin embargo, del cumplimiento de su deber como alcaide, logrando mejorar grandemente la fortaleza que le había sido encomendada. Trabajo no sencillo, ya que por aquella época el mar Caribe se encontraba infestado de piratas ingleses.

Vióse nuevamente alejado de sus deberes por una nueva comisión que le daba el Regimiento de Santo Domingo en España, llegando una vez más a ésta, en noviembre de 1546; y aunque sus afanes se vieron malogrados, no fué su presencia en España del todo inútil, ya que pudo acrecentar con un sinnúmero de datos su *Historia*.

Fué hasta 1549 cuando pudo embarcarse de vuelta a América con el nombramiento de regidor perpetuo de la ciudad de Santo Domingo y habiendo podido lograr

resolver, después de tanto tiempo algunos de los asuntos que lo llevaran a España.

En 1555 terminó su voluminoso libro de las *Quinquagenas*, dirigido al príncipe Felipe, del cual esperaba la venia para retirarse de sus cargos y regresar a España a terminar tranquilamente sus días en su patria. De tal manera envió al consejo su dimisión de la alcaldía y su petición para marchar a España a imprimir su historia. Concedidas ambas cosas, a principio de junio nuestro cronista se alejaba, esta vez definitivamente, de aquellas regiones donde tantas amarguras y trabajos había pasado, pero que a la vez tantas enseñanzas y oportunidades le habían proporcionado. Llegado a la Península apenas tuvo tiempo nuestro cronista de empezar a imprimir la segunda parte de su historia, cuando atacado de agudas fiebres muere durante el verano de 1557. Terminaban así 79 años de una vida infatigable, del que había sido soldado, cortesano, gobernador, alcaide, litigante, historiador, Don Gonzalo Fernández de Oviedo. El destino le hacía, por último, una jugada final no permitiéndole ver su obra completa impresa, obra que relegada por los afanes de Las Casas, no había de ver la luz, sino hasta 1851.

CAPITULO II

OVIEDO Y EL MUNDO AMERICANO

UNA VEZ DEFINIDO y planteado el tema de este trabajo, empezaremos por abordar el punto referente a la visión del mundo americano que tiene Oviedo para después poder situar en dicho marco al objeto principal de nuestro interés: el indio.

Para colocar a nuestro cronista ante el problema americano, daremos inicialmente un vistazo general a las consecuencias del descubrimiento de América. Paradójicamente, como tantas cosas en la cultura, el viaje de Colón en 1492, que encontraba al fin la tan anhelada nueva ruta al Asia, habría de cobrar una importancia singular, al comprobarse después de múltiples viajes, que aquellas tierras adonde se había arribado, no eran Asia, sino algo hasta entonces desconocido. Este hecho, al que después se denominaría el descubrimiento de América, abrió el camino a una honda crisis en la concepción del mundo ya que, como ha dicho Edmundo O'Gorman, "América al ser descubierta convirtió en hipótesis la concepción ya existente acerca del mundo y del hombre".¹ Aquellas tierras encontradas por Colón, con las que no parecían contar ni siquiera las Sagradas Escrituras, venían a abrir y a desorganizar el pequeño y limitado

¹ O'Gorman, *Fundamentos de la Historia de América*, pág. 87.

mundo en el que hasta entonces habían vivido los hombres, planteando serios problemas a las mentes de la época. Ese nuevo mundo, desconocido para ellos, se preguntaban, ¿Era acaso diferente al conocido? ¿Era errónea la visión del mundo que habían tenido hasta entonces? Se trataba, como es fácil advertir, de preguntas inesperadas y demasiado difíciles para aquellas mentes acostumbradas a un modelo fijo del universo. Ante la imposibilidad de despejar las tremendas incógnitas provocadas por el descubrimiento, lo primero que se les ocurrió fué buscar y rebuscar en la literatura, leyendas, noticias, profecías y viajes que les indicaran si los antiguos habían tenido conocimiento o por lo menos noticia de estas tierras, con lo cual el llamado Nuevo Mundo venía a tomar la categoría de mundo olvidado, no nuevo, lo que les tranquilizaba, pues si los antiguos habían tenido noticia de este mundo, quería decir que dichas tierras quedaban incluidas dentro de las ideas vigentes acerca del universo. Acto seguido, para reforzar su convicción de que no se trataba de algo diferente en esencia, comenzaron a buscar afanosamente semejanzas entre las tierras recientemente halladas y el mundo conocido, cosa que facilitaba el desconocimiento del Asia, de la que existían sólo las fabulosas descripciones hechas por los viajeros medievales, que permitían la existencia de las cosas más maravillosas en la tierra.

Nuestro cronista, Oviedo, vive esta época precisamente, lo que da a su libro una importancia particular en este aspecto, ya que nos permite observar las conclusiones a que fueron llegando sus contemporáneos. Además, es Oviedo el primero en fijar su mirada no sólo en el Nuevo Mundo, sino específicamente en su naturaleza, lo que permite ver que lo que enamora a Oviedo no es ya el hecho de la existencia de aquellas remotas tierras, sino la circunstancia de que puedan ser motivo de una nueva consideración filosófica.²

² O'Gorman. *Diálogo y Suceso de la Nueva España*. pág. XVI.

En el momento en que Oviedo hace objeto de su atención intelectual al Nuevo Mundo, el problema geográfico principal ha sido superado. Oviedo define a las Indias de una manera negativa, para él ante todo "no son Asia", como él dice "no tracto de aquestas Indias que he dicho, sino de las Indias, islas y tierra firme del mar océano, que agora están actualmente debajo del imperio de la corona real de Castilla"³; es decir, Oviedo tiene ya plena conciencia de que geográficamente las Indias son algo independiente; sin embargo, como prueba de que aún esto no es muy claro para los que no han estado cerca del problema, lo explica ampliamente y lo repite con frecuencia.

En el estudio de las ideas de Oviedo relacionadas con el Nuevo Mundo, encontramos una dificultad bastante importante, constituida por las contradicciones que contiene su obra, derivadas de una circunstancia que debemos tomar muy en cuenta: la obra de Oviedo fué escrita a lo largo de muchos años y por ello debemos tomar su pensamiento como un proceso que tiene etapas diferentes, ya que Oviedo se fué adscribiendo a la tendencia que más le convenía en el momento de escribir.

En sus primeras páginas encontramos que habla de este mundo nuevo como desconocido de los antiguos, calificándole como de "tierras apartadas de cuanto estaba escrito desde *ab initio* hasta nuestro tiempo"⁴. Más adelante en cambio, habla de "este nuevo mundo o parte tan grandísima de él, olvidada en el universo", ¿olvidada? Sí, para Oviedo estas tierras ya habían sido conocidas de los antiguos, ya que encuentra alusiones en los escritores clásicos que le hacen pensar así, pero además, aquí entra su desafortunada hipótesis de las Hespérides,⁵ que aunque

³ Oviedo. *Historia General y Natural de las Indias*. Editorial Guaraña. 1945. Tomo I, pág. 25.

⁴ Oviedo. *Opus cit.* tomo I pág. 27.

⁵ Oviedo. *Opus cit.* tomo I pág. 46: "Yo tengo estas Indias por aquellas famosas Hespérides". Pág. 50: "E assi digo yo que pues tuvieron a Mauritania, que aquella ciudad quel Isidoro dice (llamada Hespéride) que dió nombre a las islas Hespérides, esta claro que la fundaria é nombraria el mismo rey Hespero, é que el daría también su nombre a las dichas islas; pues dice assimesto

la lanza precisamente como una hipótesis, le entusiasma tanto porque refuerza su visión providencialista de la historia, probando el derecho ya antiguo de España a las nuevas tierras. Sin embargo, Oviedo llega a resolver esta cuestión de una forma intermedia, a saber, para él es claro que los antiguos tuvieron conocimiento del Nuevo Mundo, pero entendiendo con esto que sólo llegaron a conocer las islas, no la tierra firme "pues Tholomeo, antiguo é cierto cosmographo, no habló cosa alguna de Tierra Firme, é lo que se dixo de Aristóteles é Solino é Plinio é Isidoro, aquellas autoridades de las islas Hespérides diciendo, de las islas hablan y no de Tierra Firme".⁶ Este mismo desconocimiento de gran parte del cosmos llevó a los antiguos, afirma Oviedo, a tremendos errores: como el de pensar que no todo el orbe era habitado y que la zona intermedia del globo no podía ni siquiera atravesarse, porque el calor quemaba.⁷

Hemos apuntado ya que al ocuparse Oviedo del Nuevo Mundo el principal problema geográfico ha sido superado; pero por esto debemos entender únicamente que Oviedo tiene conciencia de que las Indias son algo independiente del Asia, porque nuestro cronista tiene en todos los otros aspectos apenas una vaga idea de la geografía americana y vemos que son múltiples las dudas que le asaltan, derivadas del desconocimiento de una gran parte del litoral americano. Una de estas dudas es la que se refiere a la incógnita de si las Indias están o no unidas al Asia por la parte Norte. La primera idea a la que él se suma, es la que imaginaba a las Indias como parte independiente rodeada por el mar océano y "que no es

que las islas Hespérides son ultra Gorgades en los fines de los intimos mares, y en esto concuerda con los auctores suso dichos él con Seboso; é por tanto las mismas islas Hespérides son estas islas de las Indias de España... entonces sigue que agora tres mil é ciento é noventa é tres años, España é su rey Hespero señoreaban estas islas ó Indias Hespérides; é assi con derecho tan antiquissimo é por forma que está dicho, ó por la que adelante se dirá en la prosecución de los viajes del almirante Chripstobal Colom, volvió Dios este señorío a España a cabo de tantos siglos".

⁶ Oviedo, Opus cit. Tomo I pág. 88.

⁷ Oviedo, Opus cit. Tomo I pág. 26.

parte de Assia ni se junta con lo que Assia llamaron los antiguos cosmographos. Antes se tiene por cierto que la Tierra Firme destas Indias es una otra mitad del mundo, tan grande é por ventura mayor que Assia, Africa y Europa". En esta visión, Oviedo imagina un mundo dividido en dos grandes partes: una, formada por Europa, Africa y Asia, otra, quizá mayor, formada por el Nuevo Mundo. Tal visión que engrandece extraordinariamente a las Indias, en lógica secuencia da mayor importancia a su libro, ya que si observamos detenidamente, Oviedo siente que su misión es importantísima, puesto que está escribiendo "de cosas que nunca se oyeron ni pudieron ser escritas hasta nuestro tiempo", porque aún los más importantes escritores clásicos "no escribieron del mundo sino lo menos".⁸

Pero es claro que Oviedo no está seguro de nada relacionado con la figura geográfica del Nuevo Mundo, cosa por demás natural ya que para la época en que él escribe faltaba mucho por explorar, entonces lo vemos oscilar entre pensar que América es una "otra mitad del mundo" independiente del viejo continente y la idea de que América pueda estar unida al Asia. Así encontramos que en ocasiones dice "pues he visto é muy notorio está que estas nuestras Indias en ninguna manera pueden ser parte de Europa ni de Africa, por lo que tengo dicho de sus límites; y que si han de tener participación de alguna de las tres a de ser de Assia y esto cuando estoviesse averiguado que la última tierra que en Assia estuviesse al Oriente é delante del reino de China ú otra que estoviesse ó hay más oriental, se juntasse con la parte más occidental de Tierra Firme destas nuestras Indias".⁹ A pesar de esta oscilación entre las dos ideas originadas en el desconocimiento de los litorales del norte del nuevo mundo, a Oviedo parece haberle agradado más durante mucho tiempo la idea de un continente independiente, pues frecuentemente le oímos decir, "si esta rodeada del mar oceano, lo

⁸ Oviedo. Opus cit. tomo V pág. 78.

⁹ Oviedo. Opus cit. tomo I pág. 184.

cual yo más creo, é mi opinión é de otros agora más sospecha que no es parte de Assia ni se junta".¹⁰ Ya avanzada su obra, Oviedo va a adoptar una teoría que debe haber estado de moda en la época en que escribía la tercera parte de su Historia. Se trata de la hipótesis de Olao Ghoto que afirmaba que el mundo todo, estaba unido en la parte norte por la Gruntlandia.¹¹ Esta idea de que todo el mundo "es una mesma tierra é costa, sin la dividir la mar" entusiasma enormemente a Oviedo, lo que encontramos muy explicable si recordamos su tesis imperialista, pues ¿Qué mejor que un mundo unido naturalmente por Dios sea el objeto que han de unificar espiritual y políticamente los españoles? Y así oímos que Oviedo lo dice expresamente: "toda la tierra firme restante en el mundo. . .son una sola parte entera é sin dividirse de la mar é de aquessa, la mitad ó más de la corona ó ceptro real de Castilla é de León. . .Plega a Jhesu Chripsto que assi mesmo sea una sola la religión é creencia de todos los hombres debaxo del gremio é obediencia de la iglesia apostólica de Roma é del Summo Pontifice. . . é debaxo de la monarquía del Emperador Rey Don Carlos, nuestro señor, en cuya ventura é méritos lo veamos presto efetuado".¹²

Desde el comienzo mismo de su libro nos advierte Oviedo que el motor que le hace escribir, es la dignidad y novedad del tema de las Indias. Y dice que esto es importante ya que siendo naturalmente los hombres amigos de las novedades, es mejor escribir de las Indias de quien hasta ahora nadie se ha ocupado, dejando "lo de allá que por muchos está visto y escripto y no cesse nuestra materia que es nueva y peregrina".¹³ Y realmente podemos hacernos la siguiente reflexión: ¿qué es lo que Oviedo considera tan novedoso? Pues nada menos que la naturaleza americana, y no se trata precisamente de que Oviedo considere que la naturaleza americana sea dife-

¹⁰ Oviedo. Opus cit. tomo III pág. 184.

¹¹ Oviedo. Opus cit. tomo X pág. 288.

¹² Oviedo. Opus cit. tomo X pág. 289.

¹³ Oviedo. Opus cit. tomo V pág. 78.

rente en esencia a la del mundo conocido, sino que la novedad está en que lo referente a ésta no se encuentra todavía en ningún escrito y por tanto desde este punto de vista resulta desconocida. Y no es pequeño el desconocimiento, ya que considerando Oviedo que la mejor manera de conocer a Dios es por medio de sus obras, o sea por medio del conocimiento de la naturaleza, para alcanzar un conocimiento más completo de Dios es imperioso ocuparse de la naturaleza de las Indias, desconocida hasta ahora, y así hemos de dar "infinitas gracias y loores al Hacedor de tantas maravillas conociendo a Dios y leyendo las cosas que aquí escribo".¹⁴

Así, pues, la circunstancia novedosa y afortunada para Oviedo en la naturaleza de las Indias consiste en que los antiguos no escribieron sobre ella, por ello asegura que Pedro Mártir tuvo razón en haber llamado Nuevo Mundo a estas tierras "conforme a la razón que dieron los antiguos del mundo, é por lo que agora parece que ynoraron ellos é vemos nosotros". Considera que sólo tiene el nombre de nuevo en cuanto a que no había testimonio escrito de su existencia "porque ni esto de acá es más nuevo ni más viejo de lo que son Assia, Africa y Europa".¹⁵

Piensa Oviedo también que la naturaleza del Nuevo Mundo no se va a entregar a la primera mirada y es materia que "por la grandeza del objeto é sus circunstancias, no podrán bastar a su perfecta definición, mi insuficiente estilo é brevedad de mis días".¹⁶ Así su obra adolecerá de muchos defectos; pero piensa que algunos con el tiempo los corregirá, ya que irá comprendiendo mejor las diferencias. Y desde luego piensa que lo va cumpliendo en la medida de sus fuerzas, pues en la segunda parte de la Historia, refiriéndose al tiempo en que llegó al Nuevo Mundo, dice: "aún entonces no había compren-

¹⁴ Oviedo. Opus cit. tomo I pág. 20.

¹⁵ Oviedo. Opus cit. tomo III pág. 184.

¹⁶ Oviedo. Opus cit. tomo I pág. 29.

dido algunas particularidades é otras novedades quel tiempo me ha enseñado".¹⁷

Hemos visto que toda la novedad que Oviedo encuentra en la naturaleza de las Indias se debe al hecho de ser "incógnitas é apartadas de todo lo que Tholomeo é otros cosmographos escribieron", en manera alguna porque piense que en esencia pueda ser diferente. Sin embargo, hay un punto importante en la apreciación que hace Oviedo del Nuevo Mundo. Para él, ante todo, las Indias representan grandeza, inmensidad. Esto es muy natural y explicable. Oviedo ha vivido todavía la cultura medieval y con ella la visión de un mundo pequeño y cerrado, donde la ecumene era reducidísima, pues tanto la zona tórrida como la polar eran consideradas inhabitadas y aunque las antípodas se consideraban habitables, se sospechaba que estaban deshabitadas. La aparición del "Nuevo Mundo" destruyó los límites tradicionales y ampliando enormemente el mundo y la ecumene, abrió paso a la posibilidad real de otros mundos. Además la aparición un tanto súbita del nuevo continente dió margen a una marcada exageración en la apreciación del tamaño de las cosas de las nuevas tierras. Por otra parte, debemos tomar en cuenta que en esta época América, inexplorada casi y a la que no se le conocían los límites, dejaba paso libre a la imaginación, pareciendo también mayor por la circunstancia de estar bastante menos habitada que Europa, así pues no es extraño que para Oviedo fuese "una otra mitad del mundo" tanto o más grande que el conocido.

Esta concepción de Oviedo de unas Indias mayores que Asia, Africa y Europa juntas, engrandece todo en la naturaleza: ríos, árboles, montañas, etc. Para Oviedo todo en estas tierras es grande y abundante. La naturaleza americana es casi siempre más pródiga que en el viejo mundo; "allí, dice en el *Sumario*, todas las cosas que se siembran y cultivan de las que hay en España, se hacen muy mejor y en más cantidad que en parte de nuestra

¹⁷ Oviedo, *Opus cit.* tomo VII pág. 303.

Europa". Tan pródiga es la naturaleza en el Nuevo Mundo que casi sin esfuerzo por parte del hombre de las Indias, le da abundantes cosechas y todos los productos vegetales o animales traídos de Europa se dan tan bien o mejor que en ella; así, asegura numerosas veces, que con la sola posesión de la isla Española, cualquier príncipe aventajaría en poder a la Inglaterra y Sicilia.¹⁸

Por esto las cosas del mundo conocido vienen a descender en importancia ante las maravillas del Nuevo Mundo: "quantos montes más admirables y espantosos que Ethna o Mongibel y Vulcano y Estromgol? No fueran celebrados en tanta manera los que he dicho por los poetas é historiales antiguos si supieran de Massaya y Maribio y Guaxocingo é los que adelante serán memorados desta pluma ó escritor vuestro. ¡Quántos valles é florestas llanos y deleitosos! Quántas costas de mar muy extendidas playas é de muy excelentes puertos. Quántos y quán poderosos ríos navegables! Quántos pescados de los que en España no conocemos, sin otros muchos que en ella no se saben ni se vieron!" y aún piensa que no llega a ensalzar lo suficiente estas cosas del Nuevo Mundo, pues "qual ingenio mortal sabrá comprehender tanta diversidad"¹⁹

Por supuesto, a pesar de todo este panegírico de la naturaleza americana, no todo lo encuentra excelente, también hay tierras en las Indias completamente inadecuadas para la vida del hombre europeo y aún cuando casi todas le parecen maravillosas son "tan dificultosas a la salud de los que nuevamente las conocen, tan diferentes de España, en nuevo horizonte é debajo de estrellas no vistas sino por acá, las aguas de muchas maneras é diferentes sabores" que habrá de pasar tiempo, antes de que los nuevamente venidos se acostumbren a ella".²⁰

Encuentra diferencias y extrañezas en las tierras de las Indias, singularmente, por ejemplo, los perros de este

¹⁸ Oviedo. Sumario pág. 85.

¹⁹ Oviedo. Opus cit. Tomo I pág. 27.

²⁰ Oviedo. Opus cit. Tomo IX pág. 183.

continente no ladran; los gallos no cantan a medianoche; las costumbres amorosas de los gatos también varían considerablemente con respecto a Europa.²¹ Asimismo encuentra animales raros en extremo, árboles tan extraños que le hacen exclamar: “no me sé determinar si es árbol ó monstruo entre árboles”.²² Pero no vaya a creer el lector que por estas diferencias y novedades de la naturaleza de las Indias, Oviedo halla que ésta encierra una esencia diferente a la naturaleza del viejo mundo; en manera alguna, nuestro cronista se lo explica fácilmente “según las maravillas del mundo y los extremos de las criaturas, más en unas partes que en otras, tienen según las diversidades de las provincias y constelaciones donde se crían, ya vemos que las plantas que son nocivas en unas partes, son sanas y provechosas en otras, y las aves que en una provincia son de buen sabor, en otras partes no curan dellas, ni se comen”.²³

Se trata de cualquier manera, de un mundo singular, maravilloso y extraño, que a pesar de sus grandezas y prodigalidades tiene “ayres de discordia”, así notamos que “muchos de los que a estas partes vienen, luego el ayre de la tierra los despierta para novedades é discordias (ques cosa propia de las Indias), assi naturalmente estan los indios é gentes naturales dellas muy diferentes de continuo”.²⁴ Esto que bien nos podría parecer contradictorio de todo lo anterior, Oviedo se lo explica de la siguiente manera, este aire de discordia proviene de la presencia en el Nuevo Mundo del Demonio, a quien los habitantes de éste, han convertido en dios, por tanto estos aires se irán eliminando a medida que la idolatría se vaya extirpando y que este imperio que ahora es de Satán, vuelva a ser de Dios, su verdadero dueño.

¿Ha alcanzado nuestro Oviedo una comprensión cabal del mundo americano? Es claro que no, como él mismo nos dice: “bien conozco que estoy al cabo de la vida é

²¹ Oviedo. Opus cit. Tomo III pág. 158.

²² Oviedo. Opus cit. Tomo III pág. 16.

²³ Oviedo. Sumario pág. 144.

²⁴ Oviedo. Opus cit. Tomo I pág. 113.

veome al principio de la médula de los grandes é innumera-
bles secretos que están por saberse deste segundo he-
mispherio".²⁵

· Sin embargo con haber hecho objeto de atención es-
pecial a la naturaleza americana ha iniciado Oviedo, el
proceso que O'Gorman ha denominado la conquista fi-
losófica de América.

²⁵ Oviedo. Opus cit. tomo XI pág. 5.

CAPITULO III

EL INDIO, NATURALEZA E HISTORIA

EN EL CAPÍTULO anterior hemos dejado visto cómo el mundo americano viene a representar un conjunto de grandeza, abundancia y extrañeza para nuestro cronista. Ahora nuestro interés se va a encaminar a averiguar qué sitio corresponde al indio en ese mundo peculiar. ¿Será la realidad antropológica contenida en el Nuevo Mundo igualmente novedosa?

Hemos visto que para Oviedo las Indias, además de ser una "otra mitad del mundo", poseen una maravillosa y pródiga naturaleza, quedando de tal forma, prácticamente en un plano superior al del mundo conocido. También pudimos apreciar que a pesar de que Oviedo ha encontrado diferencias y acusado extrañezas, éstas las ha explicado fácilmente por tratarse de tierras que se encuentran bajo la acción de estrellas y constelaciones diferentes de las que influyen en el Viejo Continente. Por tanto de inmediato nos damos cuenta de que para Oviedo la esencia de las Indias es la misma que la del mundo conocido. Y así como Oviedo identifica substancialmente a los dos mundos va a encontrar ahora que la naturaleza del habitante de este Nuevo Mundo es también en esencia la misma que la del europeo. Lo que se quiere expresar con esto, es que el indio encaja en la concepción que del hombre tiene nuestro cronista.

La concepción del hombre de Oviedo, es por supuesto, la clásica medieval, la tradicional mezcla lograda de las ideas judeo-cristianas y greco-latinas. Oviedo sigue muy de cerca las ideas aristotélicas, así como las de San Agustín y Santo Tomás; quizá no haya conocido sus obras directamente, a pesar de sus citas constantes, pero de cualquier manera como sus ideas forman parte del acervo cultural de su tiempo son las que modelan el pensamiento de nuestro cronista.¹

Así pues para Oviedo, el hombre es una criatura de Dios constituida principalmente de dos partes: cuerpo y alma racional é inmortal. Tiene esta criatura como razón de ser conocer a su hacedor y salvar su alma,² oficio para el cual ha sido dotada de razón y libre arbitrio, mediante los cuales puede distinguir el bien del mal.³ Esta razón

¹ Para Aristóteles el hombre estaba constituido de dos partes: alma y cuerpo, sólo que no son partes separadas como para Platón, sino que para él son elementos ontológicos inseparablemente unidos: materia y forma. El alma es la forma del cuerpo, la actualidad del cuerpo. El alma es el principio vital, en el sentido que la noción vida tiene para Aristóteles, que va desde la que vivifica al vegetal, hasta la que posee el hombre, que está dotado de razón, capaz de pensar y elevarse hasta lo eterno y lo divino. El hombre para Aristóteles parece definido por el saber. Esta es la dimensión esencial del ente humano. En el saber encuentra el hombre su perfección; cuando el hombre llega a ser plenamente, trasciende de sí propio para penetrar en el modo de ser divino y así immortalizarse. San Agustín que nos representa el momento capital de la transición entre el pensamiento clásico y la revolución cristiana, concibe al hombre como una criatura de Dios, creada a su imagen y semejanza y constituida de tres partes: espíritu, alma y cuerpo. De esta constitución resulta un ser intermedio entre los brutos y los ángeles, puesto que aún cuando es mortal posee la racionalidad de los últimos. Santo Tomás va a realizar una enorme labor: incorporar a la antropología tomista, el punto de vista aristotélico, claro está que traspuesto en función de la revelación cristiana. Su esquema general es aristotélico, interpreta también el alma como forma del cuerpo, pero el espíritu que le anima es bien distinto. Santo Tomás pone especial énfasis en el alma como realidad espiritual y esta mostración de su esencia incorpórea y no totalmente dependiente del cuerpo, le asegura su inmortalidad. Toda su doctrina está determinada por la referencia a Dios, cuya contemplación será en última instancia el fin principal del hombre. Tomado de "El Tema del Hombre" de Julián Marias.

² Oviedo. Sumario pág. 242: "El oficio principal para que el hombre fué formado es conocer a su hacedor y procurar la salvación".

³ Oviedo. Opus cit. tomo I pág. 19: "Los hombres son dotados de razón e industria y tiene voluntad é libre arbitrio para inquirir y saber considerar lo bueno y lo malo y elegir lo bueno".

es además, la característica primordial del hombre, puesto que le asemeja a su Creador y le diferencia de las bestias.⁴ El cuerpo o parte material del ser humano, y por ende corruptible y subordinado al alma, tiene una forma determinada que como es lo que está más al alcance de nuestros sentidos, es lo que podemos captar primero.

De esta manera, desde la primera mirada que Oviedo lanza al indio nota que éste es semejante en su forma al hombre europeo, y es indudable que es tal apariencia física la que le da la certidumbre de que se trata de un ser humano. Después con la convivencia acerca de los indios, que le permite observarlos con detenimiento, se da cuenta de que han alcanzado un grado de civilización moral, política y económica que le demuestra que estaba en lo justo pues es la prueba de que los indios poseen la característica primordial del hombre, la razón.⁵

Oviedo no duda, por tanto ni por un momento que el indio pertenezca al linaje humano, pero a pesar de ello, insiste constantemente en afirmarlo, lo que no deja de ser extraño; pero al parecer tal insistencia está dedicada a aquella parte de su público que no habiendo visto con sus propios ojos a los indios y que leyendo acerca de sus características, de sus costumbres exóticas y sabiéndolos habitantes de tierras desconocidas, bien podrían pensar que no se trata de seres humanos; así leemos que escribe: "todas estas cosas que estan dichas, no os espanten letor, porque si aveys leydo algunos tractados de guerras é conquistas de otras nasciones, no os maravilla-

⁴ Oviedo. Opus cit. tomo I pág. 26: "El entendimiento racional es lo que le hace más excelente que a otro ningún animal: y en esta excelencia es semejante a Dios en aquella parte que él dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza."

⁵ Es interesante comparar el punto de vista de Oviedo que piensa que el grado de civilización demuestra la racionalidad del indio con la idea de Sepúlveda que considera que "el tener ciudades y algún modo racional de vivir y alguna especie de comercio es cosa a que la misma necesidad natural induce, y solo sirve para probar que no son osos, ni monos y que no carecen totalmente de razón". Juan Ginés de Sepúlveda. Sobre las Justas Causas de la Guerra contra los Indios.

coys de lo que tengo dicho destes indios".⁶ Este párrafo nos permite apreciar que no sólo no duda Oviedo que los indios sean hombres, sino que ni siquiera le sorprenden las cosas referentes a ellos, pues como lector constante de la historia, sabe que hay muchas variedades en la naturaleza sobre la tierra, "porque el mundo es largo é no pueden los hombres verle y para esto quiere Dios que yo y otros se den a estas peregrinaciones y las veamos y se escriban, para que a todos sean notas".⁷ Así que tenemos que el indio es un ser humano indudablemente; pero advertimos que Oviedo encuentra diferencias físicas y morales, por tanto necesitamos puntualizar en qué grado pueden incluirse estos indios en el género humano, porque es también evidente que no piensa Oviedo en una identidad con los cristianos. Con este objeto vamos a analizar las diferencias y extrañezas que acusa Oviedo en sus descripciones de los indios, características anotadas partiendo de lo que para él es el punto de comparación: el europeo. Este análisis lo iniciaremos estudiando primeramente las características físicas que son lo más notable, y que aunque no debían ser muy importantes ya que parece aceptar Oviedo la idea de que en la tierra existen seres monstruosos físicamente, pero que por contener alma humana deben ser considerados hombres (lo que explica que a lo largo de su libro se encuentren descripciones de la vida de los gigantes y de los hombres marinos), es evidente también que para él, el hombre tiene una figura determinada y esta forma a la vez, nos acusa razón.

Al describir al indio Oviedo anota, como es claro, preferentemente las características que diferencian a éste del hombre europeo: "La gente de esta isla (Española) es de estatura algo menor que la de España comunmente, y de color loros claros. . . tienen las frentes anchas y los cabellos negros y muy llanos, y ninguna barba ni pelos en ninguna parte de la persona, así los hombres como

⁶ Oviedo. Opus cit. tomo VIII pág. 86.

⁷ Oviedo. Opus cit. tomo IV pág. 141.

las megeres y cuando alguno o alguna tiene algo de esto, es uno entre mil y rarísimo".⁸ En cuanto a los indios de Tierra Firme dice "son de la misma estatura y color que los de las islas y si alguna diferencia hay es antes declinando a mayores que no a menores, en especial los coronados, que son rescios y grandes sin duda más que los otros todos que por aquellas partes he visto";⁹ pero tanto unos como otros, son "bien hechos é proporcionados, salvo que tienen las frentes anchas é las ventanas de las narices muy abiertas, é lo blanco de los ojos algo turbio";¹⁰ aunque juzga que en general "los indios de la Tierra Firme, cuanto a la disposición de las personas, son mayores algo é más hombres y mejor hechos que los de las islas";¹¹ en una cosa son todos idénticos, y es ésta que no tienen la cabeza como otras gentes, sino de "tan rescios é gruesos cascos, que el principal aviso que los chripstianos tienen es no darles cuchilladas en la cabeza, porque se quiebran las espadas".¹² Como vemos, Oviedo encuentra al indio un ser más o menos común físicamente y es claro, puesto que como él tiene en la mente descripciones medievales de hombres extraordinarios que según los viajeros, habitaban ciertas partes remotas de la tierra, junto a éstos, el indio no resulta nada extraño. Pero a pesar de encontrar que no existe en él ninguna característica monstruosa o inusitada, Oviedo hace un esfuerzo por reducir las diferencias específicas del indio con respecto a su prototipo humano, el europeo.

La característica más saliente "la color lora", que podría parecernos una diferencia notable, es considerada por Oviedo una característica casi casual, debida al clima y a la tierra en donde habitan los indios, ya que además del calor, agua, aires, etc., las constelaciones constituyen un factor que diversifica grandemente la naturaleza y así dice que "según las diversidades de las provincias y

⁸ Oviedo. Sumario, pág. 91.

⁹ Oviedo. Sumario pág. 115.

¹⁰ Oviedo. Opus cit. tomo I pág. 137.

¹¹ Oviedo. Sumario pág. 108.

¹² Oviedo. Opus cit. tomo I pág. 228.

las constelaciones donde se crían, vemos que las plantas que en una parte son nocivas, son sanas y provechosas en otras. . . y los hombres que en una parte son blanquísimos en otros son negros y unos y otros son hombres".¹³ Piensa Oviedo que también en cierto grado influye la escasez o carencia de ropa en la obscuridad de la piel, y así relata que los indios del Perú, que usan vestiduras más completas son más claros que los indios de las otras regiones.¹⁴

La idea inicial de Oviedo con respecto a la menor estatura de los indios en su comparación con los españoles, se modifica a medida que exploradas nuevas regiones va teniendo noticias de indios de mayor altura en la Tierra Firme. Más tarde cuando llegan a manos de Oviedo los relatos de algunos exploradores que hablan de grupos de tan gran estatura que se llega a afirmar que se trata de verdaderos gigantes, como atestigua el sacerdote Johan de Areycaga en el relato de sus viajes por el Estrecho de Magallanes, llegó nuestro cronista a concebir la teoría de que en este Nuevo Mundo "se va aumentando la estatura de los hombres como se van acercando más por aquella costa al Estrecho y Antártico Polo". Y Oviedo cree a pie juntillas la existencia de gigantes en el Estrecho, lo que fué una idea generalizada, pues en la carta al Virrey Dn. Antonio de Mendoza, escribe: "la misma opinión tengo assimesmo que Vuestra Señoría tiene en la gente de los gigantes, cuyos huesos significaron ser su estatura diez y ocho ó diez y nueve pies de alto, porque sin dubda son del Estrecho de Magallanes é de allí adelante: é assi fué la información que se truxo a la Cessárea Magestad por algunos que se hallaron en el viaje, que por el dicho Estrecho hizo el comendador frey Garcia de Loaysa".¹⁵ Quizá en cierto modo relacione Oviedo esta idea de la existencia de gigantes en el Estrecho con la idea de que el hombre americano ha emigrado del Sur hacia el Norte,

¹³ Oviedo. Sumario pág. 144.

¹⁴ Oviedo. Opus cit. tomo XII pág. 175.

¹⁵ Oviedo. Opus cit. tomo V pág. 121.

puesto que se pensaba que los hombres más primitivos eran siempre de grandes estaturas:

Pero con toda la importancia que pueden tener sus ideas acerca del color y la estatura de los indios, lo que realmente preocupa a nuestro cronista es la carencia de barba y vello en el indio; y encontramos que escribe: "estas gentes destas partes comunmente son sin barbas ó lampiños puesto que algunos indios he visto, pero pocos, que los tienen así en la cara como en las otras partes que los nuestros hombres de España ó Europa. E queriendo yo más particularmente entender aquesto, averigüé que también tenían barbas como los criptianos; mas así como les nascen se las pelan é de habituarse a aquello é untarse con algunas hiervas é otras cosas aquellos saben, ningunas les nascen é si les nascen no les turan".¹⁶ Así resulta que para Oviedo, la carencia de vello no es una diferencia, sino simplemente la consecuencia de una costumbre y como prueba de ello añade que se han encontrado algunos pueblos en la Tierra Firme, como en la provincia del Cenú, en donde los indios tienen luengas barbas como los cristianos. Es interesante considerar este empeño de Oviedo por asegurar que los indios no carecen de barba, pues además de las otras consideraciones que lo obligan a afirmar esto, encontramos que él, como todos los hombres de su tiempo, considera la barba como una característica viril, la cual no podía faltar en los indios, puesto que esta falta sí sería de gravedad.

Con esto, liquida en realidad Oviedo las diferencias más notables, pues las otras características son accidentales ó deformaciones logradas por medios físicos, como en el caso de las frentes anchas que según él "se hacen artificialmente, porque al tiempo que nascen los niños, les aprietan las cabezas de tal manera en la frente y en el colodrillo, que como son las criaturas tiernas, les hacen quedar de aquel talle, anchas las cabezas delante é detrás".¹⁷

¹⁶ Oviedo. Opus cit. Tomo VII pág. 15.

¹⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo I pág. 137.

Nos queda, pues, una sola característica importante, extraña y especial del indio y es que estos hombres "tienen los cascos de la cabeza gruesos", y dice asombrado Oviedo "he mirado en ello muchas veces y es así verdad que cuatro tanto grueso el casco de un indio que el de un chripstiano".¹⁸ Observando detenidamente las descripciones sobre los indios y sus comentarios encontramos que la única diferencia que no se esfuerza Oviedo por eliminar es ésta del "casco grueso" en los indios y lo decisivo es que nuestro cronista la relacione con el grado de racionalidad del indio, pues concluye "y así como tienen el casco grueso, tiene el entendimiento bestial é mal inclinado". Pero aún cuando Oviedo deja esta característica diferencial, es evidente el esfuerzo que hace Oviedo por reducir la figura del indio a la del europeo, lo que nos muestra que las ideas de nuestro cronista están basadas en un supuesto para él indiscutible, tanto que es inconsciente: la postulación del hombre cristiano como arquetipo de la humanidad. De esta forma toda la operación practicada por Oviedo para la comprensión del indio se realiza en función del arquetipo europeo, de manera que determinar el grado de humanidad del indio, equivale en cierta forma a determinar en qué grado se acerca el indio al europeo.

Hemos visto que Oviedo acepta la figura del hombre de las Indias como humana, pero no se nos oculta que aunque no encuentra ninguna característica monstruosa, no lo juzga muy perfecto y por ello parece encontrarlo carente de belleza en su generalidad. Al describirnos al indio ha anotado Oviedo que es "bien hecho é proporcionado", pero posee algunas características notables que le afean, como "las frentes anchas é las ventanas de las narices muy abiertas é lo blanco de los ojos algo turbio" de lo que resulta un conjunto de "mala gracia". Y en efecto, a Oviedo le disgusta el conjunto físico del indio y encontramos que en la revisión minuciosa de sus múltiples descripciones de los indios de todo el Nuevo Mun-

¹⁸ Oviedo. Opus cit. tomo VIII pág. 2.

do, brillan por su ausencia los calificativos positivos referentes a la belleza física del indio, excepción hecha de una expresión, no muy explícita, en que refiriéndose a las mujeres de Nicoya dice, "son las más hermosas que yo he visto en aquellas partes".¹⁹ En cambio constantemente habla de la fealdad de las indias y se refiere desdenosamente a los "que se dan a ellas" juzgándolo de mal gusto, pues dice que, aunque algunos se casaban con las indias principales "otros muchos más por ninguna cosa las tomaran en matrimonio, por la incapacidad é fealdad dellas".²⁰ No es difícil explicarse el que el físico del indio choque con la idea de la belleza que tiene nuestro cronista, pues hemos dicho que para él, el arquetipo humano viene a ser el europeo; no es además un caso aislado, puesto que la cultura occidental ha vivido durante siglos, un canon de belleza que no ha sido superado sino hasta época muy reciente, en que el hombre europeo ha logrado comprender los conceptos estéticos oriental, negro e indígena. Pero en Oviedo, el que encuentre al indio carente de belleza es elocuente desde el punto de vista de una idea tradicional que consideraba que las pasiones, los pecados y en general la imperfección del alma, se retrataban en el rostro de los hombres, y quizá por ello Oviedo no extraña encontrar que los indios tengan "lo blanco de los ojos algo turbio", considerando a los ojos como espejo del alma, ya que como veremos, el alma de los indios le resulta turbia en demasía.

El problema que nos queda ahora por delante es bastante más complejo e importante, puesto que se reduce a determinar el grado de racionalidad de los indios, lo que involucra el tema de la moral.

Oviedo parece no haber dudado nunca que el indio fuera un ser humano y como hemos dicho, al observar su civilización para él es evidente que no se ha equivocado, puesto que le demuestra que posee la característica esencial del hombre o sea la razón. Muchas veces se en-

¹⁹ Oviedo. Opus cit. Tomo XI pág. 179.

²⁰ Oviedo. Opus cit. Tomo I pág. 185.

cuentra verdaderamente asombrado ante ciudades, mercados, palacios o templos incas o mexicanos, que le acusan un grado de razón en el indio cercana a la del europeo, ya que piensa que dichas obras no sólo no desmerecen en la comparación, sino que hasta en algunas ocasiones parecen mejores, como en el caso preciso de los mercados.

El indio, supuesto que es humano, tiene que poseer razón, sin embargo, continuamente Oviedo parece contradecirse hablando de su irracionalidad. Por ejemplo, dice Oviedo: "questas gentes destas indias aunque racionales y de la misma estirpe de aquella sancta arca é compañía de Noé, estaban fechas irracionales y béstiales con sus idolatrías y sacrificios y cerimonias infernales".²¹ Nos encontramos entonces con que nuestro cronista considera a la vez al indio racional e irracional. ¿Qué es entonces lo que significan para él estos dos conceptos? Oviedo al aceptar la figura del indio como una figura humana, es indudable que piensa que posee razón, pues la forma acusa racionalidad, siendo el síntoma visible de lo invisible que es el alma; además como hemos transcrito arriba, considera a estos indios de la misma estirpe de Noé, lo que significa que tiene racionalidad ya que proceden del tronco común de donde derivan también los europeos. Pero esta razón es la que implica la naturaleza humana solamente, mas la conducta de los indios, su olvido de Dios y con ello la práctica de una religión infernal a lo largo de miles de años, aunque no le ha privado absolutamente de la razón, ha menoscabado su racionalidad, quedando por tanto en un rango inferior al del europeo, según se consideraba que, el hombre que no tiene el conocimiento de Dios es un hombre que no ha alcanzado la plenitud racional.²²

²¹ Oviedo. Opus cit. Tomo III pág. 60.

²² Aristóteles pensaba que debía haber un predominio del alma sobre el cuerpo en los hombres normales. Pero había un grupo de hombres "corrompidos o dispuestos a serlo, en los que el cuerpo parece dominar a veces como soberano al alma, pero precisamente su desenvolvimiento irregular es completamente contrario a la naturaleza". Política I-II.

Así, pues, en esta misma situación quedan incluidos todos los pueblos que han desconocido el cristianismo, aunque no con igual grado de culpa, porque los pueblos gentiles de la antigüedad no tuvieron oportunidad de conocer la religión cristiana, en cambio estos indios, piensa Oviedo, no pueden escudarse en la ignorancia de la verdad, pues ya San Gregorio ha escrito "que la Sancta Iglesia ha ya predicado en todas las partes del mundo el misterio de nuestra redención. Así que estos indios ya tuvieron noticia de la verdad evangélica é no pueden pretender ignorancia en este caso".

Tenemos entonces que para Oviedo existen propiamente tres grados de racionalidad dentro de la especie humana: el primero que es el escalón superior, lo ocupan los hombres que han logrado elevar su razón natural a la plenitud de la racionalidad que consiste en el conocimiento de la verdadera religión. El segundo, el gran medio, está ocupado por los pueblos como griegos y romanos "gente de tanta razón" que no teniendo noticia de la verdad evangélica y cuya culpa por ello está atenuada por la ignorancia, no alcanzaron la plenitud. El tercer grado, el más bajo, lo forman los hombres que, como estos indios americanos, habiendo tenido el conocimiento de la religión verdadera, no han sabido conservarla, olvidándola al dedicarse a la adoración del Demonio por medio de "muchas heregias e idolatrías e cerimonias é supersticiones y malas costumbres, con que el común enemigo del linage humano goza de sus ánimas".²³ Así este tercer grado lo forma un pueblo completamente caído, puesto que sus hombres, creados por Dios "dotados de razón é industria" y a los cuales el Creador les había proporcionado "voluntad é libre arbitrio para saber considerar lo bueno y lo malo y elegir lo bueno" habían hecho mal uso de estas facultades de libertad, eligiendo el camino del mal.²⁴

²³ Oviedo. Opus cit. Tomo VI pág. 112.

²⁴ Es curioso notar el paralelo que existe entre su concepción de los tres

Y grave es verdaderamente la situación en que se ha colocado el indio que no sólo ha olvidado, sino que, habiéndose hecho con su caída reacio al cristianismo no quiere salvarse ahora que la misericordia infinita de Dios ha traído una nueva luz al Nuevo Mundo por medio de los españoles; y como no han valorado la oportunidad que Dios inmerecidamente les está dando, no quieren entender "una cosa que tanto les va, como es la salvación del alma" y así piensa Oviedo que puesto que no hay *voluntad*, es "machacar en hierro frío pensar que han de ser chripstianos, sino con mucho discurso de tiempo".

Así, pues, la irracionalidad con que Oviedo califica a los indios no alcanza a su naturaleza o esencia, sino que se refiere a su ser histórico; y como esa historia ha sido tan monstruosa y contraria a todas las normas dadas por Dios, aún cuando no le privaron de su esencia racional como la costumbre, según se pensaba, hace naturaleza, la vida bárbara e irracional que han tenido los indios, ha deformado aún aquella parte del cuerpo humano que con más exactitud nos acusa la racionalidad del individuo, por lo cual el indio no tiene el cráneo como el común de los mortales, sino tan grueso y duro "ques quatro tanto grueso el casco de un indio quel de un chripstiano".

grados de racionalidad dentro de la especie humana y la jerarquía del mundo trascendental: gloria, purgatorio é infierno.

No nos debe extrañar por otra parte, la desigualdad que parece acusar Oviedo en el linaje humano, pues esta idea era básica en su tiempo. Aristóteles también encuentra tres grados en la especie humana: en primer lugar, el "hombre perfectamente sano de espíritu y de cuerpo", en segundo lugar está el individuo femenino de esa misma especie, cuya destinación es obedecer y en tercer y último lugar encontramos al "esclavo", aquel que ha nacido para siervo por naturaleza, que "no puede hacer otra cosa mejor que someterse a la autoridad de un señor". Política I-II.

También hay que hacer notar que el cristianismo también postula la desigualdad, puesto que la estructura interna y externa del universo y de la sociedad cristiana era jerárquica. Tampoco se admite la igualdad de las almas ante Dios, y la única manera en que puede hablarse de igualdad cristiana es en la posibilidad total del género humano de salvarse. O'Gorman. Sobre las Justas Causas de la Guerra contra los indios.

Podemos decir que Juan Ginés de Sepúlveda logra combinar estas dos tesis, puesto que ampara la teoría aristotélica bajo la ley divina y natural.

En conclusión, nos encontramos con que el indio posee sólo la razón que corresponde a la naturaleza, por lo tanto podemos decir que la razón del indio se halla en un estado de potencia, puesto que su historia le ha impedido darse con plenitud.

Las observaciones anteriores nos permiten aclarar la confusión en que habitualmente se ha incurrido asegurando que Oviedo acusa a los indios de ser seres irracionales. Como hemos visto, nunca dudó de la esencia racional del indio, de su humanidad; sin embargo, es evidente que desde las premisas filosóficas y religiosas que sirven de partida a nuestro cronista esa racionalidad le parece menoscabada por las razones expuestas. A eso pues, debe reducirse el cargo que Oviedo hace a los indios de ser irracionales y lo que debemos subrayar a este respecto es *la distinción entre racionalidad, como esencia o naturaleza y la racionalidad, como accidente o historia.*

CAPITULO IV

LA RELIGION INDIGENA

NUESTRO CRONISTA, español cuya vida transcurre durante los últimos años del siglo xv y la primera mitad del xvi es, a pesar de la época en que vive, un espíritu completamente apegado a la tradición medieval. Y este hecho en verdad no debe extrañarnos, pues si bien podemos calificarle de renacentista sin temor a equívocos, debemos recordar que lo es del renacimiento español, católico y conservador de las tradiciones medievales, por lo cual su vivencia más honda es la religiosa. Por tal razón, Oviedo nos presenta una visión tripartita del orden universal: naturaleza, hombre y Dios. Por esto mismo, el estudio del Nuevo Mundo lo aborda Oviedo con el interés puesto precisamente en esas tres partes: de ellas hemos analizado hasta ahora, naturaleza y hombre, que hemos visto respectivamente definidos como semejantes esencialmente a la naturaleza y hombre conocidos. Nos falta, por tanto, analizar el tercer punto, es decir, el que se refiere a Dios, que Oviedo, por supuesto, no analiza aislado, ya que para su objeto no tendría sentido hacerlo en esa forma. Así, pues, lo estudiaremos como se encuentra en su obra, en función del hombre de las Indias.

Como vimos en el capítulo anterior, la concepción del indio resulta un tanto paradójica ya que Oviedo lo califi-

ca al mismo tiempo de racional e irracional; es decir, piensa Oviedo que se trata de un hombre que, supuesto que es criatura de Dios, posee razón, pero que al olvidar la religión verdadera entregándose a la adoración del Demonio, ha vivido durante siglos como bestia, por lo cual en relación con su historia, con los hechos realizados por ese hombre (lo único que puede criticar, puesto que lo demás es obra de Dios) le merece el calificativo de irracional.

Con esto el punto religioso viene a ser la clave de la situación histórica inferior del indio ante el cristiano. Y esta circunstancia aunada a un interés muy especial de Oviedo por las cosas extrañas y exóticas (palpable en el libro de los naufragios y de los Depósitos, en donde reunió una serie de relatos de sucesos y cosas raras y maravillosas, que generalmente no vienen ni siquiera al caso), le hace interesarse vivamente en las religiones de los indios, claro está, que no sin terminar sus largas descripciones con graves párrafos condenatorios.

Dijimos también, que el conocimiento o desconocimiento de Dios, da a Oviedo una jerarquización en el género humano, cuyo grado más alto está ocupado por los cristianos, es decir, los conocedores de la Verdad Evangélica; a continuación se encuentra el grupo de hombres desconocedores de la religión cristiana, donde están incluidos los pueblos gentiles de la antigüedad, pero este grupo se encuentra dividido en dos ramas, una constituida por griegos y romanos "gente de tanta razón", otra ocupada por los indios, cuya culpa no es solamente ser gentiles, sino que, Oviedo les atribuye el horrendo pecado de haber olvidado la verdadera religión. Este hecho está deducido, sin más averiguaciones, de las palabras de San Gregorio, que afirman que "el misterio de nuestra santa redención ha sido ya predicado en todo el mundo". Con esto encontramos con que el indio, que goza de libre arbitrio, ha escogido el camino errado, hecho que a ratos Oviedo parece considerar como falsamente basado, pero como no puede dudar de las palabras de un Papa, lo único que se le ocurre hacer, es remitirlo a la autoridad compe-

tente, diciendo "dejo este misterio a los teólogos, cuya es aquesta autoridad".

Además de este olvido, los indios se han entregado completamente a la adoración del Demonio. Dios para castigarlos, los ha olvidado excluyéndolos del mundo hasta el tiempo presente, en que se les ha dado una nueva oportunidad inspirando a los españoles a realizar la conquista de las nuevas tierras, de lo que "fácilmente se puede colegir la retitud de Dios é quan misericordioso ha seydo con esta generación esperando tantos siglos á que se enmendassen". Pero una culpa tan grande tenía que tener una expiación, por ello para Oviedo los sufrimientos que ha traído aparejada la conquista vienen a ser una redención de su culpa, y así dice "ni quiero pensar que sin culpa de los indios, los avia de castigar é casi assolar Dios".¹ En esta forma tenemos una visión de la historia en la obra de Oviedo, en que combinando la voluntad divina con la humana, el libre albedrío, viene a ser una larga cadena de castigos y recompensas.

El olvido en que los indios han tenido a Dios, le parece a Oviedo culpable en todos los aspectos, ya que es un hecho implícito en la naturaleza el que "ninguna criatura deje de conocer que hay un Dios todopoderoso y como dice el psalmista: los cielos recuentan la gloria de Dios é las obras de sus manos denuncian el firmamento". Pero los indios han atribuído todas las grandezas de Dios al Demonio, que según piensa Oviedo, es el espíritu más inteligente después de Dios y "antiguo astrólogo, conoce los movimientos naturales del tiempo é cielos, é planetas é zodiaco e influencia de arriba é ve donde van las cosas guiadas naturalmente, é assí por el effeto á que van referidas en su conclusión dá el noticia de lo que será adelante. E haceles entender que, por deidad é como señor é movedor é disponedor del todo lo que es é será sabe las cosas que están por venir".² Y es en verdad grande el poder del Demonio, pues no se ha adueñado sólo de estos

¹ Oviedo. Opus cit. Tomo I, pág. 146.

² Oviedo. Opus cit. Tomo VII, pág. 301.

indios, sino en muchas ocasiones de otros pueblós, como repasando la historia podemos ver, y así escribe Oviedo: "questa gente barbarísima é indocta sea ydolatra no me maravillo, pues los judíos hicieron aquel becerro de oro en memoria de Apis... sabemos también que los judíos adoraron al sol é la luna y las estrellas como la Sagrada Escripura más largamente lo acuerda... é pues aquellos a quien tantos favores é señaladas mercedes hizo Dios tales fueron, no me parece questotros indios bestiales son tan dignos de culpa, ni dexo de creer que los unos é los otros dexan de ser dignos de eterna condenación".³

El Demonio ha logrado extender su dominio por todó este Nuevo Mundo y como su elemento por excelencia es el aire, de ahí derivan los malos aires que Oviedo percibe en estas tierras, que son tanto peores cuanto que para fortalecer su dominio y mostrar su poder, el Demonio provocaba grandes huracanes y tempestades; tales horrendos huracanes, como muestra de que Satanás va perdiendo dominio, han menguado desde la llegada de los españoles y con ellos, la reconquista de las Indias para el dominio de Dios, de los que "ninguno se debe maravillar, porque perdiendo señorío desta tierra el diablo é tomándole Dios para sí, permitiendo que su sagrada fé é religión chripstiana en ella ser plantada é permanezca, diferencia ha de aver en los tiempos é en las tempestades, é tormentas, pues que la potencia de nuestro Dios es infinita é por su misericordia é clemencia después acá cessaron estos peligrosos y espantables huracanes".⁴

El Demonio logró desde hace miles de años que estos pobres indios le rindan culto, en algunas partes representado en una sola forma, en otras simbolizando a la vez las diferentes fuerzas de la naturaleza, como en la antigüedad los griegos y romanos. En las islas es adorado en forma única, "al qual ellos llaman cemi, y tienen por su Dios, y a éste piden el agua, é el sol, é el pan, é la victoria contra todos sus enemigos y todo lo que dessean".⁵

³ Oviedo. Opus cit. Tomo XI, pág. 183.

⁴ Oviedo. Opus cit. Tomo I. pág. 302.

⁵ Oviedo. Opus cit. Tomo I, pág. 229.

En tierra Firme cada pueblo le adora de diferentes maneras, en Tunja y Bogotá, por ejemplo, lo adoran en las figuras del sol y la luna; en México y Nicaragua por medio de múltiples ídolos que llaman teotes y los cuales simbolizan diversas fuerzas: "uno al dios de la guerra, como los gentiles a Marte, é otro como á Dios de las aguas segund los antiguos á Neptuno; otro por dios del viento, segund los perdidos gentiles a Eolo",⁶ "é así diversos que les atribuyen é aplican segund sus necessidades. De manera que se me figura que ymitan á los ydolatras é gentiles antiguos".⁷ Esta deidad de los indios, el Demonio, ha sido pintado y esculpido en muchas y diversas formas, algunas veces "de bulto con muchas cabezas é colas é diformes y espantables é caninos é feroces dentaduras, con grandes colmillos, é desmessuradas orejas, con encendidos ojos de dragón é feroz serpiente".⁸ En otros, como entre los mexicanos, lo representan por medio de ídolos gigantescos, "é la materia de que eran compuestos era una cierta pasta ó masa de todas las semillas é legumbres quellos comen, molidas é mezcladas, amasadas unas con otras con sangre de corazones de cuerpos é hombres humanos". Pero cualquiera que sea la imagen del Demonio es siempre espantable y ferocísima, tanto "que la menos espantable, pone mucho temor y admiración". Lo que más le sorprende es que no sólo tienen estos ídolos y representaciones en los templos, sino que los esparcen por doquier en sus casas y aún en sus personas, siéndoles tan sociable "é común que no solamente en una parte de la casa lo tienen figurado, más aún en los bancos, en que se asientan, a significar que no está solo el que se sienta, sino él é su adversario".⁹

Los ídolos é imágenes de Satanás son guardadas en casas especiales que Oviedo, al igual que otros cronistas españoles, recordando a los infieles que ha conocido más de cerca, llama mezquitas y que en el Nuevo Mundo son

⁶ Oviedo. Opus cit. Tomo X, pág. 54.

⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo X, pág. 54.

⁸ Oviedo. Opus cit. Tomo XI, pág. 180.

⁹ Oviedo. Opus cit. Tomo I, pág. 229.

numerosísimas. En dichos templos no sólo guardan los ídolos sino que también hacen sus oraciones, sacrificios y oráculos, y en ellos viven también sus sacerdotes. Generalmente son "muy hermosos aposentos de muchas salas y corredores". El de Temistitan "causa mucha admiración por su inmensidad, que llegaba al grado de tener cuarenta torres muy altas y bien labradas" de cantería y madera "ques mucha cosa que ver", pero todo pintado con escenas monstruosas. En tal templo había una capilla para cada uno de los dioses que tienen y en sus tres salas principales, capillas en donde nunca entraba la luz y a las que tenían acceso sólo los religiosos. Pero lo que le daba a los templos un aspecto siniestro, era que estaban todos salpicados de sangre, lo que además del mal aspecto producía tremendo hedor.

El Demonio tiene también sus representantes entre los indios que tenían diversos nombres según el lugar en donde residían, tequinas, piaches, boratios, etc., pero sus funciones eran generalmente las mismas, pues hay que ver que eran siervos de un mismo amo. Eran los agoreros o adivinos, pues siendo los únicos que podían hablar con el Demonio y hacerle preguntas sobre lo que había de venir, por lo que los indios le creían todo lo que decían, ya que algunas veces acertaban en sus predicciones. Actuaban también como médicos, oficio éste que generalmente se ha desarrollado junto con la magia, pues como escribía Plinio "el arte de adivinar anda junto con la medicina é arte mágica". No extraña a Oviedo el arte de adivinar de los indios, ni que crean lo que sus sacerdotes les dicen, pues haciendo memoria de otros tiempos recuerda, que "mucha fué la prudencia é gobierno de los antiguos romanos é cartagineses entre todas las naciones, pero oyd a Tito Livio é sabreys dél el crédito que daban a sus arúspices é á sus locos sacrificios,¹⁰ así pues si el Demonio pudo engañar á gente tan razonable, cómo nos va a extrañar que lo haya logrado con estos indios.

Los sacerdotes también tienen que limpiar y cuidar

¹⁰ Oviedo. *Opus cit.* Tomo VII, pág. 302.

los templos, realizar los ritos y sacrificios, pero sobre todo se han de encargar de pintar y esculpir la figura del diablo "y así como les aparece, le pintan y esculpen, como él es disforme y espantable".¹¹ Esta frase de Oviedo nos demuestra que la incomprensión de los españoles ante el arte indígena, en cuanto a la apreciación que hacían de los ídolos calificándolos de horribles, no es como pensamos ahora porque le consideraran estéticamente monstruoso, arte deformatorio, sino porque pensaban precisamente que era naturalista; es decir el retrato de una realidad, el Demonio.

Las costumbres de los religiosos sí varían de una a otra región; en México, Nicaragua, Tunja y Bogotá, los sacerdotes guardaban castidad, teniendo además una serie de limitaciones como la de ayunar y abstenerse toda la vida de comer determinados manjares. Pero en otras partes más bárbaras y por tanto de costumbres aún más corrompidas, no sucede esto, sino que demostrando "quah sujetos andan el diablo é a sus mentiras dél y destos sus ministros, dichos piaches, en su officio assi mesmo fenesçen las virginidades de todas las doncellas, quando toman marido. . . y aquesto es entre ellos una grand santimonia".¹² La vestidura de los religiosos es igualmente variada; en Temistitán siempre andan vestidos de negro y sin cortarse jamás el pelo ni siquiera peinarlo, lo que unido a las salpicaduras de sangre de los sacrificios que no pueden limpiar, les daba un aspecto horroroso.

Entre los incas la vestidura del religioso es totalmente blanca pero llevan "muchos atabales é bocinas de carácoles grandes é trompetas de mala gracia é doloroso oyr é de grandes alaridos de mucho dolor".¹³

Los rituales y sacrificios que los pueblos indígenas realizan en honor del Demonio son muy variados. Los sacrificios más comunes son con sangre, fuego, agua y tierra. El sacrificio con fuego consiste en producir "ciet-

¹¹ Oviedo. Opus cit. Tomo VI, pág. 237.

¹² Oviedo. Opus cit. Tomo V, pág. 266.

¹³ Oviedo. Opus cit. Tomo XII, pág. 112.

tos sahumeros, los cuales echados en el fuego hacen en santuarios, echando en el mismo fuego oro y esmeraldas",¹⁴ estos sacrificios son ofrendados al sol, que les perdona sus pecados y maldades. Con agua sacrifican derramándola por "los santuarios con muchos adentanes", y con tierra "tomándola en las manos con muchas ceremonias, é metiendo debaxo della sus santuarios".¹⁵ Estos sacrificios son de poca importancia ya que los principales se hacen con sangre ya sea de animales, ya de hombres, desde luego estos últimos son los más importantes. En Tunja, estos sacrificios tienen dos formas, la primera se acostumbra cuando hay una guerra en perspectiva y consiste en cortar la cabeza de algunos muchachos ofreciendo la sangre al sol. La segunda manera y la manera más común de sacrificio con sangre se realiza por medio de unos niños llamados mojas, a los cuales apenas nacidos se les hacen ciertas cortaduras alrededor del ombligo, ofreciendo al Sol la sangre que se produce. Estos niños durante los pocos años que les toca de vida, hacen el papel de intercesores ante el sol, cantando en los santuarios y dedicando su vida únicamente a los actos religiosos por lo que son tratados con gran reverencia, "pero quando parece que llegan á edad de tener comunicación carnal con muger, antes de que la tengan córtanle la cabeza en un santuario, porque aquella sangre también dicen que es su sacrificio". Estos dos sacrificios que tienen lugar en Tunja son los que Oviedo considera como menos bárbaros, pero los que le horrorizan verdaderamente son los que se realizan en México y Nicaragua. En estos sitios, delante de cada templo hay "un torrentero ó montón de tierra é tan alto como una lanza de armas, delgado en lo alto é abaxo ancho. . . é tiene unos escaloncillos cavados en él por donde sube aquel sacerdote del diablo é la víctima, ques el hombre ó muger ó muchacho que ha de ser ahí encima sacrificado o muerto",¹⁶ una vez ahí "ábrenle por el costado é sáncanle el corazón, é la prime-

¹⁴ Oviedo. *Opus cit.* Tomo VI, pág. 219.

¹⁵ Oviedo. *Opus cit.* Tomo VI, pág. 220.

¹⁶ Oviedo. *Opus cit.* Tomo XI, pág. 61.

ra sangre dél es sacrificada al Sol. E luego descabezan aquel hombre é otros cuatro ó cinco é la sangre de los demás ofrecen á sus ídolos ó dioses particulares é úntanlos con ella, é úntanse a sí mismos los bezos é rostros aquellos interceptores ó sacerdotes infernales, y echan los dichos cuerpos assi muertos á rodar de aquel montón abaxo donde son recogidos é después comidos por manjar sancto é muy preciado".¹⁷ Esta clase de sacrificio que a Oviedo le parece salvaje, dice que no sólo se realiza "por su devoción é reverencia, sino por su maldad é golosina, porque les sabe muy bien la carne humana".¹⁸ También tienen otro sacrificio con sangre que hacen casi todos los indios y que consiste en pincharse o cortarse "con unas navajillas de pedernal agudas, las lenguas é orejas y el miembro viril".¹⁹

Tienen escuelas de religiosos donde no sólo entran los que han de ser sacerdotes sino todos los muchachos nobles para recibir educación. Así en Temistitán, "los hijos de las personas principales, assi señores como cibdadanos honrados están en aquellas religiones é hábitos desde la edad de siete ú ocho años hasta que los sacan para los casar".²⁰ En Tunja también existe una costumbre parecida, pues las personas de ambos sexos "en el tiempo de su mocedad han de estar ciertos años encerrados en un santuario de aquellos sin ver el sol, y quanto más grand señor ha de ser, más años ha de estar".²¹

Los indios son en todos los casos muy ceremoniosos y "agoreros" teniendo un número ilimitado de supersticiones y practicando casi siempre algo de hechicería. Abundan por tanto los brujos y las brujas que son temidos grandemente por su poder, pues dada su alianza con el mayor enemigo de los hombres, "quando quieren se hacen tigres é leones é pavos é gallinas é lagartos".²²

¹⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo XI, pág. 177.

¹⁸ Oviedo. Opus cit. Tomo XI, pág. 180.

¹⁹ Oviedo. Opus cit. Tomo XI, pág. 178.

²⁰ Oviedo. Opus cit. Tomo VIII, pág. 305.

²¹ Oviedo. Opus cit. Tomo VI, pág. 20.

²² Oviedo. Opus cit. Tomo XI, pág. 183.

A pesar de tener una religión tan equivocada y alejada de la verdad, "tienen claramente que aunque muere el cuerpo, no muere el ánima" y practican curiosas costumbres fúnebres y entierros de muchas clases. Entre los incas los señores son enterrados en unas "bóvedas muy grandes revueltos en toda su ropa é colchones é cuanto tienen é todo su oro é plata meten allí con ellos, é á sus mugeres é pages é á los creados que más quisieron en su vida vivos; é pónenles encima de la sepultura su ymagen de palo".²³ En Paria cuando algún cacique principal muere "llóranlo cantando á manera de endechas, diciendo en su lengua muchos loores del tal defunto, é después asánle de manera que cae todo el sahin ó grasa del muerto en unos calabazos, hasta que toda la carne se derrite, é queda sequíssimo, é todos los huessos con el cuero pegado a ellos. E cuando está assi seco el cuerpo, muelen los huessos del difunto y con aquel sahin beben aquellos polvos los principales señores é amigos que se han juntado á celebrar estas obsequias infernales".²⁴



A grandes rasgos ésta es la pintura que Oviedo nos traza de la religión indígena, que tanto le horroriza y que al mismo tiempo, quizá por lo mismo, le cautiva, dedicando extensísimos capítulos de su obra a la descripción minuciosa de los ritos y ceremonias indígenas.

Para Oviedo lo religioso viene a ser en definitiva el punto capital, pues nada menos es la prueba de la diferencia abismal que existe entre cristianos e indios. Pues aunque "en todas las Indias conocen que hay un Dios todopoderoso é aqueste por diversos nombres ó maneras tractan dél, sienten como ydólatras y envueltos de innumerables errores qué diablo les dá a entender", pues a pesar de que estos indios ya habían tenido noticia de la

²³ Oviedo. Opus cit. Tomo XII, pág. 105.

²⁴ Oviedo. Opus cit. Tomo V, pág. 15.

religión cristiana, engañados por el Demonio que pacientemente los ha ido enlazando hasta lograr atraparlos, han quedado a merced del enemigo común del género humano, que por medio de su poderío indiscutible y atemorizándolos continuamente, ha usurpado el dominio de Dios en estas inmensas tierras.

El europeo, por el contrario, aunque también ha sido tentado por Satanás numerosas veces, ha podido resistirle con voluntad y no sólo ha logrado conservar su religión, sino que, aún más, la ha propagado y defendido. La diferencia es por tanto notable, pues mientras los europeos se han mantenido al servicio del Dios verdadero, estos pobres indios, piensa Oviedo, dado su poco entendimiento han olvidado la religión cristiana y se han dedicado a venerar al Demonio. El dominio de Satanás es por tanto, completo y esto explica a nuestro cronista las costumbres bárbaras y pecaminosas del indio, pues Satanás mismo se las ha inspirado a estos hombres para que se pierdan, y de esta forma ha podido continuar enriqueciendo su ya grande señorío infernal.

Vemos con esto, que Satanás viene a ser un personaje importantísimo en la historia de nuestro cronista: determina no sólo los malos aires de las Indias, sino que también la historia de sus habitantes. Y el poder del ángel caído resulta en verdad asombroso y a la vez explicable ya que el mismo Dios es quien permite que éste tiente a los hombres, los cuales para ganar su salvación han sido dotados de libre albedrío, y de esta forma ha sido posible que todo un continente haya pasado al señorío de Satanás, puesto que así lo han querido.

Pero no sólo el punto religioso sirve para explicar la inferioridad y diferencia que Oviedo advierte en el indio respecto del europeo, sino que además, viene a ser la justificación de la conquista de América, pues para nuestro cronista, es la misericordia infinita de Dios la que ha movido a los españoles a venir a estas tierras para dar una nueva oportunidad a los perdidos indios de enmendar sus pasos y conocer la Verdad. De manera que en esta forma, *se explican*, aunque no *se justifican*, los desmanes que

han realizado algunos españoles durante la conquista de las Indias, que es la forma por la cual los indios están purgando parte de sus terribles culpas, sin que por otra parte, esto releve de responsabilidad al cristiano pecador.

Además de esta justificación, el asunto religioso viene a convertir la conquista de América en un hecho extraordinario, predestinado por Dios y que engrandece de paso a la nación elegida, pues aunque conforme a San Gregorio piensa Oviedo que aunque "de nuestra sancta fé cathólica acá oviessen avido noticia los antecessores destes indios, ya estaba fuera de la memoria destas gentes"²⁵ y por tanto la labor de los españoles al mostrar a estos indios la religión cristiana es digna del mayor encomio, pues es obvio que es "grandísimo el servicio que a Dios hicieron los Reyes Cathólicos y grande el mérito que adquirió nuestra nación al ser por españoles buscadas estas provincias é tantos reynos de gentes pérdidas é ydólatras. . . reedificando é tornando á cultivar en estas tierras tan apartadas de Europa la sagrada pasión é mandamientos de Dios". Y realmente cómo no va a ser grande el mérito que está adquiriendo España mediante la conquista de las Indias cuando está, en realidad, desempeñando el papel del socorro que la infinita misericordia de Dios envía a los indios; a estos indios, que habiendo sido dotados de "voluntad é libre arbitrio" con los cuales conocer el bien y el mal y elegir el primero, han decidido seguir el camino del mal desde hace miles de años. Por tanto la tarea que espera a los españoles es todavía más ardua que la mera conquista militar, pues consiste nada menos que en re-cristianizar a los indios y ponerlos en vía de salvación.

Podemos terminar las meditaciones sobre el tema religioso con una especie de moraleja que nos presenta Oviedo como enseñanza que debe dejar el conocimiento de las idolatrías de los indios. Hace observar que estos indios no son, en forma alguna, ni los primeros ni los últimos en este mundo que han caído en estos tremendos errores,

²⁵ Oviedo. *Opus cit.* Tomo II, pág. 71.

ya que "grande es el pueblo quel universo contiene de-
baxo de tan diabólicos errores é grandes tiempos é millo-
nes de años han turado é nunca faltarán entre los que
no fueren alumbrados é socorridos por Dios", y por ello
nunca dejarán de existir algunos necios que puedan en-
contrarse en circunstancias análogas, de lo que el cris-
tiano debe deducir una enseñanza importantísima: tal
es la debilidad humana, que nos ha legado el pecado
original, que fácilmente podemos caer en errores tan
grandes como la idolatría, por eso debe el cristiano dar
gracias a Dios por hacerle fuerte para resistir las tenta-
ciones y además debe también esforzarse por vivir recta-
mente conforme a las reglas que Dios le ha dado (cosa
que no hacen muchos cristianos que andan por esta tie-
rra, dice Oviedo), pues es "mayor la obligación de los
chripstianos, por conocer la misericordia quel Redentor
usó en comunicarles su pasión é redimirlos".

CAPITULO V

LA CIVILIZACION INDIGENA

CON EL ESTUDIO realizado en los capítulos anteriores hemos llegado a la conclusión de que para Oviedo el indio es indudablemente hombre, pero un hombre menoscabado, inferior en racionalidad al europeo. Esta inferioridad deriva de una culpa cometida por estos indios que consiste en el hecho de que habiendo conocido la verdadera religión la han olvidado al dedicarse al culto de Satanás. Alejado por tal religión equívoca de la gracia de Dios, el indio ha construido su civilización con la ayuda única de su razón, lo que verdaderamente asombra a Oviedo, para quien tanto "concierto" era para "espantarse los que lo vían considerando ser esta gente bárbara é apartada del conocimiento de Dios é de la comunicación de otras nasciones de razón".¹ Así, pues, Oviedo se encuentra grandemente sorprendido ante el espectáculo maravilloso de la civilización indígena, y de sus ciudades que no sólo le parecen comparables a las europeas, sino que considera que en el caso de Temistitán llega a ser "una de las más hermosas poblaciones del mundo é más de ver".² Y aunque puede extrañar el

¹ Oviedo. Opus cit. Tomo IX pág. 7.

² Oviedo. Opus cit. Tomo IX pág. 185.

que Oviedo piense que este hombre menoscabado haya logrado construir esta civilización sorprendente, debemos recordar que para nuestro cronista el indio posee la razón natural y si bien está alejado de la gracia divina, cuenta con la inspiración y la ayuda del Demonio. Esta intervención del Demonio, hace a las culturas indígenas, a pesar del maravilloso concierto y de toda su grandiosidad, estar basadas en unas costumbres infernales, que es la manera como el Demonio se ha asegurado de la posesión de las almas de los indios. Y son tales algunas de estas costumbres, que piensa Oviedo que no puede creer sino "que entre estos pecadores andaba el diablo o que alguno destes hombres era el mismo Satanás".³ Por ello el cuadro de la vida de los indios que nos pinta Oviedo es terrible, y así dice, "donde hay ydolatría é se dexa de adorar é conocer al verdadero Dios, ningún bien puede aver, quanto más mezclándose con éste principal error sacrificar hombres é comer carne humana".⁴

Sobre la base de esta religión demoníaca, el hombre carece de una estructura moral y encuentra Oviedo que la gente de las Indias es "de su natural ociosa é viciosa é de poco trabajo é melancólicos é cobardes é viles é mal inclinados é mentirosos é de poca memoria é ninguna constancia", palabras que sintetizan su juicio general del indio.⁵ Sin embargo, aunque las palabras transcritas nos dan idea del juicio tan adverso que le merece a Oviedo el indio, y que es precisamente uno de los "juicios parciales" que tanto se le han criticado a través del tiempo, observamos algunas variantes a lo largo de su obra. Así podemos ver que cuando tiene noticia de indios más civilizados, como los de Tunja, Bogotá, Perú, etc., encuentra que se trata de gente "de buen aspecto é tales obras que con respecto a los indios de estas partes les hacen mucha ventaja".⁶ Y su idea primera de los indios va variando en algunos aspectos ya que los indios de Tierra Firme, aun-

³ Oviedo. Opus cit. Tomo VI pág. 61.

⁴ Oviedo. Opus cit. Tomo XI pág. 61.

⁵ Oviedo. Opus cit. Tomo I pág. 183.

⁶ Oviedo. Opus cit. Tomo V pág. 288.

que "mal inclinados" como hombres al servicio de Satán, no son perezosos, ni melancólicos como los de las islas, y algunos indios no sólo no son cobardes, sino hasta temerarios. Pero, dice, una cosa sí es clara que hasta los más civilizados, como siervos del Demonio, son gente ruda de natura, tanto que, dice Oviedo, "de sus crueldades diré poca cosa, porque son sin número, é debaxo de comer carne humana todo lo demás se puede creer é tener por averiguado".⁷

Desde luego analizando el cuadro que Oviedo nos ha dejado en su obra de la civilización indígena observamos ciertas confusiones en sus descripciones, pues aún cuando él ha sistematizado su obra y va describiendo separadamente lo que corresponde a cada pueblo, como su relato en gran parte es una reproducción de los informes de los conquistadores, encierra numerosas contradicciones. Además de esta razón, la confusión se debe en una gran parte a la grandeza de las Indias, donde existía una gran variedad de costumbres. En las descripciones de Oviedo ha quedado retratada esta variedad; pero a pesar de ello, en su juicio definitivo ha englobado a todos los pueblos indios en una unidad, y es que no debemos olvidar que es la visión aristotélica la que rige su pensamiento, y ello le impide en una gran parte entender la variedad en una misma especie.

Además antes de presentar las características que este mundo indígena tiene según Oviedo, es bueno recordar circunstancias importantes que determinarán su concepción. El cuadro está basado en el concepto terrible del indio que arriba hemos apuntado, y por ello se le han lanzado no pocos ataques a la obra a través del tiempo, ya que al estudiarse sus juicios y analizar sus puntos de vista sobre los indios, se han adoptado generalmente dos posturas:

1.—Aducir que sus juicios son *siempre parciales*, puesto que como español conquistador ha hecho el relato que conviene a sus intereses. Esta tendencia predomina en los

⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo XI pág. 180.

historiadores americanos y en los admiradores del Padre Las Casas.

2.—Sus juicios sobre el indio han sido pasados por alto. Esta postura es característica de los historiadores que han considerado a Oviedo como arsenal interminable de datos y para quienes su concepción del indio carece de importancia.

Pero aun los primeros que advierten la visión de Oviedo, al no comprenderla, la atacan, sin preguntarse siquiera el por qué. ¿Qué es lo que ha hecho a Oviedo concebir al mundo indígena tan adversamente? En nuestros capítulos anteriores hemos subrayado y pretendido mostrar que la concepción que nuestro cronista se ha formado del indio es la consecuencia natural de su pensamiento general. Pero también interviene un factor importante que generalmente se ha dejado en olvido: Oviedo vivió la mayor parte de su vida en el Nuevo Mundo, pero ¿en qué parte precisamente? Pues nada menos que en el Darién y en la Española. El Darién estaba habitado por indios que no se distinguían precisamente por su cultura y en la Española habían casi desaparecido. En esta forma Oviedo convivió únicamente con indios bastante salvajes, y aún cuando tuvo noticia de pueblos civilizados, como los aztecas, los incas, etc., los indios cerca de los cuales había vivido le dejaron una vivencia tan honda que habían de determinar en gran parte su concepción del mundo indígena. Hoy nosotros al oír mencionar "indios del Nuevo Mundo" pensamos inmediatamente en las altas culturas prehispánicas, y entonces recriminamos duramente a aquel que ose no asombrarse ante su civilización. Pero probablemente las descripciones de Oviedo acaso fueran adaptables para alguno de los pueblos primitivos que él conoció. Claro que los juicios están exagerados; pero esto es completamente natural, porque cuando a él le tocó enfrentarse ante la realidad que los indios representaban, para él, significaban un enemigo, un infiel y un causante constante de desdichas para los conquistadores españoles; en cambio para nosotros, hoy, el indio no es sino un concepto, la diferencia por tanto,

es indiscutible y los puntos de vista tienen que ser naturalmente diferentes.

El juicio formado al contacto con indios primitivos va pues a determinar en parte, como dijimos, su concepción del indio, pero de cualquier manera, Oviedo no va a poder evitar que los relatos de las principales culturas exciten su imaginación, y así lo encontraremos a menudo maravillado y extasiado por su propia pluma, aún cuando al final, no olvidará recriminar sus "costumbres diabólicas" que tanto le horrorizan y terminará volviendo a su primer punto de vista, apurado por sus premisas filosófico-teológicas.⁸

Con estas advertencias preliminares pasaremos a analizar la pintura general que hace Oviedo de las civilizaciones desarrolladas en el Nuevo Mundo.

Encontramos primeramente que las costumbres se complican según pasamos de las islas a la Tierra Firme. Los indios de las islas "gente es de su natural ociosa é viciosa é de poco trabajo", quizá a merced del clima que fomenta su pereza, vive en estado de completo salvajismo. Andan completamente desnudos o cuando más usan una pequeña "pampanilla" con que aparentemente cubren sus vergüenzas. Las mujeres de estas regiones tan primitivas "traen una donosa manera de honestidad, y es cosa para reír, ciñese un hilo tan delgado ó menos como una pluma de escribir, y desde la cinta baja sobre el ombligo otro hilo no más gordo quél de la cinta y aqueste passa por mitad de la natura de la muger... é tienen estas mugeres por mucha honestidad traer este hilo y por muy fea cosa andar sin él".⁹ Estos grupos de indios salvajes tienen habitaciones adecuadas a su vestimenta, ya sea cavernas o chozas primitivas, que tratándose de los sanguinarios caribes, los techos están hechos

⁸ Casi todos los cronistas de la época han adoptado más o menos la misma actitud ante las costumbres de los indígenas, considerándolas diabólicas y censurándolas acremente. Sin embargo, a casi ninguno se le ha despreciado como a Oviedo, quizá porque no quedaron señalados por el terrible Padre Las Casas como le ocurrió a nuestro cronista.

⁹ Oviedo. Opus cit. Tomo VI pág. 42.

“de las calaveras y armaduras de huesos de medio cuerpo arriba”.¹⁰

Pero en Tierra Firme hay grupos civilizados donde “la gente es de más maña é pólida en su vestir” y algunos tienen unas vestiduras “tan hermosas que en cualquier parte del mundo serían bien vistas”. Las mujeres incas, que realmente son honestas, van tan cubiertas que “no se les vé de las personas quassi la punta del pié é cubierta de mantas delgadas é sus camisetas faxadas é los cabellos cortados por delante é lo demás luengo é los brazos desde los codos descubiertos. . . los hombres visten camisetas sin mangas é unas mantas cubiertas encima”. En Nicaragua, los hombres usan “corseletes sin mangas, de algodón, gentiles é de muchos colores, tejidas é unos ceñideros delgados é blancos de algodón tan anchos como una mano. . . usan zapatos, que llaman gutaras que son de suelas de venado”. Los indios son en general muy amantes de los adornos tanto hombres como mujeres; los más generalizados son adornos de metal y sartaes de cuentas, en la cabeza usan “unas madejas de lana hilada colorada muy fina”, pero el adorno más gustado es “pintarse las caras con ciertas unciones é betunes de muchos colores” o también traer “sajadas las lenguas por debajo y ellós y ellas horadadas las orejas con grandes agujeros é acostumbránse pintar las sanjaduras echando en lo cortado unos polvos de cierto carbón negro é queda tan perpetua la pintura, quanto lo es la vida del pintado. . . é cada cacique o señor tiene su marca é mançera desta pintura, con que su gente anda señalada”. En pequeños grupos de indios como en Venezuela no se usa peinar los cabellos, ni cortarse las uñas, pero la casi totalidad “se precian de andar muy bien peinados, é hacen peynes de púas, de huesos de venados blancos”.¹¹

Estos indios que tienen ya un grado de civilización mayor; habitan por supuesto, en casas mejores; algunas son tan buenas que no desmerecen ante las de Europa,

¹⁰ Oviedo. Opus cit. Tomo V pág. 288.

¹¹ Oviedo. Opus cit. Tomos VI pág. 192, XI págs. 66, 195, 255 y XII pág. 112.

así "en la cibdad de Temistitán hay muchas casas grandes é muy buenas"; en Caxamalca son también "muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes de altura de tres estados las paredes y el techo cubierto de paja é madera. . . con pilas de agua para el servicio destas casas". Pero las casas que dejan a Oviedo verdaderamente maravillado son las de Montezuma, "tales é tan grandes que en España no hay otras semejantes. . . con muchos quartos altos é baxos, é jardines muy frescos é con muchos árboles é flores olorosas, é albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus gradas hasta lo hondo é suelo de tales albercas. Hay otra muy grande huerta junto a la casa é sobre ella un mirador de muy hermosos corredores é salas, é dentro de la huerta un muy grande estanque ó alberca quadrada de agua dulce é las paredes desta alberca de gentil cantería é alrededor della un anden de muy buen suelo ladrillado, tan ancho que quatro personas pueden pasearse juntas é de esquina á esquina tiene quatrocientos passos. Dentro de la alberca avía mucho pescado é muchas aves é tantos que muchas veces quassi cubrían el agua. En fin que es tal la alberca que en Europa no se sabe ó al menos no se tiene noticia de otra que le iguale en lo ques dicho". Pero no sólo maravilla a nuestro cronista la grandeza y extraordinaria hechura de los palacios de Montezuma, sino también que el servicio es tan completo, que más que palacio le parece "una cibdad muy poblada: con sus porteros en cada puerta; tenía veynte puertas de servicio adonde entraban muchas calles de agua por medio de las quales entraban é salían las canoas con mahiz é otros bastimentos é leña".¹² Tan sorprendido queda Oviedo con estos relatos acerca de Temistitán y de su rey Montezuma, que páginas y páginas de su libro nos describen hasta las más pequeñas minucias de la casa de las fieras, de los jardines, de los salones y del completo y complicado servicio de estos palacios mexicanos.

¹² Oviedo. *Opus cit.* Tomos VIII pág. 272, XI págs. 5, 57 y 58 y XII pág. 13.

Las casas de los indios son generalmente muy arregladas y limpias, desgraciadamente el moblaje es pobre y por ello "no saben sentarse los hombres ni las mugeres sino en el suelo" y con excepción de los indios del Perú que duermen en camas, en todas las Indias se usa la hamaca para dormir.

Para el servicio de sus casas tienen "muy hermosa loza de platos y escudillas é cántaros é jarros é otras vassijas muy bien labradas é algunas tan negras como fino terciopelo negro é un lustre de un muy pulido azabache".¹³

La naturaleza del Nuevo Mundo, que, como vimos, es pródiga, regala al indio sus frutos sin casi esfuerzo de su parte y ello hace que los alimentos, aunque no muy variados, sean abundantes. Los alimentos preferidos son: yuca, maíz, frutas, pescado, dantas, puercos, conejos y perros gozques. Sus bebidas favoritas son el vino de maíz y el famoso brebaje de cacao. Los indios en general, conocen las propiedades de las plantas y por medio de ellas curan sus males; además usan algunas plantas "para su placer", como el tabaco, que queman constantemente adormeciéndose, o la coca que "es muy estimada, pues masticándola pueden pasar hasta dos días sin comer o dormir".

Entre los indios encontramos las divisiones tradicionales en todos los pueblos: siervos y hombres libres, nobles y plebeyos. Los siervos, llamados naborias, han llegado a esta condición por diversas razones, una desde luego, la guerra, pues aquellos mancebos que cautivan "les tresquilan é quitan los cabellos en señal de captiverio é sirvense dellos en sus labores como esclavos é los truecan, é venden é contractan como tales esclavos". La otra forma por la que un hombre llega a la condición de siervo, es una de las costumbres que horrorizan a Oviedo, "y es vender en los mercados ó empeñar por precio los propios hijos, sabiendo é viendo que aquel, quien se

¹³ Oviedo. Opus cit. Tomo XI pág. 188.

empeñaban o vendían se lo avía de comer si quissiese".¹⁴ Son nobles entre los indios, los caciques y su familia, los guerreros, los sacerdotes y los comerciantes; la clase plebeya la forman los trabajadores en general y su situación varía de un lugar a otro, según la riqueza y el gobierno del mismo, pues en algunas partes como en el reino de México, a pesar de la grandeza del mismo, "son la gente más pobre que hay en muchas nasciones que hasta el pressente se saben en estas Indias", porque están muy tiranizados por sus señores.

Las lenguas que hablan los indios son todas brevísimas y tan variadas que le hacen pensar que deben ser más de setenta y dos las lenguas originadas en Babel, pues en las Indias "cosa es maravillosa que en espacio de una jornada de cinco o seys leguas de camino y próximas y vecinas unas gentes con otras, no se entienden los unos con los otros indios".¹⁵

Los indios de mayor cultura en las Indias tienen hasta una forma de escritura que son "caracteres é figuras escriptas en papel que hacen, por donde se entienden muy bien". Con estos caracteres guardaban memoria de sus hechos pasados, haciendo libros "de pergaminos que hacían de cueros de venados, que encogían é doblaban é resumían en el tamaño é grandeza de una mano, por sus dobleces uno contra otro". Los indios que no poseían esta forma de recordar sus orígenes y hazañas, guardaban sus tradiciones por medio de cantares que llamaban areytos, "su libro o memorial, que de gente en gente queda de padres á hijos". "Estos cantares les quedan en la memoria en lugar de libros de acuerdo y por esta forma rescitan las generalogías de sus caciques y reyes ó señores que han tenido y las obras que hicieron".¹⁶

¹⁴ Oviedo. Opus cit. Tomos V pág. 289 y XI pág. 182. Es claro que Oviedo desconocía algunos aspectos de la vida indígena y los interpretó mal. Para este aspecto de las culturas indígenas se puede consultar La Esclavitud entre los Aztecas de Bosh García.

¹⁵ Oviedo. Opus cit. Tomo II pág. 110.

¹⁶ Oviedo. Opus cit. Tomos I págs. 229 y 233; XI pág. 8 y XII pág. 65.

“Por supuesto que no todos los areytos tienen esta finalidad, pues tienen una grande variedad de ellos, algunos de los cuales no tienen otro fin que la diversión. Hay uno que fascina verdaderamente a Oviedo, que es el mitote de Nicaragua. Este consiste más o menos en lo siguiente: “andaban a un contrapás hasta sessenta hombres pintados é con muchos y hermosos penachos é calzas. . . en medio de la plaza estaba un palo alto hincado de más de ochenta palmos y encima en la punta del palo, estaba un ydolo assentado é muy pintado que dicen ellos que es el dios del cacaguat o cacao; é avia quatro palos en quadro puestos en torno del palo é revuelto é esso una cuerda de bexuco. . . é á los cabos della atados dos muchachos de cada siete ú ocho años, el uno con un arco en la mano y en la otra un manajo de flechas y el otro tenía en la mano un moscador lindo de plumas y un espejo. Y á cierto tiempo del contrapás é desenvolviéndose la cuerda, andaban en el ayre dando vueltas alrededor, desviándose siempre más afuera, destorciendo lo cogido en la cuerda. . . y aquello que tura el desarrevolverse la cuerda, andan con assaz velocidad en el ayre los muchachos meneando los brazos é las piernas, que parece que andan volando. . . é quando ven que están cerca del suelo, ya llevan encogidas las piernas, é á un tiempo las extienden é quedan de pié los niños. . . y en el instante con una grita grande cessa el contrapás é los cantores é musicos é con esto se acaba la fiesta. . . é es sin dubda cosa para holgar verlo”.¹⁷

El matrimonio entre los indios puede ser monogámico y poligámico. Entre los pueblos polígamos llaman “muger legítima a la más principal muger é aquellos más quieren”. En la generalidad de los casos “no casan con sus parientas, á lo menos hasta passar del segundo grado”, a excepción hecha de los incas “donde algunos tienen por mugeres a sus hermanas. La mayoría son polígamos, “cásanse los indios quantas veces quieren y tienen juntas a

¹⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo XI pág. 168. Como es fácil advertir, se trata de “El Volador”.

quantas mugeres toman y pueden mantener, y hay caciques que tiene hasta cient. . . pero por muchas que sean, nunca riñen una con otra, sino en conformidad y bien avenidas".¹⁸ También tienen los indios cuidado en la elección de sus mugeres y casi nunca "las toman de lengua extraña, é los señores las procuran de las aver que sean hijas de otros señores, ó á lo menos de linaje". Los únicos matrimonios que Oviedo ha podido observar son los de Nicaragua, así que son los que describe con gran acuciosidad: "las hijas en tanto no se casaban no dexaban de usar de sus personas, é danse á quien se les antoja por prescio é sin él. Y en aquel officio sucio gana el dote é con que se case, é assi sostiene la casa del padre: é para apartarse ya de aquel vicio é tomar marido pide un sitio al padre é se lo señala tan grande como la quiere. Entonces ella ordena de hacer la casa á costa de majaderos é dice á sus rufianes ó enamorados quella se quiere casar é tomar á uno dellos por marido é que no tiene casa é quiere que se la hagan en aquel lugar señalado. . . y esto se pone luego por obra é se cumple, sin faltar una mínima cosa de todo ello. . . F. venido el día de la boda cenan juntos los gayones y ella é los padres é amigos de los unos é de los otros en aquella casa. . . é después que han cenado ques á prima noche, ella se levanta é dice que es hora de yr a dormir con su marido, é dales en pocas palabras las gracias. . . é que ya no avía de ser sino de un hombre é quiero que sea aqueste é diciendo aquesto tómallo de la mano y entrassé con él donde han de dormir. Entonces los que quedan por desechados se van con sus compañeros, é los parientes é amigos de los novios comienzan un areyto. . . y ella es buena muger de ahí en adelante".¹⁹

Las mujeres indias casi siempre "eran buenas é amaban á sus maridos, porque quando algún cacique moría, al tiempo que le enterraban, algunas de sus mugeres vivas le acompañaban de grado é se metían con él en la

¹⁸ Oviedo, Opus cit. Tomos VI págs. 200 y 220 y XII pág. 97.

¹⁹ Oviedo, Opus cit. Tomo XI pág. 185.

sepultura" pero también había entre los indios algunas "bellacas que públicamente se dan a quien las quiere".²⁰

Los indios dejan a sus mujeres por razones insignificantes y así dejando a las que tienen "é toman otras é aun las truecan unas por otras. . . é siempre les parece que gana al que toma la más vieja, así porque tiene asentado el juicio é le sirve mejor. Esto hacen sin que mucha ocasión preceda, sino la voluntad de uno ó de entreambos, en especial cuando ellas no paren". "Tienen cargo los hombres de proveer la casa propia de la labor del campo é agricultura é de la casa é pesquería y ellos del trato é mercaderías, pero antes que el marido salga de casa la ha de dexar barrida y encendido el fuego". Así, pues, las mujeres indias hacen también algunas labores que en otros lugares hacen los hombres, y en sitios como en Castilla del Oro "van a las batallas con sus maridos".²¹

El cultivo de la tierra depende del clima de la región, así los indios de las islas debido a que la feracidad de la tierra les da el fruto sin casi esfuerzo de su parte, se han constituido en verdaderos holgazanes. Pero los indios de Tierra Firme "siembran de regadío en las vegas de los ríos, repartiendo las aguas en muchas acequias, é con este riego cogen mucho mahiz é otras semillas é legumbres. . . E quando quieren sembrar talan el monte ó cañaveral y después que se ha fecho aquella tala ó roza, quémanla y queda aquella ceniza de lo talado dando tal temple á la tierra como si fuera estercolada. . . é cuando han de poner en efeto desparcir la simiente, quedando la tierra rasa pónense cinco o seys indios con sendos palos ó macanas en las manos y dan un golpe en tierra con aquel palo de punta y en aquel agujero que se hizo echan con otra mano siniestra quatro ó cinco granos de mahiz que saca de una talequilla. . . y assi en echando cada uno de los granos en el hoyo, le cierran encontinente con el pié. . . y este mahiz desde á pocos días nasce, porque en quatro meses se coge".²² Aparte de la agricultura, los in-

²⁰ Oviedo. Opus cit. Tomos I pág. 243 y VIII pág. 12.

²¹ Oviedo. Opus cit. Tomo VII pág. 299; VIII pág. 11 y XI pág. 69.

²² Oviedo. Opus cit. Tomo II pág. 159 y XI pág. 283.

dios se dedican a la caza y a la pesca, actividades ambas en las que son sumamente diestros. En el campo, toda otra actividad, incluyendo el comercio, la realizan las mujeres.

Algunos indios, como los Guyrandos, que viven todavía en un estado completamente bárbaro, viven exclusivamente de la caza y por ello son grandes flecheros "é no tienen pueblos, sino que de unas partes á otras andan con sus mugeres é hijos é lo que tienen. Sus casas son un amparo, como de medias chozas de cueros de los venados é animales que matan".²³ Una vida semejante, la llevan los caribes, sólo que como estos son antropófagos hacen la guerra por costumbre "y no toman esclavos ni quieren á vida á ninguno de sus contrarios ó extraños, y todos los que matan se los comen y las mugeres que toman sírvense de ellas y los hijos que paren, cómenselos después, y los muchachos que toman á los extraños, cápanlos y engórdanlos y cómenselos".²⁴

Por el contrario entre los pueblos principales de Tierra Firme los indios tienen una organización compleja, y sus ciudades son tan maravillosas que verdaderamente desconciertan a Oviedo. Entre las ciudades que más le asombran está en primer lugar Temistitán, a la que compara con Venecia y singularmente construída sobre una laguna salada "es tan grande como Sevilla é Córdoba: son las calles principales della muy anchas é por derechas, é algunas destas é todas las demás son la mitad de tierra é por la otra mitad agua por la cual andan en sus canoas". En esta ciudad "hay casas grandes é muy buenas... y por la calzada que á esta populosa cibdad entra, vienen dos caños de argamasa é por uno viene un golpe de agua dulce muy buena... y cuando quieren limpiar el que lleva agua, échanla por essotro en tanto que se limpia". La ciudad tiene también "muchas plazas donde continuamente hay mercados é tractos de comprar é vender... una es tan grande como dos veces la cibdad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidia-

²³ Oviedo. *Opus cit.* Tomo I pág. 121.

²⁴ Oviedo. *Sumario.* pág. 123.

namente más de sessenta mil personas comprando é vendiendo todos los géneros de mercaderías que en todas aquellas partes se hallan, assi de mantenimientos é vituallas, como de joyas de oro é plata é plomo é latón é cobre y estaño é piedras é huessos é conchas de caracoles é de plumas é penachos... y cada género de mercadería se vende por cuenta é medida... y hay en aquella gran plaza también una muy buena casa como audiencia, donde están sentados diez ó doce jueces que libran todos los casos que en dicho tianguéz ó mercado acaecen é mandan castigar los delinquentes ó transgresores de sus estatutos. Hay en aquella plaza otras personas que andan de continuo entre la gente, mirando lo que se vendé é las medidas con que miden lo que venden é quiebran lo que está falso é penan al que usaba dello".²⁵

El gobierno varía según la importancia de los pueblos; generalmente la autoridad suprema está en manos de señores ó príncipes, desde luego de diversas categorías, pues en algunos casos se trata de estados pequenísimos, en cambio otros son "de mucho estado é gente... que tienen vasallos principales é cavalleros". En algunos sitios no se gobiernan por un único señor "sino a manera de comunidades por cierto número de viejos escogidos por votos é aquellos creaban un capitán general para los casos de guerra". La dignidad de príncipe ó cacique es en la mayoría de los casos hereditaria y cuando llegaba a ser elegible, lo era dentro de una misma familia. Entre los indios del Perú se elegía "el Inga ó su rey é señor soberano... quando el que lo era se moría, y después visto á quien pertenecía la subsesión del estado, aquel sub-sessor se encerraba adonde no le vía persona alguna, vestido de ropa muy fina de color rosa ó carmesina é ayunaba quatro ó cinco días, é después de aver hecho essa ceremonia le ponen en lugar de corona, una borla de color de un finísimo carmesí... é todos los señores de su reyno é señoríos le sirven é adoran en él".²⁶

²⁵ Oviedo. Opus cit. Tomo VIII págs. 270 y 299 y Tomo XI pág. 8.

²⁶ Oviedo. Opus cit. Tomo XI págs. 65 y 67 y Tomo XII pág. 115.

Los soberanos que más impresión hacen a nuestro cronista son Atabaliba y Montezuma, aunque son conocidos por él únicamente a través de las crónicas de los que han presenciado las conquistas de sus reinos, circunstancia que quizá contribuya a engrandecerlos más, pues su fantasía completa el cuadro maravilloso que le pinta la pluma ajena. Si bien estos dos soberanos le impresionan por su grandeza y poderío, el rey que le merece el mejor juicio como gobernante es Guaynacava, "que fué muy varón é su persona muy valerosa é de mucho esfuerzo é prudencia. Tuvo trescientos hijos é hijas en diversas mugeres. . . Mandó que no se sacrificaran hombres é que no matassen las hembras del ganado é que los sacrificios fuessen animales. Hizo dos caminos, uno por los llanos y el otro por la sierra é por estos se podía caminar septecientas leguas que señoreaba. . . Este fué el mayor señor é más querido que ha habido en aquellas partes". A Atabaliba cuya muerte considera Oviedo, es la más grande injusticia que han cometido los españoles en las nuevas tierras, le describe en la siguiente forma: "era hombre de hasta treynta años ó treynta é dos, á lo que por su aspecto mostraba; bien dispuesto é proporcionada su persona, algo grueso en carnes é rescio; el rostro grande y hermoso é feroz, é los ojos encarnizados é algo bermejós encendidos. Hablaba con mucha gravedad é reposo, como señor é tenía muy buena plática é vivo juicio. Hacía buenos razonamientos que entendidos por los españoles le juzgaban hombre sabio". La admiración de Oviedo por Montezuma deriva del enorme señorío que según las crónicas ejercía, y también le maravilla el "concierto con que estaba organizado su estado", así como las múltiples ceremonias de que era objeto. "El señorío de Montezuma era muy grande, porque á doscientas leguas de un cabo á otro de aquella cibdad donde residía, enviaba mensajeros é mandaba en todos y era muy obedescido. Cada provincia servía con su género de servicio, según la calidad de la tierra, por manera que á poder del señor venía toda suerte de cosas que en dichas provincias avia. Era tan temido de todos, assi presentes como auentes, quanto lo pudo ser el más

temido é acatado príncipe del mundo. . . Todos los señores que entraban en su casa, no entraban calzados é quando yban delante dél, alguno que enviaba a llamar, llevaba la cabeza é ojos inclinados y el cuerpo muy humillado é hablando con él no le miraban á la cara, lo qual hacían por mucho acatamiento é reverencia. . . Quando salía fuera Montezuma, que eran pocas veces, todos los que yban con él é los que topaban por las calles, volvían el rostro y en ninguna manera le miraban é todos los demás se postraban hasta quél pasaba. . . Eran tantas las ceremonias que este príncipe tenía en su servicio, que sería muy largo proceso decirse, ni aún se sabrían assí expressar, porque ninguno de los Soldanes, ni otro infiel señor de quien hasta el presente tenemos noticia, no se cree que tantos ni tales cerimonias en su servicio tengan ó hayan usado".²⁷

Por supuesto que no todos los príncipes en las Indias tienen tal corte y ceremonias, pues como la mayoría de los señoríos son pequeños, su gobierno y servicios son sencillos. Entre las descripciones de los caciques de menos importancia encontramos la del señor de Tecoaatega en Nicaragua, que es interesante, pues aún cuando se trata de un señorío pequeño, como Oviedo lo conoció personalmente, la narración es muy viva. Dice Oviedo: "era alto de cuerpo é seco é grave en el hablar. . . tenía una mantilla delgada de algodón blanco con que se cubría. . . é su persona dél estaba todo el cuerpo é brazos é piernas é pescuezo é garganta pintado, y el cabello largo é la barba luenga, en la qual solamente tenía en la punta de la barba y en el bezo muy pocos pelos é blancos, y por su aspecto yo le juzgué por hombre de septenta años ó más. . . Nunca me quiso hablar ni responder hasta que la lengua le dixo que era yo capitán é criado del Emperador, nuestro Señor, é pariente del gobernador. Y entonces trocó la gravedad, é me mostró otra cara, é respondió á lo que le preguntaba, como hombre de gentil entendi-

²⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo IX pág. 7 y 11; Tomo XII pág. 37 y Tomo XIII pág. 116.

miento, y en verdad mostraba bien la ventaja de su persona... y es cosa de ver la gravedad con quel cacique está y el acatamiento que se le tiene". Quizá por lo caluroso de la tierra donde se asienta su señorío, tenía ubicada su corte en un portal de su casa, adonde atendía sus asuntos, recostado en un "lecho de tres palmos alto de tierra, fecho de cañas gruesas, y encima llano é una estera de palma gruesa encima... y encima el cacique desnudo é con una mantilla de algodón blanco é delgada revuelta sobre sí é por almohada tenía un banquillo pequeño... y en la otra nave estaban diez ó doce indios principales echados en tierra sobre estereras, sin hablar é con mucho silencio todos. A los cuales manda é ordena lo que han de hacer: é assi aquel á quien él manda, se levanta en pié é se pone cerca para entender su voluntad, é van luego a poner por obra... Estos capitanes mandan á todo el resto del señorío é provincia del cacique, y en especial en las cosas que tocan a la guerra".²⁸

En Tierra Firme se encontraron también pueblos donde "las mugeres eran reynas ó caciccas é señoras absolutas, é mandan é gobiernan é no sus maridos, aunque los tengan, y en especial una llamada Orocomay, que la obedescían más de treynta leguas en torno de su pueblo, é no se servía sino de mugeres y en su pueblo é conversación no avía hombres".²⁹

El mantenimiento del poder en los grandes estados obligaba a los indios a tener una complicada organización; el señorío de Montezuma es tal vez el mejor organizado: "tres mill señores que eran sujetos, cada qual tenía casa principal en Temistitán, e avía de residir en ella ciertos meses del año: é quando se avia de yr á su tierra con licencia de Montezuma avía de quedar en casa su hijo ó hermano hasta que el señor della tornasse. Esto hacia Montezuma por tener su tierra segura, é que ninguno se le alzasse sin ser sentido".³⁰

²⁸ Oviedo. Opus cit. Tomo XI págs. 196 a 202.

²⁹ Oviedo. Opus cit. Tomo V pág. 252.

³⁰ Oviedo. Opus cit. Tomo X pág. 52.

Tributaban los indios á los "almojarifes ó mensajeros" más ó menos en la siguiente proporción "en tributo ordinario, de tres hijos; uno y el que no tenía hijos avía de dar un indio ó india para sacrificar á sus dioses é si no lo daban, avían de sacrificarle á él. Dábanle de tres hanegas de mahiz, una é de todo lo que grangeaban ó comían ó bebían y en fin de todo se le daba el tercio: y el que ha esto faltaba, pagaba con la cabeza". Para el efecto de este cobro de tributación, en el mismo reino de México, Montezuma tenía "en cada pueblo, mayordomos con sus libros de número de gente é de todo los demás, é aquellos particulares mayordomos daban cuenta á aquellos que residían en Temistitán é tenían sus alholies é magaceres é depósitos, donde se recogían los tributos é ponían en cárceles los que á su tiempo no pagaban é dábanles término para la paga, é aquel pasado é no pagado, justificaban al tal debdor é le hacían esclavo". De esta forma la tributación en el reino de Montezuma, estaba perfectamente organizada y aún en las "entradas de la cibdad, y en las partes donde descargan las canoas que por donde vienen la mayor parte de los mantenimientos, hay chozas hechas, donde están personas por guardias, que resciben cierto derecho de cada cosa que entra".³¹

La justicia impartida en las Indias es adecuada, según Oviedo, a la moral del indio; así entre los indios más bárbaros, la única culpa castigada es el hurto, pues la venganza en caso de asesinato es ley usada y la sodomía no es considerada como falta. Pero en los grandes reinos como Tunja, Bogotá, los incas, los mexicanos, etc. "hay buena justicia". En Tunja, por ejemplo, "son rigurosos en castigar los delitos, en especial los públicos, que matar, robar, hurtar y el pecado abominable contra natura; porque es gente limpia en este caso, y assi hay muchos ahorcados como en España y en otras partes de chripstianos donde hay buena justicia. Otros pecados no tan malos castigan assimesmo con penas corporales que no son de muerte, así como cortar manos, narices y orejas y dar azo-

³¹ Oviedo. Opus cit. Tomo IX págs. 6 y 53.

tes; y á personas principales, á quien no se sufre dar pena alguna de las que están dichas, hay también para esos un género de castigo, como el de romperle las mangas que traen puestas é cortarle los cabellos é lo uno é lo otro, ponerlo en sus santuarios para memoria é infamia del delinquente. Assi que son gente llegada a razón para ser de aquellas partes". Entre los incas existe "un castigo cruel y es nueva manera de tormento é lisi3n: la qual yo no he leydo ni oydo hasta agora otra mayor, ni semejante, quedando vivo é ciego el que padescer; y es que toman un carrizo tan luengo como palmo é medio é todo hueco é pónenselo al delinquente sobre el ojo, é dánle con la palma tan rescio de la otra parte, que le hacen saltar los ojos é vienen encontinente á dar en la mano por el camino adelante é assi le sacan los ojos. A los adúlteros, mátanlos por ello é es ley usada".³²

En los estados indígenas encuentra Oviedo que el ejército es la organizaci3n más importante, lo cual no es extraño supuesto que los "aires son de discordia" en este Nuevo Mundo, lo que hace que la guerra sea una actividad casi constante; aún entre la gente de las islas, que es sumamente cobarde y melancólica. En Tierra Firme los indios son sumamente belicosos y valientes y en muchas partes crudelísimos; los panches por ejemplo, son "gente tan feroz é tan cruda é tan salvaje, que los que matan de los enemigos, se los comen luego en el campo, por venganza, é lo que sobra de tal carne, llévanla á sus casas para comer en compaía de sus mugeres é hijos".³³

Como la religi3n tiene una importancia primordial en la vida del indio, antes de lanzarse a la guerra, como antes de cualquier actividad importante, deben hacer diversas ceremonias a los dioses para que les sean propicios. En Bogotá "para justificaci3n de la guerra, una luna entera é treynta días antes que la comiencen cantar todo aquel tiempo sin cessar al sol é la luna, porque sus dioses les den favor. E lo que dicen en aquel su cantar es la

³² Oviedo. Opus cit. Tomos VI pág. 221 y XII pág. 121.

³³ Oviedo. Opus cit. Tomo VI pág. 231.

causa que tienen para el derecho suyo é justificación de sus empresas; é quando vuelven de la guerra hacen lo mismo otra luna é tanto tiempo, é si vienen vencedores, refiérnle las gracias de su victoria, é si tornan vencidos, dicen que no tuvieron justicia é piden perdón". En Venezuela la ceremonia que antecede a cualquier guerra es un ayuno riguroso, "y este ayuno le hacen juntamente con sus mugeres é hijos é todos los de su casa".³⁴

"Quando quieren hacer la guerra, el que la mueve é quiere que le ayuden los otros con quien se quiere confederar, envía un indio fiado é conosciado con una flecha de su propio arco á los otros caciques é señores: y el que toma la flecha y le envía otra es señal y firme prenda que yrá a le ayudar, é si no la toma no yrá: el indio que quiere es neutral entre los que quieren venir á las armas, é envía á decir que primero le envió otra flecha a su enemigo é que ya está prendado para ayudar a otro".³⁵

Es costumbre general para ir a la guerra teñirse completamente de bixa "para parecer feroces", cosa que no extraña nada a Oviedo, pues recuerda que era también costumbre de algunos pueblos de la Antigüedad, y dice que no debe maravillarnos puesto que "los romanos mismos cuando triunfaban yban en el carro de silla dorada y el rostro tinto de rojo". El arma principal del indio es la flecha, que es de diversas clases según la belicosidad del pueblo de que se trate. Entre los caribes, "los flecheros más denodados é valientes, las flechas llevan una hierva venenosa que es mortal, pues no se conoce todavía ninguna cura para ella. También usan los indios otras armas, como las "macanas, lanzas de diez é ocho palmos, y de más y de menos, que son de palmas negras, buena madera, varas puntiagudas, que sirven en lugar de dardos", etc. La gente del río de la Plata usaba cierta arma curiosa que, dice Oviedo, "a mi parescer es cosa de notar mucho é á mis orejas cosa muy nueva é nunca oyda ni leyda, la qual arma no usan todos los indios, ni son tan

³⁴ Oviedo. Opus cit. Tomo VI pág. 230 y 92.

³⁵ Oviedo. Opus cit. Tomo V pág. 265.

hábiles para ella, sino los que ellos llaman guaranias. Toman una pelota redonda de un guijarro pelado tamaño ó mayor que un puño de la mano cerrada, y aquella piedra átanla á una cuerda de cabuya y el otro cabo de la cuerda átanlo á la muñeca del brazo derecho y en él revuelto la restante de la cuerda... é tiran tan cierto como un buen balletero".³⁶

"En sus batallas é guerras usan los indios traer bandera, é muchas trompetas é gaytas é ciertos instrumentos musicales que suenan muy al propósito como gaytas é atambores é robeles, é en sus personas muy hermosos penachos". Los ejércitos se organizan en diversas formas; entre los incas que poseen "fuerzas que entre indios no se han visto en otras partes", están ordenados en la siguiente forma: "en la delantera vienen honderos, que tiran con sus hondas piedras guijeñas lisas hechas a mano de hechura de huevos é tan grandes como ellos y estos honderos traen rodelas, aquellos hacen de tablillas angostas bien fuertes: traen jubones colchados de algodón. Trás éstos vienen otros con porras é hachas de armas... algunas destas hachas é porras hay de oro é plata, que traen los principales. Tras éstos, vienen otros con lanzas pequeñas arrojadizas como dardos. En la retaguardia vienen piqueros con lanzas luengas de á veynte é cinco é de treynta palmos, y en el brazo izquierdo traen una manga de algodón, sobre que juegan con la pica. Todos éstos vienen repartidos en sus esquadras, con sus capitanes que les mandan é con sus banderas diferenciadas, é con tanto concierto como podrían tener turcos ú otra gente diestra en la guerra... Toda la gente que Atabaliba tenía en su ejército eran muy diestros en la guerra é andaban cursados en ella, y eran hombres animosos é feroces, mancebos é grandes de cuerpo; é hallóse que con mil dellos bastaban á asolar qualquiera población de aquella tierra aunque toviera veynte mill hombres".³⁷

Sorprende grandemente a Oviedo que en Tierra Fir-

³⁶ Oviedo. Opus cit. Tomo II pág. 217, V pág. 140 y VI pág. 230.

³⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo XII pág. 30 y XIII pág. 114.

me, en algunos sitios, se han encontrado "indias con arcos é flechas que hacian la guerra como los indios ó más, é acaudillaban é animaban á los indios para que peleassen: é quando ellas querían daban palos con arcos é flechas á los que huian é hacian el officio de capitanes, mandando aquella gente que peleasse".³⁸

El honor militar, que se traduce en hidalguía y nobleza por hechos "de esfuerzo que uno hace, se pinta en el brazo derecho de cierta pintura ó divisa de color negra, sacándose sangre é poniéndose carbón molido. . . y quando hace otra segunda prueba de su persona é queda con vitoria éste tal, es como aquel que además de ser hidalgo, le arma el rey caballero: y entonces pintánsele los pechos con la misma divisa del brazo. Quando alcanza la tercera victoria, píntranle desde los extremos de los ojos de una raya que le va desde ellas á las orejas. . . é no hay más que ser, ni más honra que alcanzar: que parece que este tal es un Ector ó un Bernardo de Carpio ó un Cid Ruy Díaz". Sin embargo, no todos los actos que premian los indios le parecen a Oviedo honrosos, pues algunos son de los que los cristianos consideran como "vituperio ó fealdad, y es que aunque maten á uno ruinmente ó durmiendo, ó sobre seguro, no dexan de adquirir aquel grado ó pintura: lo qual me parece que mejor se puede llamar bellaquería ó trayción que no esfuerzo ni gentileza". Los vencedores generalmente matan a los que pueden aunque se les rindan, y los de Tunja además, quando capturan al señor enemigo "traénlo á su tierra é sácanle los ojos, é assi se le tiene vivo hasta quel tiempo lo mata, haciéndole en cada fiesta mill ultrajes. Las mugeres de los vencidos no las matan, é sírvense dellas de captivas. E que man los pueblos de los vencidos é matan los muchachos é niños é sacrificanlos al sol". Pero las costumbres entre los aruacas y los caribes son aún más feroces: quando los aruacas "captivan á sus enemigos caribes, á los que son viejos matánlos de crueles muertes é no los comen, é á los que son mancebos é en buena edad, en captiván-

³⁸ Oviedo. Opus cit. Tomo V pág. 113.

doles, les tresquilan é quitan los cabellos. . . é sírvense dellos en sus labores como esclavos". Los caribes a su vez cuando prenden algún aruaca "a los que están gordos matan y comen. . . y con la gordura ó grassa de los tales, para defensa de la calor dellos, se untan los cuerpos y los cabellos, y al indio que toman flaco, engórdanle con brebajes que le dan é coménselo, y de las calaveras y armaduras de hueso de medio cuerpo arriba entoldan sus casas".

Todas estas crueldades horrorizan a nuestro cronista, que no deja de admirar una de sus costumbres, sin embargo, y que según él, no es para tenerse en poco "ni dexarla de estimar por de hombres valerosos, y es que movida la guerra nunca envían á pedir la paz ni tractar della, ni de cosa tocante á concordia. Y quando acaesce que se haga por mucha nescessidad que tengan, no ha de ser el que en su nombre pida la tregua ó la paz hombre, sino muger ó mugeres".



A grandes rasgos las características presentadas son las que componen esencialmente las civilizaciones del Nuevo Mundo para Oviedo. Nuestro cronista que inicia y termina todas sus descripciones con frases de condenación para los indios se encuentra, sin embargo, totalmente subyugado ante los exotismos y las maravillas que nos relata. Y este interés y asombro le hacen describir con la mayor minuciosidad todo lo referente a la vida indígena, sobre todo aquellas costumbres que le horrorizan.

Es notable también, que las descripciones más largas son las referentes a los indios de Nicaragua, esto se debe, según creo, a que fué en esta región donde vivió mayor tiempo Oviedo al contacto con los indios, pues aunque vivió muchos años en la Española, como ésta estuviera ya casi asolada, no pudo conocer las culturas originales.

Nos encontramos también que en la mente de nuestro cronista, todavía modelada por la escolástica, la variedad tenía muy difícil cabida, pero como esta era notoria en

las Indias, a pesar de ello, en su visión de las culturas indígenas encontramos que nos divide en tres grandes grupos los pueblos de indios, separados por el número de malas costumbres que practican, como p. ej.: la venta de los hijos, los sacrificios humanos, pero fundamentalmente la sodomía y la antropofagia. Así tenemos entonces que las culturas de Tunja, Bogotá, Quito y el Perú, son las que le merecen el mejor juicio, pues considera que los indios de dichas regiones son "gente llegada á razón para ser de aquellas partes", y con el mejor entendimiento posible en las Indias, lo que parece derivar de las siguientes circunstancias: tienen buena justicia (castigan los delitos públicos entre los que ocupa un lugar importante la sodomía) y aunque realizan sacrificios humanos, no comen la carne de los sacrificios, sino que simplemente ofrecen la sangre a sus dioses; y aún más, en el Perú, el rey Guaynacava, "el más grande señor que ha auido en aquellas partes", llegó a prohibir que se sacrificasen hombres, todo lo cual indica que las gentes de estos lugares son "gente de buen aspecto, é tales obras que con respecto a los indios de estas partes hacen mucha ventaja".

En cambio la maravillosa cultura azteca, de la cual le asombran sus palacios, mercados y ciudades, su organización complicada y principalmente su "grand rey y señor Montezuma", le horroriza por su carnicería religiosa, en la cual, la peor culpa no es, piensa Oviedo, el sacrificio humano, sino que la carne de los sacrificados llegue a ser comida por sus propios allegados, lo que demuestra que tales actos no solo se realizan "por su devoción é reverencia, sino por su maldad é golosina, porque les sabe muy bien la carne humana", y así juzga que a pesar de su civilización altamente desarrollada, se trata de gente bárbara y de su natural ruda y cruel.

Pero el escalón más bajo del juicio oviedano sobre el indio lo constituyen los indios de las islas, y muy principalmente los llamados caribes, que además de bárbaros y de que no cubren siquiera sus vergüenzas, son ídólatras y antropófagos y no castigan la sodomía.

CAPITULO VI

CONCLUSION

EL DESTINO DEL INDIO, SUPERVIVENCIA O MUERTE

LAS CONCLUSIONES logradas hasta aquí, en relación a la concepción que del indio tenía Oviedo, se nos han ido complicando con un desarrollo insospechado. Primeramente, hicimos la presentación del problema: la incomprensión con que a través de cuatro siglos, los historiadores han enjuiciado la obra de Oviedo, unas veces considerándola únicamente como arsenal de datos, otras restándole valor al suponerle "juicios parciales". Vimos también cómo la parcialidad se relacionaba al concepto de Oviedo acerca del indio, concepto que, a pesar de polémicas y ataques continuos, nunca había tratado de analizarse con algún detenimiento y serenidad.

Desde luego, el concepto que del indio tenía Oviedo, es verdaderamente terrible, desde sus primeras páginas anota: "esta gente destos indios es para poco é por poca cosa se mueren. . . porque su principal intento era comer, é beber, é folgar, é luxuriar, é idolatrar, é exercer otras muchas suciedades bestiales".¹ Considera en general, que los indios además de idólatras, antropófagos y sodomitas, son falsos, inconstantes, perezosos, melancólicos, viles y

¹ Oviedo. Opus cit. Tomo I pág. 197.

mal inclinados. Sin embargo, este juicio tan completamente adverso, no es tan simple de explicar, para alcanzar su sentido hay que ahondar un poco en el pensamiento general de nuestro cronista.

Nuestro estudio se inició con el análisis de las características del indio. La forma física, según vimos, la encontró Oviedo semejante a la del europeo, aunque por supuesto, con algunas diferencias fácilmente explicadas por el medio que habita. En cuanto a la razón, parte esencial del hombre, encuentra que el indio, puesto que es humano la posee. Sin embargo, aunque Oviedo admite que el indio posee estas dos partes constitutivas de los seres humanos, no quiere decir que éste sea exactamente igual al europeo. ¿Cuál es, pues, la diferencia? Según hemos deducido se trata nada menos de que, habiendo conocido ya la verdadera religión la ha olvidado, dedicándose desde hace miles de años a la adoración del Demonio. Este hecho, desde luego, no le priva de su humanidad y por lo tanto de su razón, pero sí lo ha sujetado a una inferioridad histórica que justifica su conquista y aún los padecimientos que ésta acarrea.

Pero en realidad percibimos fácilmente que aún no está del todo claro el problema relativo al menor grado de racionalidad de los indios, ya que no hemos podido realmente averiguar si esta inferioridad racional está relacionada como causa y efecto o concordantemente con su idolatría y olvido de la verdadera religión. Por numerosas alusiones parece ser que Oviedo efectivamente piensa que el olvido que los indios han tenido de la verdad, los ha sumido en la inferioridad que advierte en ellos; pero otras veces nos parece que se nos habla de individuos que *por naturaleza* son de menor grado de racionalidad que los europeos. Por tanto es obvio que Oviedo no lo determina de manera expresa, ni siquiera parece que se haya planteado este problema. Así, en cierto momento, nos encontramos con que Oviedo asegura "questas gentes destas Indias, aunque racionales y de la misma estirpe de aquella sancta arca é compañía de Noé, estaban fechas irracionales y bestiales con sus idolatrías y

sacrificios y cerimonias infernales", de lo cual nosotros deducimos que puesto que para Oviedo los indios proceden indudablemente de un tronco común con los europeos, la única diferencia que los separa de ellos es el haber caído en el pecado de la idolatría, causa del menoscabo de su racionalidad, llegando a iguales conclusiones cuando leemos: "tanto concierto era para espantarse los que lo veían, considerando ser esta gente bárbara é apartada del conocimiento de Dios". Pero sí de éstos párrafos parece derivarse que en efecto, el menor grado de razón está relacionado con el olvido de Dios y la práctica de la idolatría, también encontramos afirmaciones que nos hacen imaginar, por el contrario que Oviedo piensa que los indios son naturalmente inferiores, por ejemplo cuando dice: "esta gente *de su natural* es ociosa é viciosa, é de poco trabajo, é melancólicos, é cobardes, viles é mal inclinados, mentirosos é de poca memoria é ninguna constancia". Así, pues, parece ser que Oviedo oscila un poco entre las dos ideas, y nos demuestra que en cierta forma sus ideas acerca del hombre están en crisis, y es notorio, que a pesar de considerar inferior al indio con respecto al cristiano, cuando analiza la civilización indígena, Oviedo se queda completamente embelesado y nos asegura que Temistitán es una de las "más hermosas poblaciones del mundo é más de ver", y que las albercas de Montezuma son hermosas como no se sabe que haya otras en el Viejo Mundo, lo que nos parece una contradicción, pues ¿cómo estas gentes que estaban "fechas irracionales y bestiales" pueden haber llegado a crear una civilización semejante?

Estas consideraciones nos revelan que por su fe Oviedo se ve obligado a lanzar, a priori, la idea del hombre caído en poder de Satanás y cuyos actos y costumbres tienen que considerarse diabólicos. Pero recordemos que su concepción del hombre está necesariamente constituida de dos partes: en primer lugar, de la concepción judeo-cristiana del hombre de gracia, en segundo lugar, la concepción clásica del hombre racional. De esta forma, ante el marco general de considerar al indio como ser humano,

Oviedo va a enjuiciar al indio ante estas dos visiones, de lo que va a resultar:

I.—Como *homo sapiens* (concepción clásica), el indio encaja perfectamente, puesto que se trata de un hombre capaz que ha construido una gran civilización, aún cuando como es natural condena algunas de sus costumbres bárbaras, que sin embargo, le resultan explicables, recordando que no han sido practicadas únicamente por estos indios.²

II.—Pero dentro de la tesis cristiana, es indudable su culpabilidad, puesto que no solo practica la idolatría, sino que ha olvidado la verdadera religión, por lo que Oviedo concluye que son inferiores, satánicos, malvados, etc.

En realidad todas estas contradicciones nos demuestran cuanta razón encierran las palabras de O'Gorman de que "América al ser descubierta convierte en hipótesis la concepción ya existente acerca del mundo y del hombre",³ pues por lo que hemos analizado, nos podemos dar cuenta de que la discusión acerca de la naturaleza del hombre americano, pone en crisis la concepción general del hombre.

Esta crisis es por demás explicable, puesto que la visión tradicional, mezclada como hemos dicho, de las concepciones judeo-cristiana y greco-latina, al entrar en choque con la visión del indio, provocó que las fisuras de esos dos conceptos diferentes que habían sido trabajosamente arnalgamados, hicieran crisis y actuarán separadamente.

Así tenemos que para nuestro cronista, el indio es por una parte un hombre racional que ha sido capaz de construir una gran cultura, pero que por la otra, es el hombre caído, culpable. Y hay que recordar que la concepción del hombre tiene una enorme importancia en nuestro cronista, porque es claro que la curiosidad de Oviedo acerca de la naturaleza del indio americano no

² Oviedo. Opus cit. Tomo II pág. 39: "No solamente los indios son culpados de estas culpas".

³ O'Gorman. Fundamentos de la Historia de América. pág. 87.

tiene un puro interés teórico. Por el contrario, construido sobre las complejas cuestiones religiosas, políticas y económicas de su tiempo, del concepto obtenido acerca del indio va a depender su visión de la empresa de Indias y la postulación de el justo título sobre el cual fundar el derecho de conquista y posesión de las nuevas tierras. Conociendo ya el concepto oviedano del indio, ahora nuestro interés se dirige a preguntar ¿qué sitio le va a destinar nuestro cronista a este ser singular dentro de su ideal: el mundo hispano cristiano?

PROVIDENCIALISMO E IMPERIALISMO EN OVIEDO. Hemos dicho ya, que para Oviedo, las Indias tienen una enorme importancia desde el punto de vista providencialista, puesto que vienen a representar la prueba convincente del destino fijado por Dios a España. Así encontramos que el móvil de Oviedo al hacer historia, de una manera singular, dicho sea de paso, puesto que va a interpretar fundándose en los hechos (la conquista de América), la voluntad de Dios (España, hija predilecta de Dios, elegida para unificar al mundo bajo su mando), será precisamente el de dar noticia a fieles é infieles de los gloriosos sucesos que están acaeciendo "para que den infinitas gracias a Dios", y como no solamente los "cristianos ternán que servir a Vuestra Cesárea Magestad... pero aún los infieles é idólatras que fuera destas partes en todo el mundo oviere, oyendo estas maravillas, quedarán obligados para lo mismo". Tenemos pues que Oviedo es el heraldo que va a poner en conocimiento de todo el mundo el magno acontecimiento para que, de ser posible, se apresure su cumplimiento viniendo todos los pueblos razonablemente a servir al Emperador, puesto que con su libro, comprenderán que esa es la meta a la que todas las cosas están encaminadas, evitando tal vez de esta forma, guerras innecesarias. Pero si hubiere malos cristianos que no lleguen a comprender que en "el acrecentamiento de la Cesárea persona é vida" consiste "todo el bien de la chripstiana religión" y dejaren de reconocer por superior, "como deben y Dios lo tiene ordenado, a nuestro Cesar", no faltarán hombres con que someterlos,

pues "el mismo Dios que mira todos los fines del mundo", dotó a España de "animosos y valerosos y altos é muchos varones ilustres y caballería y de tan alta nobleza y multitud de hidalgos, y communmente á todos los naturales della los hizo Dios de tanta osadía é los constituyó de tanta experiencia en la militar disciplina y con tanta determinación y esfuerzo", como ya desde antiguo, Livio y Estrabón habían observado.

Y no sólo ha preparado Dios a su pueblo elegido con valientes soldados, sino que también le ha otorgado una situación geográfica privilegiada, y así afirma Oviedo: "para mí yo tengo a España por una de las más ricas provincias que hay en el mundo é para colmar sus riquezas quiso Dios darle por *hacienda accesoria estotras riquezas de nuestras Indias*".⁴ Así que estas nuevas tierras sólo son un accesorio a las riquezas españolas y aún más, pues esta tierra "tan riquísima la hizo Dios y os la tuvo guardada desde que la formó, para hacer a Vuestra Magestad, universal y único monarca en el mundo".

Y estas Indias creadas expresamente para España, dice nuestro cronista, ya le habían pertenecido en parte hace "agora tres mill é ciento é noventa é tres años", pues ya entonces "España é su rey Hespero, señoreaban estas islas o Indias Hespérides, é assi con derecho tan anti-quíssimo, é por la forma que esta dicho, por los viajes del Almirante Cristóbal Colón, volvió este señorío a España a cabo de tantos siglos. E parece que, como cosa que fué suya, quiere la divina justicia que lo haya tornado á ser é lo sea perpetuamente". Y esto es notorio, pues "ved si tuvo Dios cuydado de dar estas Indias cuyas son, pues rogados Inglaterra y Portugal con ellas y los duques que he dicho, no permitió que alguno de aquellos reyes tan poderosos, ni los duques tan ricos que dixen, quissiessen aventurar tan poca costa como la que Colom les pedía".

Y así el mismo Dios que "mira todos los fines del mundo y ve todas las cosas del debaxo del cielo" ha dado

⁴ Oviedo. Opus cit. Tomo II pág. 28.

a España un gran rey que está por encima de todos los otros reyes, pues "las cosas que vemos que están pendientes desde Sagrado Príncipe son tales é tantas é tan grandes é tan notorias, que no solamente las lenguas é plumas que á ello están dedicadas, más todos los humanos, pues á todos toca é importa la vida desde Monarca, lo deben pregonar, las paredes han oydo, los campos é las sêlvas tienen ojos, é todas las aguas é mares no la ignoran y entienden é deben publicar". Y así como los franceses han sido castigados "como ellos lo merecen é sus culpas é soberbia" con un rey como Francisco I, "que con todas sus fuerzas ha usado para fatigar al mundo é los chripstianos en compañía é confianza del grand turco é sus infieles exércitos por mar é por tierra", asimismo a España la ha premiado dándole un rey como Carlos I y V, al que ha hecho Emperador para que se cumpla lo anunciado en las letras sagradas que dicen que "ruynada la monarquía de los germanos, será el fin del mundo. De lo cual se colige que ha de turar esta monarquía hasta el último día é fin del mundo, é todos los demás reyes é reynos le han de ser inferiores é sujetos".

Esta fe inquebrantable en el destino de su patria, que le hizo organizar esta visión mesiánica de la historia, es claro que no fué creada por Oviedo. Originada en Carlos V por las convincentes ideas repetidas constantemente por el Obispo Mota, cuando el Emperador era todavía muy joven e indiferente a su reino de España, para interesarlo en éste,⁵ mezcladas tal vez con las ambiciones heredadas de sus abuelos maternos, Fernando e Isabel (del primero la ambición de poderío político, de la segunda, el afán de convertirse en el campeón de la fe, avivado con la aparición del protestantismo en sus estados alemanes, que le hicieron asimilarse al sentimiento del español como pueblo cruzado, que mantenía España desde hacía siglos), combinadas con el ideal del ministro Gatinara, que aunque adverso a España, deseaba para Carlos V la monarquía universal, fueron aún fortalecidos

⁵ Menéndez Pidal Ramón. La Idea Imperial de Carlos V.

por los erasmistas españoles que como Valdés, pusieron su pensamiento y su pluma al servicio de este ideal político. Por otra parte cómo es que nos va a extrañar esta fe intensa de los españoles en su destino, cuando se habían ido palpablemente conjugando tantas circunstancias fortuitas que estaban levantando a España al primer sitio entre las naciones: la unificación de los dos reinos principales de la península, el descubrimiento y conquista de América, la ascensión al trono imperial de un monarca español que, ya de por sí había reunido varias coronas sobre su cabeza. En Oviedo la cosa es también evidentemente clara, pues todos estos sucesos tendrían lugar en el cortísimo espacio de la vida de nuestro cronista, a quien le fué concedido el privilegio de que su existencia coincidiera con la ascensión asombrosa de España a la cima de su poderío, pues nacido en 1478, cuando los Reyes Católicos iniciaban apenas su reinado, había de morir en 1557, un año después de la abdicación de Carlos V. ¿Cómo no iba a convertirse en uno de los primeros propagandistas del imperialismo español, fervientemente convencido, cuando las grandezas alcanzadas por su patria le habían llegado hasta lo más hondo de su alma? No puede extrañarnos entonces que piense que Carlos V "ha seydo digno, mediante la divina clemencia (que le hizo merecedor de sus buenas venturas é nuestras), de ser señor de tan valerosa nasción, para que veamos al presente, como se ve, la bandera de España celebrada por la más gloriosa, temida por la más poderosa y amado por la más digna de ser querida en el universo. Y assi nos enseña el tiempo é vemos palpable lo que nunca debaxo del cielo se vido hasta agora en el poderío é alta magestad de algún príncipe chripstiano; y así se debe esperar que lo que está por adquirir y venir al colmo de la monarchia de nuestro César, lo veremos en breve tiempo debaxo de su ceptro; y que no faltará reyno, ni secta, ni género de falsa creencia que no sea humiliada y puesta debaxo de su yugo y obediencia. Y no lo digo solo por los infieles; pero ni los que se llaman chripstia-

nos, si dexaren de reconocer por superior como deben y Dios lo tiene ordenado, a nuestro César".⁶

Y es tal la grandeza que Dios ha concedido a España y particularmente a su César, que dice Oviedo, "aún las cosas de las Indias é sus riquezas parece que crecen a vuestra sombra". Y por supuesto que de todo este providencialismo no deja de tocarle a él también su pequeña parte. Así dice Oviedo, que Dios ha permitido que vea tantas y variadas cosas y que penetre en los secretos de este Nuevo Mundo para servir al Emperador, "dándome así á mí por ejercicio en esto que escribo una materia tan famosa é alta é copiosa". Y con esta materia ha ido componiendo sus libros, que ya van sumando muchos "pues ha placido á Dios Nuestro Señor, sin cuya voluntad imposible sería que un solo hombre haya escripto tanta multitud de historias y secretos del universo, infinitas gracias le doy porque me ha dexado ver aquestos tractados en este estado: los quales no dubdo que han de ser con el tiempo muy mejores". La dificultad está en que la materia es variada y nueva y dice Oviedo que no bastaría ni la vida de Matusalem, para verlo y escribirlo todo, por ello es quizá que Dios ha cuidado de su vida, y así a pesar de los peligros y atentados contra ésta, no ha permitido que muera: "que en verdad parece que Nuestro Señor permite que mis ojos no se cierren para que alcancen más claridad en la historia". Esto le da un alto concepto del trabajo que está cumpliendo, pues para él la historia es aún maestra de la vida y citando a Tucídides dice que "la historia es un thessoro que nunca lo debería quitar de la mano, por ayudarnos della, por la semejanza que los hechos passados é sus acontecimientos han é son conformes é los que tractamos é quassi semejantes las causas". Y piensa que "las materias destos tractados de nuestras Indias é las cosas que en ellas hasta aquí están escriptas", son los hechos del presente "é de ellos se pueden congecturar parte de los eventos del futuro".⁷

⁶ Oviedo. Opus cit. Tomo II pág. 17.

⁷ Oviedo. Opus cit. Tomo VIII pág. 102.

Así, pues, él es el heraldo elegido por Dios para dar cuenta de la buena nueva, y como tal relata las grandiosas hazañas de sus compatriotas en el Nuevo Mundo, junto a las cuales "me parece —dice— cosa ridícula las grandes peregrinaciones de la navegación que de aquellos griegos se escriben por grand cosa", pues, "todo lo que Ulixes navegó en su vida, es mucho menos que venir desde España é nuestras Indias".⁸

La voluntad de Dios se ha manifestado en muchas formas y hasta en los males ocurridos en estas Indias encontramos la huella de sus designios. Y así, como los españoles no han acatado el mandato de la reina Católica que había señalado "que no passassen a estas partes de ninguna generación, sino sus vasallos de la corona de Castilla, cuyo es aqueste imperio occidental" y se ha permitido que pasen a estas tierras individuos "de todas las nasciones de Assia, Africa é Europa; y tales que no traen la intención guiada a la conversión de los indios" puesto que no son los designados por Dios para tal empresa; esta desobediencia ha causado grandes males y además los "motines y ruindades y feos hechos" ocurridos, se han atribuído a los españoles, pues "aunque no sean españoles todos los malhechores, como la mayor parte de los hombres que acá andan son de nuestra España, todo quanto mal suena se les atribuye a los de nuestra nasción".⁹

Sin embargo, a pesar de los múltiples errores y excesos cometidos en los indios, no faltan buenos españoles que cumplan con el fin que Dios ha señalado. Y como nada en la historia es ajeno a los fines providenciales, los excesos y crueldades cometidos en las Indias por los españoles y demás europeos conquistadores, constituyen el castigo a los pecados de los indios, que además de la idolatría, algunos practican la sodomía, "que es notable delicto é vicio destes indios y por donde es bien empleada su perdición". Pero no pensemos en forma alguna que los excesos, por constituir una forma de castigo para los indios dejan a los cristianos sin culpa, por el contrario, puesto

⁸ Oviedo. Opus cit. Tomo V pág. 212 y VIII pág. 84.

⁹ Parece referirse Oviedo a concesión de Venezuela hecha a los alemanes

que éstos conocen la verdadera religión, están aún más obligados a vivir conforme a ella y así numerosas veces dice: "yo no absuelvo a los chripstianos que se han enriquecido ó gozado con el trabajo destes indios, si los maltrataron ó no hicieron su diligencia para que se salvassen", pero dado su pensamiento, concluye, que "no sin causa permite Dios que sean destruydos é sin dubda tengo que por la multitud de sus delictos los ha Dios de acabar presto".¹⁰

OVIEDO, LAS INDIAS Y LA POLÍTICA IMPERIAL. Para la historia de España, las postrimerías del siglo xv son de una importancia singular, tanto que a la vez que asientan los primeros escalones por los que ésta ascenderá a la cima política, representa asimismo las causas de su prematura ruina. En 1492 tienen lugar dos sucesos importantísimos: el viaje colombino y la expulsión de los árabes. Estos magnos sucesos, además de su importancia abrían dos caminos a la política española: el de la colonización americana y el de la persecución de los moros a través de Africa para conseguir el fin no logrado por las Cruzadas.

La intervención de Fernando el Católico en Italia (1499-1500) y la ascención al trono español de Carlos V, que condensaba las aspiraciones de la Casa de Austria y de las de Castilla y Aragón, empujaban a España por un nuevo camino, el europeo.

Ante el joven Emperador se presentaban entonces tres caminos por donde dirigir los destinos de sus pueblos. El camino africano era el predilecto de los españoles, ya que después de siete siglos de luchas continuas con los moros, eran éstos sus enemigos favoritos. El camino americano que había sido abrazado con una gran excitación durante los primeros años, hubo de anotar un descenso en importancia hasta 1521, en que empezaron a dar las Indias su fruto, convirtiéndose más o menos desde esta fecha en el rumbo más atrayente. El tercer camino, el

¹⁰ Oviedo. Opus cit. Tomos I pág. 146, II pág. 39, V pág. 215 y VIII pág. 296.

de la expansión imperial, había de encandilar al nuevo monarca por varias circunstancias, primero, el hecho de que el mismo Carlos V había nacido en el corazón de Europa, segundo, su elección como Emperador de Alemania, que lo enfrentaba ya no sólo con los enemigos de España sino también con los del imperio.

El emperador había de cometer el tremendo error de pretender seguir los tres, quizá por lo dividido de la opinión española y de sus consejeros. La tendencia popular propugnaba por seguir el rumbo que dirigía a la cruzada africana. Los intelectuales, representados por el erasmista Alfonso de Valdés, favorecieron el camino europeo como la base principal del Imperio. Oviedo, parece ser, constituye uno de los defensores del tercer camino: el Nuevo Mundo.

Para nuestro cronista, como ya dijimos, las Indias tienen una importancia primordial, puesto que nada menos, son el medio por el cual España va a lograr el imperio ecuménico. Así le oímos dirigirse a Carlos V diciendo que esta nueva tierra "tan riquísima la hizo Dios y os la tuvo guardada desde que la formó, para hacer a Vuestra Magestad, universal y único monarca en el mundo". Por tanto, para Oviedo, las Indias representan dos cosas importantes: en primer lugar, la prueba convincente del destino del pueblo español como elegido por Dios para llevar a cabo la unificación religioso-política. En segundo término, las Indias vienen a representar la fuente de riquezas, que reforzando las de España (no debemos olvidar que sólo son "hacienda accesoria"), mediante las cuales se logrará el dominio del mundo, pues para eso precisamente fueron creadas sus riquezas.

Desde el proemio primero de su Historia, Oviedo hace el panegírico de las Indias, tratando de demostrar la importancia que el Nuevo Mundo tiene dentro del Imperio; y así pretendiendo atraer las miradas del monarca hacia las nuevas tierras, nos pinta las excelencias que estas tierras americanas tienen sobre el viejo continente. "¿Quántos montes más admirables y espantosos que Ethna o Mongibel, y Vulcano y Estromgol (y los unos y los otros

baxo vuestra monarchia)? No fueran celebrados en tanta manera los que he dicho por los poetas é historiales antiguos, si supieran de Massaya y Maribio y Guaxocingo, é de los que más adelante serán memorados desta pluma ó escriptor vuestro. ¡Quántos valles é florestas, llanos y deleitosos! ¡Quántas costas de mar con muy extendidas playas é muy excelentes puertos! ¡Quántos y quán poderosos ríos navegables!... ¿En cuál tierra se oyó ni se sabe que en tan breve tiempo y en tierras tan apartadas de nuestra Europa, se produciessen tantos ganados é granjerías y en tanta abundancia, como en estas Indias ven nuestros ojos, traídos acá por tan amplísimos mares?"¹¹ Y llega a tal grado su admiración por las nuevas tierras que llega a asegurar que "si un príncipe no tuviese más señoría que aquesta isla sola (la Española), en breve tiempo sería tal, que ni le haría ventaja Sicilia, ni Inglaterra, ni al presente hay de que pueda tener envidia a ninguna de las que he dicho".¹²

Tan clara es la importancia de las Indias, que lo único que hace falta es proveer lo necesario y ocuparse conscientemente de ellas, por lo que Oviedo suplica que: "Vuestra Señoría Reverendísima se acuerde, como suele, de continuar las mercedes que a las Indias hace... y especialmente en dos cosas: la una en que los perlados que para allá se provayeren sean dotos y de buena casta... é lo mismo digo que se guarde en las elecciones de los jueces de la justicia é oficiales de la real "hacienda". Todo esto, dice Oviedo, lo recuerda porque sabe que "Vuestra Señoría Reverendísima tan apartada se encuentra de lo ver" que podría olvidarlo y porque sólo atendiendo debidamente los asuntos de estas partes se logrará la prosperidad pacífica que tanto habrá de engrandecer a España."¹³

EL MUNDO IDEAL DE OVIEDO Y LA REALIDAD INDIO.
Hemos visto ya que las Indias tienen una función muy importante en el imperio español, pero ¿y el Indio?

¹¹ Oviedo. Opus cit. Tomo I págs. 27 y 28.

¹² Oviedo. Sumario pág. 85.

¹³ Oviedo. Opus cit. Tomo I pág. 23 y 24.

Realmente es difícil para Oviedo buscar en su mundo ideal un sitio donde colocar a estos indios que tan alejados están del caballero perfecto que Oviedo tiene en la mente y con "tan grandes é feos é inormes pecados é abominaciones", que realmente no le caben en el cuadro perfecto que se ha pensado ha de ser el imperio ecuménico español.

Y es claro. ¿Cómo va a considerar a los indios dignos de formar parte de la nueva monarquía universal que está por instituirse, cuando están plagados de pecados y tal monarquía será ante todo cristiana y al servicio de Dios? Y como haciendo a Dios cómplice de sus deseos piensa que el mismo Dios "no sin gran misterio los tuvo olvidados tanto tiempo. . . é después quando se acordó. . . viendo quanta malicia estaba sobre la tierra toda, é que todas las cogitaciones de los corazones destes indios en todos tiempos eran atentos á mal obrar, consintió que se les acabassen las vidas". Y realmente la mejor solución que le ofrece el problema de los indios es el de que desaparezcan, pues así se exterminaría de raíz el poderío de Satanás que tanto mal está haciendo hasta en los mismos cristianos, pues "muchos de los que á estas partes vienen, luego el ayre de la tierra los despierta para novedades é discordias" y por ello habla constantemente de que "Dios los ha de acabar presto". Y encontramos, que cuando relata las causas y la forma como se han acabado los indios de La Española, como una conclusión triunfal termina diciendo: "ya se desterró Satanás desta isla: ya cessó todo con cessar é acabarse la vida de los más de los indios".¹⁴

Y curiosamente de este negro destino que a nosotros podría parecernos terriblemente *injusto*,¹⁵ Oviedo deduce la enorme misericordia de Dios, "é quan misericordioso ha seydo con esta generación esperando tantos siglos á que se enmendassen". Pero no sólo no se han enmendado,

¹⁴ Oviedo. *Opus cit.* Tomo I pág. 253.

¹⁵ Injusto desde el punto de vista actual porque hay que recordar (que por ejemplo, en el caso de los españoles con los moros no había otra ambición que exterminarse, así que no debe parecernos raro que Oviedo quería que se terminaran los indios que también son infieles.

sino que ahora que la infinita bondad divina los ha recordado "muy pocos dessean ser cristianos" y aún cuando desde muy pequeños se les enseñe la religión, una vez que crecen la olvidan para dedicarse a una vida fácil, sin normas, ya que "si en ellos hay algún bien, es en tanto que llegan al principio de la edad adolescente, porque entrando en ella, adolescen de tantas culpas é vicios, que son muchos dellos abominables". Y si esto sucede con los indios educados dentro del cristianismo, qué no diremos de los múltiples indios que han sido bautizados sin conocer la religión, sino únicamente para enviar cifras a España, y que siguen viviendo sus satánicas costumbres igual que antes de la llegada de los españoles, y los cuales son llamados cristianos únicamente por estar bautizados, lo que indigna justamente a nuestro cronista, que piensa que es mejor "un indio perfecto y enseñado y entero cristiano, que no mil bautizados". Desgraciadamente respecto a estos problemas y a sus soluciones mucho "se ha platicado é disputado por religiosos é personas de aprobadas letras é mucha conciencia. . . é muchos perlados é grandes varones en España han bien trillado esta materia" pero sin llegar a ponerse de acuerdo.¹⁶

En tales circunstancias, nuestro cronista parece pesimista respecto al hecho de que los indios lleguen a ser buenos cristianos "sino con mucho discurso de tiempo", pues asegura, "ha treynta y cinco años que ha tracto estas partes é veo esta generación, é ninguno perfeto chripstiano he hallado entrellos de los que han avido plática é conocimiento con los chripstianos". Y así aún cuando la capacidad de los indios para salvarse es igual que la del europeo, como no la aprovechan, casi todos se condenan con excepción de algunos "niños que son adotrinnados que se salvan por la misericordia de Dios é diligencia de los cathólicos religiosos chripstianos".¹⁷

Sin embargo, aún cuando los muchachos generalmente abjuren del cristianismo en cuanto pasan de la edad

¹⁶ Oviedo, Opus cit. Tomo I págs. 144 y 127 y VIII pág. 59.

¹⁷ Oviedo, Opus cit. Tomo VIII pág. 53.

adolescente, "é olvidan lo que saben de bueno é virtuoso, si así lo han aprendido antes, de buenas costumbres é aborrescen por la mayor parte. . . todavía quedan mejores que sus padres é parientes". Por lo que a Oviedo le cabe esperar como buen cristiano que "con el tiempo, mediante el favor divino, siempre serán más aprovechados é aparejados para ser chripstianos é merecer tal nombre é la gloria del cielo, interviniendo la gracia de Dios en ellos".¹⁸

Precisamente porque Oviedo piensa que las Indias han sido otorgadas a España providencialmente, piensa que el principal afán de los españoles en el Nuevo Mundo debe ser el tratar de catequizarlos, pues es la única forma de servir a Dios y a la república cristiana, que se habrá de engrandecer enormemente con estas almas. Claro que el primer paso deberá ser la conquista, que indudablemente se hará por las armas. Ni modo que pueda convenirse por razones a estos indios, cuando tan torpes son que no entienden siquiera "una cosa que tanto les va como es la salvación de su alma". Se hará pues la guerra, pero eso sí la guerra justa, en la cual el "fin sea servir a Dios y a vuestro Rey, convertir a los indios y tractarlos bien y tener forma de reducirlos a la república de Chripsto". Pues cómo van a ser buenos cristianos los que no cumplen con las más elementales normas de la religión; por ello arenga continuamente Oviedo a los soldados: "no los hagáis esclavos sin causa, ni ensangrentéis vuestras manos tan sin propósito, ni justicia, no los robéis, ni los desterréis de donde los crió Dios, que no les dió la vida, ni el ser humano para cumplir vuestra mala intención y voluntad, sino para que se salven'. Ha de ser entonces una guerra limpia, que tenga en todo momento presente el principal propósito de ella, y así quedará "convertido é seguro el indio conquistado". Y para esto servirá como arma también y mucho más poderosa, el ejemplo, ya que si sólo ve crueldad y rapiña el indio en el cristiano, ¿cómo se va a convencer el indio de que está realmente errado? Así que todos los soldados "por memoria de aquella pre-

¹⁸ Oviedo. Opus cit. Tomo VIII pág. 59.

ciosa sangre" deben procurar no "sacarla de ninguna otra criatura, en cuanto posible fuera".¹⁹

Y lo que debe quedar bien claro, es que la conquista material no basta, dice Oviedo, todos los esfuerzos deben, una vez lograda aquella, tender a la conquista espiritual. Pero no basta con "baptizarlos é dexarlos, pues sin creer, como lo dice la mesma verdad evangélica, no se pueden salvar sino condenar". Y así, además de soldados, en lo posible de buena condición y conducta hacen falta en las Indias verdaderos clérigos, pues la mayor parte de los que han venido a estas partes, dice Oviedo, son "los menos sin cobdicia, ni menos inclinados al oro que a mí ó á otro soldado, ni con menos diligencia procurarlo". Y esta necesidad es verdaderamente apremiante, pues si el mal ejemplo de los soldados es funesto, qué no diremos del que han ocasionado los malos clérigos, pues recordemos que son los encargados "de reducir estas ovejas al verdadero cubil".²⁰

Vemos que aunque a Oviedo le estorban realmente estos indios en el horizonte de su mundo ideal, ante el convencimiento cristiano de que han de sobrevivir, trata de buscarles un acomodo en su utópico imperio español, que responda a las cualidades y defectos de sus personas. Dijimos antes, que Oviedo enjuicia doblemente al indio, encontrando que como *homo sapiens*, es un hombre capaz que ha construido maravillosas culturas, pero que desde el punto de vista de la visión cristiana del hombre resulta un hombre satánico, cuyas costumbres hay que destruir porque guardan todas el recuerdo de su inspirador, el Demonio. Así pues, hay que aplastar completamente en una guerra sin cuartel, todo lo que signifique recuerdo de la vida idólatra del indio, y una vez logrado esto, aún no ha terminado la faena para los cristianos españoles, pues en realidad apenas comenzará, puesto que no podrá dejárseles en libertad, ya que dice nuestro cronista: "eso no es darles libertad, sino dexarlos en captiverio del diablo", así que habrán de trabajar y aprender, bajo la

¹⁹ Oviedo, Opus cit. Tomo V pág. 215 y tomo VIII pág. 89.

²⁰ Oviedo, Opus cit. Tomo V pág. 235, Tomo VIII pág. 53 y Tomo IX pág. 107.

dirección de los españoles que "les enseñen las cosas de la religión para que se salven".²¹

Oviedo encuentra que como trabajadores pueden ser útiles, pero esto supeditado á que los indios aprendan la religión y aún así sujetos a los antiguos cristianos, a los españoles, puesto que después de tantos siglos de malas costumbres, sus instintos están tan torcidos que no puede ni debe abandonárseles a sus propias fuerzas, sino por el contrario forzarlos y ayudarlos a ser verdaderos cristianos. Su papel dentro del ecuménico imperio hispano cristiano parece ser el de siervos, gobernados y castigados por españoles, "porque en verdad que los indios que no son castigados, jamás reconocen superior, ni sirven como son obligados, ni á derechas, porque como son falsos é tienen tan anchas setas, cualquier buena regla de vivir les parece estrecha, é los angustia é congosa sus vidas". Y al encontrar que este es el único acomodo posible para el indio en su imperio ideal, encuentra que los mejores indios, aunque con menos cultura que los otros, son los aruacas y los tarascos; de los que se expresa más o menos en la misma forma, son "la mejor gente que hay en la Nueva España, de carga é provecho, é aún de la más fiel". Considera por tanto Oviedo, que los mejores indios son aquellos que darán a los españoles mejor rendimiento y que además de esto sean capaces de vivir "dexando sus errores é convirtiéndose á la fé cathólica, é con la equidad é buena justicia é honestas é sanctas é virtuosas costumbres en que los chripstianos ponen estas gentes, é sobre todo obrando Dios Nuestro Señor en ello, repeliendo a Satanás de su conversación, é sin dubda Jesu Chripsto, Nuestro Redemptor es servido mucho é la sagrada religión de la república chripstiana muy aumentada en aquellas partes". Por tanto, las Indias serán repartidas entre caballeros españoles, para que éstos a la vez que cumplan con Dios enseñando á estos indios la verdadera religión, recibiendo el beneficio del trabajo de los indios, engran-

²¹ Oviedo. Opus cit. Tomo XIII pág. 46.

dezcán a España con la explotación de las riquezas del Nuevo Mundo.²²

Esta conclusión de Oviedo de relegar a los indios al plano de la servidumbre, que ahora tantos espavientos causa, tiene sus raíces en la más pura tradición. Aristóteles había postulado ya que "algunos seres desde el momento en que nacen están destinados, unos a obedecer, otros a mandar, aunque en grados muy diversos en ambos casos... Cuando es uno inferior a sus semejantes, tanto como lo son el cuerpo respecto del alma y el bruto respecto del hombre, y tal es la condición de todos aquellos en quienes el empleo de las fuerzas corporales es el mejor y único partido que puede sacarse de su ser, *se es esclavo por naturaleza. Estos hombres no pueden hacer cosa mejor que someterse a la autoridad de un señor...* Sea de esto lo que quiera, es evidente que los unos son naturalmente libres y los otros naturalmente esclavos; y para éstos últimos *es la esclavitud tan útil como justa*".²³ En cuanto al cristianismo tampoco postula una igualdad entre los hombres, sino en una cosa: la posibilidad total del género humano de salvarse, porque desde luego, no admite la igualdad de las almas ante Dios y su organización del orden universal es igualmente jerárquica: cielo, purgatorio e infierno, organización que en la Edad Media se extendió al orden político social.²⁴

Estas ideas amalgamadas son las que constituyen el pensamiento de la época en que vive Oviedo, por ello todos sus contemporáneos pensaban más o menos semejantemente. Así por ejemplo el erudito Juan Ginés de Sepúlveda, quien con más conocimiento de causa, extrema la concepción de Oviedo, con la frialdad que sólo un verdadero intelectual puede tener. El juicio de Sepúlveda es claro y terminante, está basado en Aristóteles, pero con la diferencia de que trata de respaldar su doctrina en la ley eterna, divina y natural. Dice Sepúlveda: "hay hom-

²² Oviedo. Opus cit. Tomo X pág. 116 y 160.

²³ Aristóteles. Política. págs. 27 a 30.

²⁴ O'Gorman. Sobre las Justas Causas de la Guerra contra los Indios; (1) págs. 142 a 145.

bres que por naturaleza son señores, otros que por naturaleza son siervos. Los que exceden a los demás en prudencia e ingenio, aunque no en fuerzas corporales para cumplir todas las obligaciones necesarias, son por naturaleza siervos y es justo y útil que lo sean y aún lo vemos sancionado en la misma ley divina. Porque está escrito en el libro de los Proverbios: el que es necio servirá al sabio. Tales son las gentes bárbaras e inhumanas ajenas a la vida civil, y a las costumbres pacíficas".²⁵

En contraposición a este pensamiento que con algunas variantes es casi general en este tiempo, nos encontramos el pensamiento de Las Casas que O'Gorman ha calificado de "peligrosamente moderno", que dice, los indios de América son hombres y no siervos por naturaleza, luego los indios no deben estar sujetos a un régimen de sumisión. Las Casas igual que Sepúlveda admite la existencia de siervos por naturaleza. Lo único que niega, es que los indios se encuentren en este caso.²⁶

La tesis de Oviedo no es ninguna de estas dos, sino una tesis más humana, pues aunque postula la *servidumbre* del indio (no la esclavitud) hay que recordar que esto se pensaba era para bien del indio, puesto que le ayudaba a defenderse del Demonio y era además un resultado natural de su condición. Por otra parte hay que hacer notar que esto no era cosa del otro mundo, pues en la guerra contra los moros se esclavizaba a los infieles y se consideraba en esa época como una ley natural.

¡Cuán divergentes son las visiones de Las Casas y Oviedo, aunque tienen ligeros puntos de contacto! ¿Cómo no había de molestarle al quisquilloso Padre la visión de nuestro cronista que tan contraria era a la suya? Para él, los indios se encuentran en estado natural, estado perfecto para recoger la verdadera religión, por ello la conquista bastará hacerla por medio de unos miles de dominicos que catequicen a los indios y nada más, puesto que el orden existente en la república indígena es supe-

²⁵ Sepúlveda, Sobre las Justas Causas de la Guerra contra los Indios, pág. 21.

²⁶ O'Gorman, Sobre las Justas causas de la Guerra contra los Indios.

rior al europeo. Esto nos explica que además del resentimiento que el Padre tiene para nuestro cronista, como fondo de la disputa real encontramos, como ha dicho O'Gorman, un violento choque entre dos maneras de entender la vida, cuyo antagonismo se revela en sus divergentes modos de concebir al hombre, puestos frente a frente con motivo del indio americano.²⁷

A través del análisis del pensamiento de Oviedo, podemos ver, que aunque las citas de Las Casas son efectivamente de nuestro cronista, no bastan para juzgarlo puesto que, según hemos tratado de mostrar, las frases que a primera vista son simplemente duras, resultan una vez analizadas una consecuencia natural de su pensamiento que, determinado por el a priori religioso, base de su pensamiento, se convierte en un terrible moralista dogmático, para el cual el indio es un ser diabólico, pero que cuando olvidándose de esto, se reduce a ser únicamente el espectador maravillado que asiste a la representación inesperada de una civilización diferente y extraordinaria, Oviedo se corrige elogiando al máximo las obras de ese hombre que con antelación ha sido calificado como inferior. Y también podemos juzgar con cuanta injusticia se le ha denominado "enemigo de los indios", a él que constantemente interrumpió el hilo de sus relatos para arengar a los conquistadores tratando de hacerles comprender que el verdadero fin de la conquista era "convertir a los indios y tractarlos bien y tener forma de reducirlos a la república de Chripsto". Enemigo de los indios, él que por humanitarismo cristiano tuvo que renunciar a parte del sueño de su mundo ideal poblado de caballeros perfectos, admitiendo en él a estas "multitudes de indios desnudos" que tanto le afeaban la visión armónica de su imperio ecuménico, providencial y mesiánico.

Y es que como ya dijimos antes, al enjuiciar a Oviedo se le ha considerado sólo parcialmente ó partiendo de una opinión existente, pero nunca se ha intentado analizarle

²⁷ O'Gorman. Suceso y Diálogo. pág. 158.

en conjunto; al abordársele en esta forma se olvida la médula que da vida al conjunto, la visión imperialista de la historia, que nos explica sus ideas acerca del hombre y del mundo, pero sobre todo de la empresa de Indias, y así despojada de esta médula vivificante, base espiritual de su libro, los conceptos aislados carecen de todo el sentido que les imprime la idea que los unifica.

Nuestro propósito ha sido éste precisamente, no defender a Oviedo de la acerba crítica que se le ha hecho, sino tratar, hasta donde esto nos ha sido posible, de entenderlo, de alcanzar la solución que él dió al problema que América le planteara con su presencia. ¿Lo hemos logrado? Quizá no; sin embargo el intento está hecho y consideramos que el planteamiento de la cuestión constituye ya en sí mismo una aportación, puesto que hace posible un estudio futuro. Ojalá y así sea.

APENDICE

BIBLIOGRAFIA DE OVIEDO

I. Claribalte: Libro del muy esforzado e invencible caballero de Fortuna, propriamente llamado don Claribalte que segund su verdadera interpretación quiere decir don Félix o bienaventurado, nuevamente emprimido y venido en esta lengua castellana: el cual procede por nuevo y galán estilo de hablar por medio de Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña, venido de la noble villa de Madrid. En Valencia, a treinta de mayo por Juan Venao, año de 1519.

Libro de caballeria traducido por Oviedo a su regreso del primer viaje al Nuevo Mundo.

II. La Respuesta a la epístola moral del Almirante. Manuscrito en la Biblioteca Nacional. Madrid. 1524.

Es un pequeño tratado en que Oviedo expone sus ideas sobre la corrupción de las costumbres de España, tema de que trata la Epístola del Almirante don Fadrique Enriquez.

III. Relación de lo subcedido en la prisión del Rey Francisco de Francia desde que fué traydo a España, y por todo el tiempo que estuvo en ella hasta que el Emperador le dió libertad y volvió a Francia, casado con Madama Leonor, hermana del Emperador Carlos V, Rey de España: escrita por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, alcayde de la fortaleza de la cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española, y Coronista de la Sacra Cesárea Magestad del Emperador Carlos V. y de la Serenísima Reyna doña Johana, su madre. Manuscrito en la Biblioteca Nacional. Madrid. 1524.

Narración de los principales sucesos acaecidos en la Corte de España durante esa época. No debe extrañar que en el título anterior se mencione a Oviedo como alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, pues el Manuscrito es copia de fines del siglo XVI o principios del XVII.

IV. Relación hecha por Gonzalo Fernández de Oviedo de los males causados en Tierra Firme por el gobernador Pedrarias. Manuscrito en el Archivo General de Simancas y Real Academia de la Historia. Colección Muñoz. 1524.

Se trata de un escrito presentado al Consejo para informar, como lo indica el título, acerca de los malos manejos de Pedrarias.

V. Sumario de la Natural Historia de las Indias. En Toledo, Ramón de Petras, febrero 15 de 1526.

Obra redactada en 1525 que contiene una breve relación de la naturaleza y de los ritos y costumbres de los indios del Nuevo Mundo. Tal vez la más original historia escrita con motivo del Nuevo Mundo que nos ofrece una visión rápida y sustancial de la naturaleza y el hombre americanos.

Además de la edición de la "Biblioteca de Autores Españoles", vol. 22, tomo I de Historiadores Primitivos de Indias (Madrid, 1852), ha aparecido la Edición de la Biblioteca americana del Fondo de Cultura Económica (México, 1950).

VI. Catalogo Real de Castilla, y de todos los Reyes de las Españas é de Nápoles y Cecilia, e de los Reyes y señores de las casas de Francia, Austria, Holanda y Borgoña: de donde proceden los cuatro abolorios de la Cesárea Magestad del Emperador don Carlos, nuestro señor: con relación de todos los Emperadores y Sumos Pontífices que han subcedido desde Julio César, que fué el primero Emperador, y desde Apóstol Sanct Pedro, que fué el primero Papa, hasta el año de Chripsto de MDXXXII años (y 1535). Manuscrito de mano de Oviedo, que se conserva en la Biblioteca del Escorial (1535).

Esta obra se conoce también con el título de Historia general de Emperadores, Pontífices, Reyes... La lectura de título basta para dar una idea del contenido de la obra. Este Catalogo, dividido en cinco libros, forma la primera parte. (1532) de la obra tal como fué concebida por Oviedo. La segunda y tercera partes (1535) son el Epilogo Real de Castilla y el Epilogo Real y Pontifical, respectivamente.

VII. La Historia General de las Indias. Sevilla, Juan Cromberger, septiembre 30 de 1535.

Bajo este título y en ese lugar y fecha publicó Oviedo la primera parte de su Historia, que en total se halla dividida en cincuenta libros. La primera parte solamente comprende los diecinueve primeros, y en ella se incluyó también en esta edición parte del último libro, con el nombre de libro de los Naufragios. En 1547 salió en Salamanca, por Juan de Junta, una segunda edición con variantes de esta primera parte de la Historia General de las Indias.

VIII. Libro de la Cámara real del Príncipe don Juan y Officios de su casa e servicio ordinario. Manuscrito. Se conserva ejemplar autógrafo en la que fué Biblioteca patrimonial del Rey (1546).

Adiciones a los Officios de la Casa Real. Igualmente manuscrito (1547).

Desde 1535 Oviedo había escrito una breve relación donde consignaba el régimen de la Casa del príncipe don Juan. El Libro de la Cámara y las Adiciones, son tratados más completos de la misma materia.

IX. Reglas de la vida espiritual y secreta theologia. En Sevilla, por Domingo de Robertis. 1548.

Es traducción al castellano de una obra original en lengua toscana.

X. Batallas y Quinquagenas, escritas por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, criado del príncipe don Johan, hijo de los Reyes Catholicos, y coronista mayor de las Indias, del Emperador Carlos V. Manuscrito. Se conservan tres códices de esta obra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Ninguno es completo, lo que hace pensar que el autor no llegó a concluir la obra (1550).

Se trata de una obra primordialmente de genealogía de las casas ilustres de España. Oviedo aprovechó además la ocasión para consignar en esta obra muchos acontecimientos de que fué testigo, por lo que resulta una fuente importante para el conocimiento de la historia de España bajo los Reyes Católicos y tiempos posteriores inmediatos.

XI. Tractado general de todas las armas e diferencias dellas, e de los escudos e diferencias que en ellos hay, e de la orden que se debe guardar en las dichas armas, para que sean ciertas no falsas, e de las colores e metales que hay en armeria, e de las reglas e

circunstancias a este efecto convenientes. Manuscrito. Códice en la Real Academia de la Historia (1550-51).

XII. Libro de los linages y armas que escribió el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, coronista del Emperador Carlos V y de las Indias. Manuscrito. Códice en la Real Academia de la Historia (1551-52).

Este libro es un Nobiliario que puede considerarse como la parte segunda del anterior.

XIII. Las Quinquagenas de los generosos e ilustres e no menos famosos reyes, principes, duques, marqueses y condes é caballeros e personas notables de España: que escribió el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Alcayde de sus Magestades de la fortaleza de la ciudad e puerto de Sancto Domingo de la Isla Española, coronista de las Indias, islas e Tierra Firme del Mar Océano, vecino e regidor desta ciudad, e natural de la muy noble e leal villa de Madrid. Manuscrito. Códices autógrafos en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Libros de intención moral en el que se consignan como ejemplos dignos de imitación las vidas y sucesos de famosos varones.

XIV. Libro XX de la segunda parte de la general historia de las Indias. Valladolid. Francisco Fernández de Córdova. 1557.

Este libro XX de la Historia, primero de la segunda parte, fué lo único que alcanzó a publicar Oviedo del resto de su obra comenzada a publicar en 1535. La muerte de Oviedo, acaecida en Valladolid en 1557, fué el motivo para que se suspendiera la publicación, aunque también parece que el P. Las Casas no fué ajeno a que la suspensión fuera definitiva, así lo dice por ejemplo Lewis Hanke.

XV. Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo. Publicala la Real Academia de la Historia, cotejada con el Códice original, enriquecida con las adiciones y enmiendas del autor, e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo por D. José Amador de los Ríos. Madrid. Imprenta de la Real Academia de la Historia. 1851-1855. 3 tomos.

Es la primera edición completa de la Historia: tercera de la primera parte; segunda del libro XX, y primera de la segunda y terceras partes. Nunca llegó Oviedo a escribir la cuarta parte

que prometió al final del libro L, por lo que, a pesar de su gran extensión, la obra debe considerarse trunca. Oviedo trabajó en la Historia a lo largo de buena parte de su vida: ya en 1526, cuando publicó el Sumario, habla de la Historia como escrita en parte, y desde entonces hasta 1549, fecha con que cierra el libro L, no dejó de escribirla y aumentarla constantemente enriqueciéndola con noticias, juicios y la propia experiencia.

XVI. Obra nuevamente compuesta sobre el naufragio que a la armada del invictísimo e cathólico señor el Emperador y rey, nuestro señor, le sucedió en la conquista de Argel en el mes de septiembre del año de 1541. Manuscrito.

Obra en verso atribuida a Oviedo por José Vargas Ponce, pero al parecer sin suficiente fundamento.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- Altamira Rafael. Manual de Historia de España. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1945.
- Anderson Imbert. Historia de la Literatura Hispanoamericana. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1954.
- Aristóteles. La Política. Colección Austral. Espasa Calpe Argentina. Buenos Aires, 1946.
- Arnold, Robert F. Cultura del Renacimiento. Editorial Labor. Barcelona, 1949.
- Barros Arana, Diego. Obras Completas. Chile, 1908.
- Bataillon, Marcel. Erasmo y España. Fondo de Cultura Económica. México, 1950.
- Beristain y Souza, José Mariano. Biblioteca Hispanoamericana Setentrional. Tipografía del Colegio Católico. Amecameca. 1833.
- Buber, M. ¿Qué es el Hombre? Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1949.
- Carbia, Rómulo D. La Crónica Oficial de las Indias Occidentales. Ediciones Buenos Aires. 1940.
- Colón, Fernando. Vida del Almirante Dn. Cristóbal Colón. Fondo de Cultura Económica. México, 1947.
- Collingwood, R. C. Idea de la Historia. Fondo de Cultura Económica. México, 1952.
- Dawson, Christopher. El Cristianismo y los Nuevos Tiempos. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1940.

- De León Pinelo, Antonio. Epítome de la Biblioteca Oriental i Occidental Náutica i Geográfica. Edición Bibliófilos Argentinos. Buenos Aires. Sin fecha, reproducción de la edición de 1629.
- De Vedia, Enrique. Historiadores Primitivos de Indias. M. Rivadeneira Editor. Madrid, 1877.
- De los Ríos, José Amador. Historia Crítica de la Literatura Española. Imprenta de José Fernández Cancela. Madrid. 1865.
- De los Ríos, José Amador. Oviedo, su vida y su obra, prólogo a la Historia General y Natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano. Real Academia de la Historia. Madrid, 1851-55.
- Fabié, Antonio María. Vida y Escritos de Don Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa. Imprenta de Miguel Giménez. Madrid, 1879.
- Fernández de Navarrete, Martín. Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Imprenta Real. Madrid, 1825.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. Historia Natural y General de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano. Real Academia de la Historia. Madrid, 1851-55.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. Historia Natural y General de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano. Editorial Guaranía. Asunción del Paraguay. 1945.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. Sumario de la Natural Historia de de las Indias. Fondo de Cultura Económica. México, 1950.
- Ginés de Sepúlveda, Juan. Sobre las Justas Causas de la Guerra contra los Indios. Fondo de Cultura Económica. México, 1941.
- Hanke, Lewis. La Lucha por la Justicia en la Conquista de América. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1949.
- Hanke, Lewis. Prólogo a la Historia de las Indias del Padre Las Casas. Fondo de Cultura Económica. México, 1951.
- Herrera, Antonio de. Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Real Academia de Historia. Madrid, 1936.
- Humboldt, Alejandro von. Cosmos, ensayos de una descripción física del mundo. Editorial Glenn. Buenos Aires, 1944.
- Iglesia, Ramón. Cronistas e Historiadores de la Conquista de América. El Ciclo de Hernán Cortés. El Colegio de México, 1942.
- Las Casas, Fray Bartolomé. Historia de las Indias. Fondo de Cultura Económica. México, 1951.
- López de Gómara, Francisco. Historia de las Indias. Editorial Iberia, Barcelona. 1955.

- Marias, Julián. *El Tema del Hombre*. Colección Austral. Espasa Calpe Argentina. Buenos Aires, 1952.
- Menéndez Pidal, Ramón. *La Idea Imperial de Carlos V*. Colección Austral. Espasa Calpe Argentina. Buenos Aires, 1943.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Estudios de Crítica Histórica y Literaria*. Espasa Calpe Argentina. Buenos Aires, 1944.
- Muñoz, Juan Bautista. *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, 1798.
- O'Gorman, Edmundo. *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*. Imprenta Universitaria, 1947.
- O'Gorman, Edmundo. *Suceso y Diálogo de la Nueva España*. Imprenta Universitaria, México, 1946.
- O'Gorman, Edmundo. *Fundamentos de la Historia de América*. Imprenta Universitaria, México.
- O'Gorman, Edmundo. *Idea del Descubrimiento de América*. Imprenta Universitaria, México, 1951.
- O'Gorman, Edmundo. *Sobre las Justas Causas de la Guerra contra los indios*. Revista de Filosofía y Letras No. 3. Julio-Septiembre Imprenta Universitaria. México, 1941.
- O'Gorman, Edmundo. *Sobre la Naturaleza Bestial del Indio Americano*. Revista de Filosofía y Letras No. 1. Enero-Marzo, 1941 y No. 2, Abril-Junio, Imprenta Universitaria. México, 1941.
- Ortega y Medina, Juan de. *La "Universitas Christiana" y la España del siglo XVI*. Revista de Filosofía y Letras 51-52, Julio-Diciembre. Imprenta Universitaria. México, 1953.
- Oviedo, Gonzalo Fernández de. *Historia General y Natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1851-55.
- Oviedo, Gonzalo Fernández de. *Historia General y Natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano*. Editorial Guaranía. Asunción del Paraguay. 1945.
- Oviedo, Gonzalo Fernández de. *Sumario de la Historia Natural de las Indias*. Fondo de Cultura Económica. México, 1950.
- Perés, Ramón D. *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*. Editorial Sopena. Barcelona. 1954.
- Prampolini, Giacomo. *Historia Universal de la Literatura*. Unión Tipográfica. Editorial Hispano Americana. Buenos Aires. Argentina, 1940.
- Prescott, William H. *Historia del Reinado de los Reyes Católicos*, México, 1854.
- Quintana, M. J. *Vida de los Españoles Célebres*. Calpe. Madrid. 1922.

Sánchez Alonso, B. Fuentes de la Historia Española e Hispanoamericana. Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1927.

Ticknor, M. G. Historia de la Literatura Española. M. Rivadeneyra. Madrid. 1851.

Torres Ríoseco, Arturo. La Gran Literatura Iberoamericana. Emecé Editores. Buenos Aires, 1951.

Villoro, Luis. Los Grandes Momentos del Indigenismo en México. El Colegio de México, 1950.

Valbuena Pratt, Angel. Historia de la Literatura Española. Gustavo Gili, editor. Madrid. 1937.

INDICE

INTRODUCCION	7
CAPITULO I	
<i>El Hombre Oviedo</i>	23
CAPITULO II	
<i>Oviedo y el Mundo Ameritano</i>	23
CAPITULO III	
<i>El Indio, Naturaleza e Historia</i>	45
CAPITULO IV	
<i>La Religión Indígena</i>	59
CAPITULO V	
<i>La Civilización Indígena</i>	73
CAPITULO VI	
<i>Conclusión: El Destino del Indio, Supervivencia o Muerte</i>	97
<i>Providencialismo e Imperialismo en Oviedo</i>	101
<i>Oviedo, Las Indias y la Política Imperial</i>	107
<i>El Mundo Ideal de Oviedo y la Realidad Indio</i>	109
<i>Apéndice</i>	
<i>Bibliografía de Oviedo</i>	119
<i>Bibliografía General</i>	123